

The background of the entire page is a photograph of a forest path. The path is paved and leads into a dense forest of tall, thin trees. The ground is covered in fallen leaves, and a soft rainbow is visible in the distance where the path disappears into the trees. The overall atmosphere is misty and ethereal.

MARTA
MARTÍN
GIRÓN

LA AVENIDA
DE LOS
GIGANTES

LO IMPOSIBLE SE HIZO REAL.
LO REAL MOSTRÓ LA MALDAD
DEL SER HUMANO

**LA AVENIDA
DE LOS
GIGANTES**

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: La Avenida de los Gigantes

© Marta Martín Girón

Portada, maquetación y corrección: *Trabajobbie*

Primera edición: enero 2018

LA AVENIDA

DE LOS

GIGANTES

MARTA MARTÍN GIRÓN

A mi bisabuela, Teodora.
Porque las promesas se cumplen.

A todas las mujeres que han roto las
cadenas que nos otorgan a las presentes
la libertad y el respeto que todos merecemos.

A la única persona que puede llenar
mi alma, Marcos Nieto Pallarés. Te amo.

ÍNDICE

PREFACIO

RYAN PHILIPS

AVENUE OF THE GIANTS

NECROSIS

FOTOGRAFÍAS

HERIDAS ABIERTAS

UNA LLAMADA EN LA MADRUGADA

MIL OCHOCIENTOS KILÓMETROS

DESAPARECIDOS

INFORME ‘WHITMAN’

LOS PHILIPS

APARICIONES

CAMBIO DE PLANES

LOST ROAD

TENSIÓN EN EL CUERPO

ESCALOFRÍOS

INFORME DE AUTOPSIA

MOUNT SHASTA

ENRIQUE PAZ

DATOS DEL LABORATORIO

SHOCK

JOHN BREEN

DATOS

UNA NOCHE A SOLAS

ENCUENTRO CON EL CORONEL STEVE HADDON

ÁREA 56

CONVERSACIONES

REESTRUCTURACIÓN

EL PAPÁ

VACACIONES

NOTICIA NACIONAL

RESIGNACIÓN

EPÍLOGO



PREFACIO

Cameron se encargaba de trasladarnos presto y circunspecto a la escena del crimen. Yo, en cambio, me limitaba a observar el negro horizonte: kilómetros de asfalto barnizándose en la lejanía, al tiempo que el deseo por llegar a nuestro destino aumentaba. Esa madrugada el aire azotaba con fuerza, fenómeno que, una vez nos apeáramos del vehículo, haría incrementar la sensación de gelidez propia del ya inminente y precoz invierno.

—Menos mal que no llueve —musité a mi compañero mirando el cielo encapotado—, el agua echaría a perder algunas pruebas y, por lo que nos han advertido, más vale que el escenario permanezca impoluto hasta nuestra llegada.

Cameron, pensativo, se limitó a responder un «sí» apenas audible.

—¿Te sucede algo?

—No, solo recordaba el caso de Arizona que se archivó hace un par de años.

—¿El del chico perforado, Paul Whitman? —indagué, prácticamente leyéndole el pensamiento.

—Justo ese. Todavía no entiendo cómo no encontramos nada concluyente que nos condujese al paradero de aquel hijo de perra...

—¿Crees que se pueda tratar del mismo asesino?

—No lo había pensado, pero ahora que lo dices... Y por tal y cómo nos han descrito el cadáver... Puf, no sé, tal vez sí, quizá guarde alguna relación con el anterior.

Suspiré elevando la vista hacia el techo de mi ‘Tesla S’ mientras mi atormentado compañero lo conducía en mitad de la noche. Aquel caso nos marcó para siempre; sobre todo a él. Aún lo recordaba con impotencia; no por la muerte en sí, sino por lo inusitado de las heridas que la víctima presentaba: inverosímiles y escalofriantes al mismo tiempo.

Entretanto, el cansancio parecía querer dejarme fuera de juego.

—Idris. —Cameron llamó mi atención—. ¿Te encuentras bien?

—Joder, qué susto me has dado. Estaba quedándome dormido.

—¿Has pasado mala noche?

—¿Mala noche, dices? Tío, no son ni las cuatro de la puñetera madrugada, y encima estoy aquí contigo en el coche de camino al escenario de un crimen, con un sueño de la hostia... Esto no es precisamente lo que se dice estar pasando una «buena noche» —repliqué con mofa—. Además, llevo unos días encontrándome un poco revuelto.

Se echó a reír.

—Te estás haciendo viejo. Vas a tener que ir pensando en jubilarte... —
Le miré con cara de pocos amigos.

—Vete a la mierda y déjame dormir un rato, anda.



Las luces de los vehículos oficiales giraban silenciosas, otorgándole una iluminación bicolor al siniestro proscenio. Pequeñas sombras en movimiento se dibujaban en la lejanía.

—Ufff..., demasiada gente dando vueltas, me parece a mí.

Aunque solo fueran cuatro gatos paseándose por la escena del crimen, me seguían sobrando la mitad. Si mi compañero estaba en lo cierto y guardaba relación con el asesinato de Paul Whitman, mayor motivo para

desear llevar a cabo un reconocimiento tranquilo.

—Sí, un poco más y se persona también el puñetero FBI.

Su comentario me arrancó una sonrisa, y con ello, la oportunidad de hacerme consciente de mi estado anímico; estaba inusualmente tenso.

—No aparques demasiado cerca, necesito mear y estirar un poco las piernas. «*Y relajarme antes de llegar*».

—Está bien, pero trata de disimular.

«*Siempre tratando de guardar las apariencias* —me lamenté por él».

—Tú ya sabes que soy muy discreto —respondí guiñándole un ojo, percatándome de lo buen actor que era en algunas ocasiones.

Linterna en mano nos aproximamos al tumulto. Los compañeros tenían acordonada la zona desviando el tráfico en dicho tramo de la carretera.

Un inusual estremecimiento afloró en mi estómago haciendo que sus líquidos refluyeran al lugar por donde entraron. No fue casual. En ese preciso instante oteé, tirado y despanzurrado contra el alquitrán, de cúbito supino, al joven por el cual nos hallábamos allí.

Unos pasos más fueron suficientes para ver una vieja camioneta volcada en la cuneta, calcinada; a unos tres metros de los restos del finado.

El cuerpo del muchacho, en cambio, se encontraba impoluto salvo por la lesión que le robó la vida: una oquedad en el pecho, a la altura del esternón, de forma esférica. Perforado de lado a lado, dejando al descubierto unas entrañas mutiladas con los contornos necrosados.

Me acerqué a examinarlo con detenimiento; el forense lo acompañaba abstraído en su propio análisis.

—¿Qué tenemos, doctor? —pregunté acuclillándome junto a él.

—Un joven de poco más de veinte años con un agujero en el tórax. Algo fuera de lo común.

Me incliné sobre el fiambre cubriéndome, pañuelo en mano, nariz y

boca. Solo me faltaba aspirar algún efluvio fétido con lo que terminar de revolver mis entrañas y acabar echando la bilis.

«*Ni una gota de sangre. ¿Cómo narices le habrán hecho eso?*», pensé mientras hacía un esfuerzo por imaginar el modo en que pudo acabar así el pobre desgraciado».

—¿Alguna prueba o teoría?

—Me temo que solo podemos ceñirnos a lo evidente: el joven falleció tras ser..., perforado. Un impacto único, fulminante. Ni siquiera desplazó el cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—A que fue un golpe seco. Se me ocurre compararlo con un bloque de mantequilla siendo atravesado por un hierro candente. Su masa no se trasladó por el impacto, cayó desplomado en el mismo lugar donde fue alcanzado.

—¿Tenemos algo más?

—No.

Ojeé a mi alrededor. «*Ni líquidos, ni marcas en el suelo, ni arma homicida... Nada. Tan solo un cuerpo de algo más de un metro setenta, vencido como una pieza de dominó; con un agujero en su pecho que, de agarrarle por los pelos y alzarle ante mí, podría atravesar con mi brazo sin ni siquiera rozar las paredes cauterizadas de su boquete*».

Suspiré.

—¿Lo habéis identificado ya? —intervino Cameron sacándome de mis pensamientos; venía de hacer un primer reconocimiento por los alrededores.

—Sí, llevaba encima la documentación. Se trata de Ryan Philips.

—Mierda —musitó Cameron al fijarse en la herida del muchacho. Su malestar me hizo confirmar lo que ambos temimos minutos atrás. Su mirada lo decía todo.

—Sí, otra vez el mismo ejecutor.



Capítulo 1

RYAN PHILIPS

Dependencia del sheriff Robert Fowler
Green Place, Arizona

Unas horas antes

El timbre del teléfono rompió el silencio.

—¿Quién podrá llamar en martes a estas horas? —La retórica de Robert fue acompañada por una indiscreta mirada suya y de su compañero al fondo de la habitación. Allí, colgando del descolorido yeso amarillo, lucía con orgullo de reliquia la precisión del viejo reloj encargado de señalar el momento exacto del día; en aquel instante de la madrugada, las dos y treinta y seis minutos.

—Quizá algún borracho esté dando la nota por la calle —especuló Aston haciéndose el gracioso.

—Pufff... —Robert echó mano al aparato con desgana—. Al habla el sheriff.

La voz nerviosa de un hombre se abrió paso de forma aturullada al otro lado del auricular, trabándosele incluso la lengua.

—Entiendo, Rudolf —replicó el sheriff tras la agitada exposición de su interlocutor—. Trata de calmarte. ¿Habéis hablado ya con sus amigos, vecinos..., con alguien que pueda saber dónde se dirigía? —El trato cercano que mantenía Robert con su dialogador despertó la curiosidad de su joven ayudante.

—(...)

—Me temo que de momento es imposible tramitar cualquier papeleo. Es demasiado pronto para poder abrir un expediente de desaparición.

—(...)

—Sí, pero debes tratar de conservar la calma. La mayoría de las personas regresan durante las primeras horas...

—(...)

—Todo el pueblo sabe que es un muchacho muy responsable..., precisamente por eso debes esperar y confiar. Es muy probable que aparezca cuando menos lo esperemos.

—(...)

—Rudolf, necesito que hagas memoria, ¿puedes describirme cómo vestía Ryan? Mandaremos un coche patrulla a reconocer los alrededores. Tal vez haya suerte y lo encontremos durmiendo la mona en algún banco...

—(...)

—Si averiguamos algo nuevo, os avisaremos. Dale un abrazo a Jane.

—(...)

—No hay de qué.

Con un movimiento pausado, el sheriff reposó el auricular encima de la base del teléfono. Su mano, temblorosa por las inusuales bajas temperaturas que acompañaban la jornada, se quedó clavada en el aparato; tras ella, su mirada y un único pensamiento: «¿*Qué le habrá ocurrido?*».

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —replicó Aston al advertir el mutismo de su

superior.

—Joder..., el chico de los Philips lleva desaparecido todo el día —explicó meditabundo en un hilo de voz.

—¿Ryan? ¿El «superdeportista» abstemio? —cuestionó su compañero en un intento fracasado por no parecer burlón. De nuevo, la juventud le dejó en evidencia.

—Sí, el mismo —respondió subiendo las cejas.

—Qué raro, ¿no?

—Bastante. La verdad, pienso que..., bueno..., como supongo que en algún momento de su vida sucedería, ha podido pillarse una cogorza de esas que hacen historia, y andar por ahí tirado en algún banco echando hasta el hígado.

—Ya te oí. Eres un cabrón. No sé cómo se te ocurre decirle algo así a su padre, y más sabiendo cómo son.

—Mejor esa hipótesis que no otra. Además, tenemos confianza. —La mirada del joven demandó una aclaración más detallada, expresando a través de sus pupilas lo que callaban sus labios: *¿Tú, amigo de ese rarito?*—. No es tan descabellado —se excusó—. Nuestros hijos, a pesar de ser desde niños tan diferentes, se pasaban el día juntos. Con los años la cosa no cambió, fue a más. Aún hoy estaban..., están muy unidos. Entenderás que su amistad nos arrastrase a mi mujer y a mí a compartir más tiempo del imaginado con los Philip. Al principio, resultó una relación tediosa. Pero bueno..., a la larga les cogimos cariño; son buena gente.

—¿Crees q...?

—Avisa a Jason y a Terry —interrumpió tajante el sheriff obviando su incompleta pregunta—, mandaremos un coche patrulla a hacer una ronda de reconocimiento por su casa y los alrededores. Cuanto antes aparezca, más tranquilos dormiremos todos.

—Está bien. ¿Tienes su descripción? Si no aparece, habrá que enviarla a otras comisarías.

—Sí, toma. —Robert le tendió un trozo de papel garabateado—. Espero

que quede todo en un susto.



CAPÍTULO 2

AVENUE OF THE GIANTS

ROBERT FOWLER
Green Place, Arizona

Observé desganado los primeros rayos de luz despuntando al alba. La noche se me hizo interminable, y fría; demasiado fría. Las bajas temperaturas se colaron en mi piel cual gusanos en hendida carne putrefacta. Incesantes escalofríos jugaron a recorrerme el cuerpo desde el instante que colgué a Rudolf. ¿El motivo?

«Qué casualidad, justo se nos tuvo que estropear la calefacción anoche —lamenté escéptico—. No me gustan nada las bajas temperaturas, parecen portadoras de malos augurios».

Tras cada minuto extinto, el temor a que el muchacho no apareciese aumentaba. A pesar de los años de servicio, no lograba acostumbrarme. La impotencia afloraba en mi pecho igual que tiempo atrás frente a incidentes similares, donde la corta edad o la breve trayectoria en las dependencias policiales se encargaban de hacerme sentir de ese modo. Una impotencia que ahora volvía a emerger sin censura, sin previo aviso, desafiante, rasgando sin contemplaciones la entereza que mi condición humana permitía mantener ante un escenario imaginario.

Cansado de pasar toda la noche en vela, nervioso y destemplado, crucé el umbral de mi reconfortante guarida; desde que Rudolf telefoneó no pude

quitarme al joven Ryan de la cabeza. Sabía que Kevin me aguardaría despierto, presto a interrogarme sobre el paradero de su amigo. En cuanto a su hermana Catherine..., no lo tenía tan claro. Ignoraba cómo reaccionaría. Quizá ni el incidente de Ryan le hiciese enterrar el hacha de guerra, ablandar la coraza con la que trataba de protegerse del mundo.

«Es solo cuestión de tiempo que se derrumbe».

Solté la bolsa junto al mueble del recibidor, despacio, como si mis capacidades motoras tan solo permitiesen ejecutar movimientos a cámara lenta; gesto que supe interpretar con rapidez: quería evitar, o al menos retrasar, el encuentro con mis hijos, sobre todo con Kevin. Pocas cosas me dolían más que no poder tranquilizar los nervios de aquellos que sufrían ante la tragedia de algún ser querido. Y sí, quizá era pronto para suponerlo una tragedia, pero el simple detalle de que el muchacho no hubiera dado señales de vida en casi veinticuatro horas..., empezaba a olerme muy mal. Si estuviera ante la desaparición de cualquier otro joven del pueblo, incluso la de mi propio vástago... De ellos me esperaría cualquier gamberrada, sin embargo, al tratase del bueno de Ryan...

—¡Papá! —Apremiante, Kevin llamó mi atención cuando aún me erguía—. Dime qué ha pasado. ¿Sabéis algo ya?

—No, hijo. Todavía no sabemos nada.

—Envía más coches a buscarlo, no puede habérselo tragado la tierra.

—Ya hay coches patrullando, Kevin. En un par de horas volveré al trabajo; tendremos que abrir un expediente de desaparición.

—¡Joder! ¿Ya das por hecho que no va a aparecer? —espetó elevando la voz—. No sé a qué viene eso. Siempre recalcas que debemos mantener la calma, la esperanza hasta el último momento.

—Sí, pero... Lo he dicho por pura intuición. Habrá que esperar.

La mirada de Kevin se encendió desafiante. Aunque no contra mí. Aquello nacía de un brote de cólera hacia ese insensible Universo que, una vez más, osaba arrancarle de su lado a una persona querida. Insolencia lacerante y desgarradora colmada en incomprensión ante la reciente pérdida

de su madre y ahora, cinco meses después, la desaparición de su mejor amigo.

—¿Puedo acompañarte a la oficina? Me gustaría ver a sus padres; están muy nerviosos.

—De acuerdo. Te avisaré diez minutos antes de salir; estate preparado.

—Tranquilo, ya lo estoy, nos podemos marchar cuando tú mandes.

—Perfecto. Voy a darme una ducha caliente, necesito despejar la cabeza.

Con los pies aún clavados en la superficie del parqué, la resignación en forma de suspiro vació el aire que paseaba por mis pulmones. La atención de mis pupilas se perdió en las vetas de madera dibujadas ante nosotros. Con ello, emergieron los monótonos y crueles pensamientos que en los últimos cinco meses desolaron mi mente. Recuerdos cargados de pesar, de tormento, que como parásitos se alimentaban del fruto tierno almacenado en la memoria: una vida con ella. Era consciente del corto tiempo transcurrido desde su pérdida. Escasos meses que, al igual que rápidos, se convirtieron en una eternidad. No obstante, el lapso pasaría, y ella permanecería siempre a mi lado. Nuestro amor latiría hasta mi expiración, hasta que el organismo sucumbiera y pudiera llegar de nuevo a Allison.

—Por cierto, ¿y tu hermana? —pregunté tratando de desvanecer mi padecimiento.

—Acaba de irse al aeropuerto. Acuérdate de que venía la tía Elisabeth a pasar sus días de vacaciones con nosotros. —Hice un movimiento oscilante de cabeza a modo de afirmación; se me olvidó aquel «pequeño» detalle.

—Sí, ya recuerdo. Voy a la ducha.



¿Qué motivos podría tener un chico como Ryan para desaparecer de casa sin avisar, con lo puesto, sin dinero...?

«*Tal vez haya suerte y lo encontremos durmiendo la mona en algún banco...*». Suspiré evocando las torpes palabras que trataron de amainar el nerviosismo de unos padres como los Philips: conservadores, rectos y católicos practicantes. Por mucha confianza que tuviese con ellos... «*Dudo que mi argumento les sirviese para tal efecto* —lamenté mirándome al espejo—. *¿Qué le habrá pasado por la cabeza para marcharse sin más y no dejar ni siquiera una nota a sus padres? ¿Algún accidente de tráfico? Al parecer, lo único que echaron en falta en casa fue la furgoneta del muchacho.*

Joder, cada vez me huele peor; ojalá me equivoque».

Seguí contemplando mis marcadas ojeras en el cristal; el muy condenado no mentía: estaba hecho una mierda.

Torné el grifo y esperé con paciencia lo único que podría devolverme algo de vida en ese instante: el calor abrasador de la vaporosa agua. Me desvestí al son del fluido contra la mampara. Aquella melodía, unida a la justa luminosidad, relajó mis sentidos al tiempo que despertó una fuerte y súbita modorra. Pisé la fría cerámica, dejando al líquido acariciar primero mis pies y, tras ellos, el resto del cuerpo.

Concluida la anterior, solo faltaba una cosa. Agarré con desgana la maquinilla de afeitar; al menos «limpiaría» una considerable porción de sombras oscuras de mi rostro, exponentes impasibles de una faz desaliñada y un estado anímico cansado.

—Más vale que aparezcas pronto, Ryan —musité a la vez que sacudía la cuchilla en el agua estancada, originando en ella pequeñas ondas—. Pero hazlo *vivito y coleando*.

Un escalofrío se abrió paso por mi columna vertebral provocándome una arcada seca.

—Ufff... Será mejor ponerse en lo peor.

En ese instante, la pantalla del móvil se iluminó mostrando el nombre de quien me requería con insistencia: mi ayudante, Aston.

—Dime.

—¿Es posible que vuelvas de inmediato? —demandó, extremadamente nervioso. Nunca le advertí así.

—¿Qué ha pasado?

—Tienes que ver algo.

—¿Quieres calmarte y decirme qué ha sucedido?

—Es que..., joder, nunca había visto nada semejante. ¡Es asqueroso!

—¡A ver, tranquilízate. Y cuéntame de una santa vez qué demonios ha ocurrido!

—Nos acaban de avisar los federales de que han encontrado al chico. —Suspiró—. Está muerto.

—Joder... —lamenté frotándome las sienes.

—Voy para allá. Tardo cinco minutos. Mientras tanto, prepara el coche, iremos al punto cero.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? «¡Joder, ni que fuese novato!» ¡Que vamos a reconocer el cadáver, como nos corresponde! —repetí recreándome en cada palabra—. Ya lo hemos hecho otras veces, ¿recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo, pero no podemos.

—Aston, no estoy para adivinanzas.

—Lo han encontrado cerca de Avenue of the Giants, en California. ¿Entiendes?

Mis ojos se achinaron sin darme apenas cuenta: algo no cuadraba. No comprendía qué podía hacer Ryan en ese lugar. A priori, aquella afirmación, con los datos que manejábamos, resultaba inverosímil; a no ser que se hubieran equivocado y lo hubieran confundido con otro joven. Resultaba todo muy extraño. Ni siquiera nos dio tiempo de avisar a otros compañeros de su desaparición... En cambio, eran los federales quienes habían identificado el cuerpo; y esos cabrones no suelen equivocarse.

—No sé si sabes a cuánta distancia está eso de aquí —dejó caer ante mi silencio.

Traté de hacer una estimación de la longitud que nos podría separar del mencionado paraje natural.

—¿A unos mil kilómetros? —especulé poco convencido.

—No, bastantes más. Mil kilómetros se podrían recorrer en un solo día sin hacer otra cosa más que conducir, pero no. Aquí nuestro «colega» ha aparecido a los pies del puñetero Avenue of the Giants y, para tu información, eso está a casi mil ochocientos kilómetros de aquí.



CAPÍTULO 3

NECROSIS

ROBERT FOWLER

El silencio se abrió paso a mi alrededor invadiéndolo todo. De mis sentidos solo respondían los más primarios, esos que se encargaban de mantener el organismo en «modo automático». Y sí, la intuición me vino advirtiendo con escalofríos —en extremo desagradables—, que algo no iba bien. No obstante, uno siempre abraza la esperanza de equivocarse, y más cuando se trata de un chaval tan joven, sano, educado...; cuando lo conoces desde que era un crío y, además, se trata del mejor amigo de tu hijo.

La confirmación de su muerte me cortó el hálito. En apenas unas micro décimas de segundo surgieron una cadena de cuestiones engarzada con los más desoladores sentimientos: resignación, rabia, tristeza, desorientación..., y con el peor de todos: la impotencia.

Aun así, a pesar de lo que dijese Aston, la razón me advertía de que no podía ser él. Era materialmente imposible que en unas horas hubiese recorrido, con esa tartana de furgoneta, los casi mil ochocientos kilómetros que nos separaban del lugar donde lo hallaron. A no ser que llevase ausente más tiempo del que dijo su padre... No era verosímil. ¡Joder!, todo detective se cerciora antes de dar cualquier dato, y más en lo referente a la identificación de un cadáver. No me quedaba otra que aceptar la información facilitada por los compañeros.

—En fin... ¿Cuáles han sido las causas de la muerte? —pregunté a Aston antes de colgar.

—Eeestooo... Creo que será mejor que hables tú con los detectives. Lo que le han hecho... Joder, será mejor que lo veas por ti mismo.



CAPÍTULO 4

FOTOGRAFÍAS

ROBERT FOWLER

Conducía con la mirada puesta en la carretera, pero la atención se hallaba presa en mis pensamientos y en las circunstancias que nos acontecían: el dolor que se cernía sobre aquellos que querían a Ryan, entre ellos, Kevin. Este, desolado, no podía aguantar las lágrimas que brotaban en silencio desde su alma consternada. Impotente, miré de soslayo sus puños apretados sobre las rodillas, la tensión en sus mandíbulas, la rigidez que le envaraba todo el cuerpo en un esfuerzo titánico por contener una rabia que colmaba cada rincón de su ser.

«—*Han encontrado a Ryan.* —Recordé cómo me miraban sus ojos castaños. No hicieron falta más palabras para que entendiese el estado en que su amigo fue hallado—. *Nos acaban de avisar. ¿Aún me quieres acompañar a las dependencias?*». Evoqué dicho momento reviviendo con detalle la expresión frustrada de su rostro. No emitió ni un solo sonido, se limitó a cabecear en modo afirmativo, ponerse el abrigo y dirigirse al coche. Yo seguí sus pasos sumido en una pena estremecedora. Una vez más, no pude evitar el sufrimiento de uno de los míos.



—¿Has avisado a los Philips? —pregunté a Aston tras cruzar la puerta del despacho. Kevin enjugó sus lágrimas y entró detrás de mí.

—No, al decirme que venías en cinco minutos, he preferido esperar. Supuse que quizá querrías ser tú quien les diese la noticia.

—Sí, prefiero hacerlo yo.

Me disponía a llamar a Rudolf cuando escuché, en el exterior de nuestras pequeñas dependencias, el ruido de un vehículo aproximándose. La gravilla crujía al ritmo en que las ruedas se deslizaban sobre ella, del mismo modo en que lo hizo instantes atrás cuando llegábamos Kevin y yo. Finalizadas las maniobras pertinentes, el motor enmudeció. La intuición me condujo a echar un vistazo a través de los cristales.

—Son Rudolf y Jane —anuncié en voz alta.

«Me alegro de que sean ellos, prefiero darles la noticia en persona».

Lancé una furtiva mirada a mi vástago con la intención de averiguar en qué estado se encontraba. Podría resultar un momento tenso y doloroso; ya venía arrastrando mucho.

—Quizá prefieras esperar afuera mientras hablamos con los Philips.

—No, papá, si puede ser, me quedo.

—Como gustes.

La puerta de la oficina se abrió, mostrando tras ella los rostros trajojados y sin esperanza de mis viejos amigos.

No me dio tiempo a dar explicaciones; en apenas dos segundos la mirada de Kevin se cruzó con la de Jane y, haciendo gala de su casi infalible intuición de mujer y madre, ese encuentro fue muestra suficiente como para conducirla a entender lo que sucedía.

—No, no puede ser —exhaló entre sollozos con las pupilas aún clavadas en las de mi hijo—. Dime que no es verdad —exigió, dirigiéndose esta vez a mi persona.

—Me temo que sí, Jane.

—Nooo... —El lamento de la fémina quebró la entereza de cuantos

permanecíamos presentes, dejándonos tan solo al cobijo de esas cuatro paredes desteñidas que nos observaban impasibles. Turbado, Rudolf la abrazó al tiempo que me inquiría con mirada desgarrada, reclamando una información que yo aún no poseía.

—Nos han avisado hace apenas unos minutos. Te iba a telefonar ahora mismo. La verdad, Rudolf, todavía no puedo daros muchas explicaciones. Ni siquiera nos ha dado tiempo a reconocer...

—¿Cómo ha sido? —demandó, interrumpiéndome.

—Lo desconocemos.

—Pero... —Negó con la cabeza sin poder terminar la frase.

—Hasta el momento, solo sabemos que lo han encontrado cerca de Avenue of the Giants.

—No puede ser él. Es imposible —replicó nervioso, elevando la voz.

—Lo sé, eso mismo pensamos, pero... Los detectives han estado allí y lo han identificado como Ryan Philips. De ahí que hayamos recibido el aviso.

—Se han podido equivocar. —Entendía la reacción de Rudolf; al igual que cualquier padre desesperado, deseaba aferrarse a un clavo ardiendo.

El timbre del teléfono irrumpió nuestra conversación.

—Yo lo cojo —indiqué a Aston, que ya se aproximaba al aparato. Frenó en seco—. Al habla Fowler.

—Hola, soy el detective Idris Fischer, ¿es usted el sheriff?

—Sí, el mismo.

—Mi compañero y yo nos encargamos de investigar la muerte de Ryan Philips.

«Una llamada justo a tiempo. Ni que nos hubieran escuchado».

Aproveché que el receptor era inalámbrico para salir del despacho y dirigirme a otra habitación donde poder hablar sin restricciones.

—En unos minutos tomaremos un helicóptero para trasladarnos a su pueblo. Queremos hablar con los padres del muchacho —aclaró el detective.

—¿Cómo ha sucedido? ¿Ha sido un accidente?

—Me temo que las heridas que presenta no se corresponden con ningún tipo de accidente.

—¿Qué quiere decir? ¿Lo han asesinado?

—Todo apunta a que sí.

—Pero... ¿y yo qué le digo a sus padres?

—Entienda que no podemos aventurar ningún móvil.

—No le estoy preguntando por el móvil, detective Fischer, sino por la causa de la muerte.

—Está bien, sheriff, se ve que todavía no ha visto las fotografías que le hemos facilitado.

—No.

—Pues bien, le diré que hemos encontrado a su muchacho tirado en medio de la carretera, a escasos kilómetros de Avenue of the Giants, con un agujero en el pecho que le ha atravesado de lado a lado, con las paredes de dicho boquete necrosadas; incluso los órganos visibles parecían haber sido seccionados quirúrgicamente. —Le escuchaba sin poder mediar palabra. Aquello era más grave de lo que hubiera imaginado.

Un par de suaves golpes en la puerta llamaron mi atención. Sin darme tiempo a contestar, la fina lámina de madera se entreabrió unos centímetros. La cabeza de Aston asomó, demandándome con la mirada permiso para entrar. Con un ademán aprobé su petición. Este portaba un ordenador; intuí su deseo por mostrarme algo mientras continuaba mi entrevista con el detective. Se colocó a mi lado, entretanto yo continuaba escuchando al agente.

—No encontramos ni una sola gota de sangre en el lugar, y todo apunta a que en ningún momento la hubo. No murió desangrado. Las ropas estaban calcinadas en la parte del orificio, igual que su piel, y limpias de cualquier líquido orgánico.

En la pantalla del pc surgieron las imágenes que minutos atrás vio mi

joven ayudante y mencionaba el detective. Se me hizo un nudo en la garganta.

—¡Dios Santo! —exclamé desconcertado.

—Sí, sheriff Fowler, estamos ante un asesinato/caso inusual.

—¿Alguna vez habían visto algo así?

—No. Por suerte no. —Una pausa más larga de lo normal me hizo notar que quería dar fin a nuestra conversación—. Debo colgar, sheriff —concluyó el detective—. Mientras llegamos, procure que nadie abandone el pueblo. En unas horas estaremos allí.

—Espere, agente. ¿Puede decirme si al menos han hallado alguna pista?

—Apenas tenemos nada. Tan solo contamos con los testimonios de un par de vecinos y, bueno..., son difíciles de creer. —Aguardé en silencio esperando alguna aclaración adicional—. Aún es pronto y no es aconsejable que los padres sepan más que nosotros, ¿no le parece?

—¿Tan tontos nos cree a los que no vivimos en la ciudad? —Los nervios me hicieron perder la compostura.

—No pretendía insinuar tal cosa.

—No se preocupe, detective, entiendo que muestre cautela ante un caso así.

—Debo dejarle.

—Está bien.

—Sheriff...

—¿Sí?

—Procure no decirle esto a los padres del muchacho. —Frenó en seco; esperé que continuase—. Esos testimonios de los que le he hablado... Bueno, ellos argumentan haber visto una luz extremadamente brillante surcando el cielo. No sabemos de qué se trata, pero no podemos descartar que guarde algún tipo de conexión con el ‘asesinato’.



CAPÍTULO 5

HERIDAS ABIERTAS

ELISABETH O'CONNOR

—Ya estamos en casaaa —anunció mi sobrina Catherine vociferando desde el umbral de la puerta principal. El silencio fue su respuesta. Su faz cambió de forma súbita—. Supongo que mi padre y Kevin seguirán en las dependencias —especuló con un vano intento por ocultar su aflicción.

—¿Por lo que me contabas en el coche de vuestro amigo Ryan?

—Sí, espero que aparezca pronto. Kevin está muy afectado, y papá... Bueno, ya sabes, aunque no habla mucho su cara lo dice todo. Está muy preocupado.

—¿Tú estás bien?

—Sí, lo intento. Confío en que aparezca.

Hacía meses que no pisaba aquel pueblo, seguía demasiado vivo el recuerdo de Allison. Junto a la muerte de mi hermana, volaron también mis fuerzas y esperanzas. Ahora... Todo apuntaba a que mi visita no estaría carente de altibajos emocionales. La desaparición de aquel joven me hacía revivir el pasado. Aunque las circunstancias diferían por completo, no podía evitar traer a la memoria el recuerdo de la que siempre estuvo a mi lado. Llegar a ese vecindario y esa casa, alteraban mi aún debilitada entereza. Pensar en el sufrimiento que los seres queridos de Ryan estarían padeciendo,

me condujo a revivir el mío propio.

Intenté depositar mi fe en su aparición, aplacar el temor que empezaba a hacerse notable. Deseé que el destino no se hubiese fijado en él para hacerle partícipe de sus sádicos juegos.

Respecto a mí, cuanto veía alrededor despertaba una amalgama de recuerdos y sentimientos que se entremezclaban: la enfermedad de mi hermana, su padecimiento, su muerte, volver al pueblo que nos vio nacer y hacernos mujer. Y ahora, que por fin reuní fuerzas suficientes para regresar, me topaba con la desaparición del mejor amigo de Kevin. Aunque traté de olvidarme del asunto por unos minutos, la angustia me recorrió por dentro. No era fácil. A pesar de lo que pudiese pensar, mis heridas seguían abiertas, y el interior de la casa... Allá donde dirigiese la mirada me encontraba con el pasado. Todo seguía igual a la última vez que lo vi. Resultaba evidente: dentro de ese hogar aún latía su esencia. En las paredes colgaban diversos marcos, engalanados por los rostros risueños y congelados de una familia ahora incompleta; fotografías que recogían minúsculas muestras de lo que fue su felicidad y los momentos más importantes acontecidos en sus vidas: cumpleaños, paseos por la montaña, celebraciones... Daba igual el día que amaneciese o culminara, uno junto al otro conseguían inmortalizar, con un tinte atípico, todos aquellos sentimientos. Eran un ejemplo de lo que toda pareja desea. O al menos yo lo deseaba: algo tan mágico y exclusivo como lo que atesoraban Allison y mi cuñado Robert. Anhelaba poder alcanzar, a lo largo de mi corpórea existencia, el disfrute de una experiencia análoga. Y de pronto, se acabó. Aquejé su pérdida repentina, fugaz. Sin que ninguno pudiésemos impedirlo, nos dejó. Tenía prisa por marcharse, por dejar inmaculado el recuerdo de una relación única, irrepetible, intensa..., bella. Mis retinas se nublaron ante la humedad de la impotencia, al evocar su figura, su perfume, aquella sonrisa..., su voz pronunciando mi nombre en nuestra infancia.

—Si quieres, puedes dejar la maleta en la habitación —indicó mi sobrina Catherine sin percatarse de mi emoción.

—Sí. —Tomé rumbo al dormitorio y apilé mis bártulos sobre la cama.



Aproveché ese instante de soledad para revisar la bandeja de entrada de mi correo electrónico: nada importante.

«*Ni estando de vacaciones puedo desconectar del trabajo*», suspiré casi autocompadeciéndome.

Acto seguido y, siguiendo la misma línea obsesiva, abrí el *The Arizona Republic*, el periódico donde trabaja en Phoenix. Con solo ver los titulares, podría averiguar qué se estaba cocinando en la retaguardia del diario durante mi ausencia.

Un vistazo rápido: la Bolsa, deportes, sociedad... Hasta que llegué a un titular que llamó mi atención; rezaba: «Cuatro personas desaparecidas de forma misteriosa en el estado de California en las últimas doce horas». Me sorprendió. Lo más llamativo de la noticia no fue su encabezado, sino lo que apuntaba más abajo: «Desaparecidos en extrañas circunstancias sin hallar rastro ni del vehículo ni de sus cuatro pasajeros».

No pude evitar acordarme de Ryan.

«*Otros cuatro más*».

La melodía del móvil interrumpió mi lectura.

—Hola, Elisabeth. Siento molestarte en tus vacaciones —se excusó mi directora al otro lado del auricular.

—¿¡Johanna!?

Me sorprendió su llamada. Era una mujer a la que no le gustaba interrumpir el descanso de ninguno de sus trabajadores.

—¿Ocurre algo?

—Me temo que sí.



CAPÍTULO 6

UNA LLAMADA EN LA MADRUGADA

IDRIS FISCHER

Las aspas del helicóptero giraban a la misma velocidad que mis nervios. No me gustaba volar, y menos en un aparato con la siniestra apariencia de un esqueleto de insecto gigante.

Lo más óptimo hubiera sido efectuar el recorrido completo en avión, incluso en avioneta, pero no hallamos ninguna en las cercanías; menos aún un aeropuerto. Nuestras dos únicas opciones eran: recorrer los casi mil ochocientos kilómetros en mi ‘Tesla S’ —lo cual nos ocuparía cerca de dos jornadas conduciendo día y noche, turnándonos Cameron y yo, y sin parar a nada más que a mear y repostar—; o, recortar el cielo en helicóptero —consiguiendo un desplazamiento el doble de rápido y la mitad de agotador. Tan solo tendríamos que efectuar un par de altos en el camino para el repostaje de turno y quizá vaciar nuestras vejigas—. Por supuesto, ganó la segunda opción. Si mis cuentas no fallaban, en menos de nueve horas llegaríamos a nuestro destino: Green Place.

Me acoplé el casco de vuelo de rigor, y cerré los ojos tratando de conciliar el sueño durante el mayor tiempo posible.

No se me borraba de la mente el caso archivado del muchacho de Holbrook: Paul Whitman. Ni una sola huella. Ni un solo testigo. Nada. Solo un cadáver tirado en la cuneta, perforado, muy semejante al del joven Ryan Philips.

Lo único deducible por el momento: el asesino quería que el cuerpo fuese hallado, si no, se hubiera tomado las molestias de esconderlo y no dejarlo tan a la vista de los conductores.

Miré de soslayo a Cameron. A pesar de las vibraciones del aparato, yacía en el rígido asiento con la testa hacia atrás, descansando a duras penas su rubia melena en el reposacabezas. Parecía dormido y me alegré por ello. Le vendría bien un tiempo para relajarse. Aunque no dijo nada, noté que llevaba nervioso desde antes de coger el coche. Su quietud se truncó en el instante en que el jefe nos advirtió de lo que nos podríamos encontrar en el escenario del crimen. El sobresalto de Cameron fue palpable, y el mutismo en el traslado a Avenue of the Giants, lo confirmó. Dormir, aunque fuera un corto periodo y de mala manera, le sentaría bien; dentro de aquel habitáculo, suponía la mejor forma de ver transcurrir el tiempo.

«Ojalá yo también pueda conciliar el sueño unos minutos».

Los ojos empezaban a escocerme. La noche anterior descansé cuatro horas, quizá menos. El jefe nos llamó en mitad de la madrugada. Sin darme cuenta, me vi sumergido en recuerdos.

La noche anterior

—Idris, necesito que os personéis en comisaría lo antes posible — requirió Bakewell autoritario.

—Joder..., vaya horas, jefe —respondí con peculiar voz de ultratumba. Miré el reloj de la mesilla: las 2:48 am.

—Es urgente. ¿Tardarás mucho en llegar?

—No, jefe. En media hora estoy allí.

—Mientras te desperezas, voy a avisar a Cameron.

—Ok. Dígale que ahora paso a buscarle.

—De acuerdo. Os espero en mi despacho. Daos prisa.

Cuando llegamos, lo encontramos rebuscando en los archivos. Sus movimientos rápidos me llamaron la atención.

«Se habrá tomado más café de la cuenta —pensé».

—Sentaos —ordenó.

—Gracias —respondí, al tiempo que apartaba una silla para reposar mi cuerpo aún aletargado. Cameron secundó mis pasos.

—¿Y bien? ¿Quién se ha muerto? —Traté de quitarle trascendencia al asunto.

—Pues sí, Idris. Han encontrado el cadáver de un chico tirado en una carretera con una perforación en el pecho.

—¿Un disparo?

—No. Un orificio extraño y enorme. El sheriff de la zona nos ha avisado.

—¿Dónde lo han encontrado?

—Muy cerca de Avenue of the Giants.

—Eso está a unos doscientos kilómetros de aquí, ¿no? —cuestionó Cameron.

—Sí, no está muy lejos. Os voy a asignar el caso. Necesito que vayáis y examinéis la zona. Como es habitual, tratad de averiguar qué le ha sucedido a esa pobre criatura. Ah, y por cierto, andad con cautela; al parecer la gente está nerviosa.

—Supongo que como cualquiera que ve un fiambre por primera vez.

—No, no me refiero solo a los que han encontrado el cadáver, estoy hablando del sheriff y los demás agentes. Cuando he hablado con él..., lo he notado en su voz.

—No sé si llego a entenderlo —confesé subiendo las cejas.

—Lo entenderás cuanto te diga que, en el lugar donde han hallado el cadáver, han desaparecido otras cuatro personas. En minutos, el pánico ha cobrado vida y se ha extendido por el pueblo.



CAPÍTULO 7

MIL OCHOCIENTOS KILÓMETROS

ROBERT FOWLER
Green Place, Arizona

Miércoles, 23 de noviembre

No sabía qué hacer. En todos mis años de servicio, nunca me sentí tan impotente. Una desaparición en un pueblo tan pequeño y que culmine en..., ¿asesinato? ¿Quién podría tener interés en acabar con la vida de aquel pobre muchacho? Aunque quizá para mí eso no suponía lo peor. Lo más tormentoso era el dolor de unos padres desolados, el revuelo que se estaba levantado en el pueblo... Desde mi perspectiva como sheriff, me enfurecía no haber podido reconocer el cadáver, ver con mis propios ojos el estado del mismo, las causas de la muerte, confirmar que se trataba de Ryan.

La explicación del detective me puso los pelos de punta. ¿Qué semejante hijo de puta podría hacer algo así?

No obstante, quién fuese el autor de aquella carnicería no era lo único que perturbaba mi serenidad. Por más que me rebanaba la sesera, no encontraba explicación a tan improbable fin. Resultaba disparatado, inverosímil, lo mirase por donde lo mirase. ¿Cómo pudo trasladarse a casi

mil ochocientos kilómetros de distancia en tan poco tiempo? ¿En avión? Si fuera de tal modo, no hubieran encontrado también su vieja furgoneta en el mismo lugar. Un tornado. Un... No. No encontraba nada que satisficiera mis incógnitas. Crecían mis ganas de hablar con calma con los detectives, necesitaba más información.

Una vez acabado el papeleo y ver marchar a los Philips, Kevin y yo hicimos lo propio. La tensión y el dolor amenazaban con pasar factura. Era apremiante descansar unas horas.



—¡Hola! —saludó alegre mi cuñada al abrir la puerta. Nuestros rostros le hicieron cambiar el semblante.

—Hola, Elisabeth —respondí con una sonrisa triste. A pesar de intentarlo, no pude fingir. Reprimí como pude la humedad que nacía en mis ojos. Tras el curso de las últimas horas, las trincheras de mi fortaleza se doblegaban abatidas. La sola presencia de Elisabeth, despertó el recuerdo de mi amada Allison.

—¿Malas noticias?

—Me temo que sí.

—Oh... Lo siento.

—No es nada. Ahora solo espero que los detectives averigüen quién ha sido el mal nacido que... Ojalá se haga justicia.

En ese instante apareció Catherine; sus ojos denotaban estremecimiento. Había escuchado nuestra conversación. Sin decir nada, comenzó a caminar. La seguí con la mirada. Esta se dirigió a su hermano. Sobraban las palabras y, un solo ademán hizo el resto. Con el cariño que algún día la conduciría a ser madre, y la empatía de una hermana mayor que trata de proteger a los de su sangre, lo atrajo hacia sí para abrazarlo. En ese momento, Kevin se desarmó

de la agrietada entereza que mantuvo ante los Philips. Se desprendió del falso velo de la negación. Y tras ver que se hallaba ante la realidad, se hizo consciente de lo acontecido, de lo que suponía aquello. El dolor cercenó su corazón, provocando una marea de lágrimas saladas que emanaron de sus ojos y recorrieron sus pálidas mejillas como ríos creados por el deshielo que de las montañas arriban al mar. No existía vergüenza que le impidiera expresar el desconsuelo que se arremolinaba en su alma. Los sollozos se convirtieron en tímidos aullidos, en leves convulsiones en su diafragma, en un estremecimiento contagioso. De nuevo, la vida se mostraba ante él desafiante, azotando y poniendo a prueba la madurez que podía poseer a su corta edad.

Agaché la mirada a la vez que posaba la mano sobre el hombro de mi cuñada.

—Será mejor dejarle con su hermana —susurré.

Y caminé en silencio, con los ojos bañados en desolación, con las gotas recorriendo mi rostro igual a la última vez, al día en que despedí al amor de mi vida, a la noche en que Allison se marchó de mi lado.



Desparramé mi cuerpo sobre la cama aún con la vestimenta del trabajo; ni siquiera me descalcé. Me llevé las manos a la cara con intención de tapar mi rostro, de impedir que la intensa luz de la estancia se filtrara entre mis dedos. Necesitaba perderme en la oscuridad, mas no tenía fuerzas para levantarme y bajar la persiana.

No fui consciente de cuándo sucumbí al cansancio.



Tres golpes rápidos y secos en la puerta del dormitorio me arrancaron del letargo.

—Papá, han llegado los detectives —anunció Kevin al otro lado de la madera. Su voz se mostraba más viva.

Sobresaltado, me levanté del apacible lecho dando un pequeño brinco.

«¿Qué hora será? —me pregunté al tiempo que inspeccionaba mi alrededor; estaba confuso».

La luz que antes molestaba a mis ojos húmedos y sensibles, ahora se filtraba tímida entre las finas telas que cubrían los ventanales, careciendo de intensidad. Busqué en el pantalón el teléfono móvil, desbloquéé la pantalla: las 7:43 pm.

—¡Un momento, ahora mismo bajo! —repliqué a pleno pulmón.

Me dirigí al cuarto de baño y abrí el grifo, necesitaba refrescarme la cara. Observé por unos instantes los ‘sin secretos’ que el cristal reflejaba de mi rostro: las ojeras habían desaparecido, no en cambio, la hinchazón en los párpados. En el fiel reflejo que tenía enfrente, vi a un hombre desorientado y afligido por dentro.

«*Cuando acabe todo esto, me tomaré unos días de vacaciones; las necesito*».

Tras cruzar el umbral de mi dormitorio, bajé los escalones de madera blanca lacada en dirección al salón. Supuse que los detectives me esperarían allí, y no me equivocaba. Al aproximarme, los encontré sentados en uno de los sofás, uno junto al otro. «*Peculiar pareja* —pensé». Uno de ellos era rubio, de constitución —en apariencia—, bien formada, musculada y de altura considerable; quizá sobrepasara el metro noventa. Tenía una libreta en la mano y, aunque su atención parecía centrarse en ella, farfullaba algo a su compañero. A su izquierda, el otro: de cabello moreno y piel a juego, algo

más menudo, pero alto y fibroso igualmente. Sentí curiosidad por saber la nacionalidad de cada uno, seguro que muy dispares. El primero me recordó a un escocés; el segundo..., ¿árabe?

Me pregunté cuál de los dos habría sido mi interlocutor horas antes.

Al escuchar mis pasos, ambos se giraron; al verme, se levantaron de los asientos.

—Detectives... —Hice un asentimiento a modo de saludo.

—Sheriff Fowler... —El moreno fue el primero en tenderme la mano.

—Soy el detective Idris Fischer; este es mi compañero, Cameron McGrane.

—Qué hay —respondí estrechándosela. Observé los ojos castaños de quien, al parecer, tenía la voz cantante; el mismo con el que intercambié unos momentos de tensión telefónica.

—Siento mucho lo de su muchacho.

—Gracias. Al menos me alegro de que haya aparecido. Creo que la incertidumbre es más desesperante que conocer la verdad. —Los detectives guardaron silencio; me observaban con detenimiento—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Le diremos la verdad, sheriff, nos enfrentamos al caso más complejo de nuestras carreras —dije pensando en el expediente que tuvimos que abandonar dos años atrás. El hombre se quedó meditabundo—. Habrá visto las fotografías que le enviamos por email.

—Sí, las he visto. Son espeluznantes.

—No es la primera vez que nos encontramos con algo semejante. Hace unos años, tuvimos un caso extremadamente parecido. Por desgracia, no conseguimos resolverlo. No había pista alguna que seguir. Después de unos meses estancados, el juez lo archivó.

—¿Qué está insinuando, detective?

—No lo insinúo, lo digo de forma abierta: estamos en el mismo punto que la vez anterior. De nuevo, no hemos hallado nada en la escena del

crimen. Ni huellas, ni tejidos..., nada de nada. Por no haber, ni siquiera había una sola gota de sangre. Todo limpio.

»Hemos pedido a la policía científica que examine a fondo la furgoneta del chico. Por su parte, el forense le está practicando la autopsia. Estamos a expensas del resultado. Necesitamos determinar la causa exacta de la muerte. Aunque todo apunta a lo evidente: murió por la perforación que le produjeron en el pecho.

—¿Y qué hay de los testigos que me comentó por teléfono?

—Como le adelanté, son difíciles de..., interpretar. Aseguran haber visto una luz surcando el cielo hasta alcanzar el punto donde fue encontrado el cadáver.

—¿Dan por hecho entonces que ha sido un asesinato?

—No tenemos ninguna duda.

Me quedé pensativo, con la mirada puesta en ninguna parte, y de nuevo, las incógnitas agolpándose en mi cabeza.

—Aún no hemos visitado a los padres del muchacho, ¿nos acompañaría? —sugirió su compañero, Cameron. Resoplé tratando de reunir fuerzas. En ese instante, Elisabeth irrumpió en el salón.

—Perdonen que me inmiscuya, agentes, pero necesito preguntarles algo. —La atención de los dos hombres se centró en ella—. ¿Es cierto que, aparte de Ryan, desaparecieron anoche al menos cuatro personas más? —La miré confuso. Yo no tenía esos datos, ¿cómo podía ella saberlo si ni siquiera a mí me los habían notificado?

—Sí, es cierto, ¿señorita...?

—Elisabeth.

—¿De dónde ha sacado usted esa información? —indagó el detective Fischer.

—Soy periodista. Mi directora me ha puesto sobre aviso. Su sobrina es uno de los desaparecidos.



Capítulo 8

DESAPARECIDOS

Green Place. Arizona

Horas antes

—Perdona que te moleste en tus vacaciones, Elisabeth —se excusó mi jefa apurada—, necesito tu ayuda.

—No te preocupes, Johanna, ¿qué sucede? —Sabía que una mujer como ella no me llamaría de no ser algo verdaderamente importante.

—Mi sobrina y unos amigos suyos han desaparecido —espetó dejándome perpleja.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—No lo sé con exactitud. Sus padres y medio pueblo están como locos buscándolos. Alertaron al sheriff en cuanto se percataron.

—Pero... ¿cómo sabéis que están desaparecidos? A lo mejor se han ido de fiesta o vete tú a saber.

—No. Llevan desde la tarde del martes sin dar señales de vida. Quedaron, igual que siempre, después del trabajo de un par de ellos, y los vieron, como era habitual, en la cervecería *Happy drink*; vamos, la de costumbre.

—¿Y no pueden haberse escapado o...?

—No, Elisabeth. No hay ningún motivo para que se quisieran escapar, y

menos cuatro muchachos a la vez. Los dos que trabajaban han faltado hoy a su puesto. Y no, esa hipótesis no nos cuadra. Pueden ser jóvenes, pero son chicos responsables.

—¿Dónde ha sucedido?

—En Lost Road. He supuesto que, como has viajado tanto por California y Arizona, quizá lo conocerías. Está cerca de Avenue of the Giants.

—Sí, está a unos cuantos kilómetros, no muchos.

Un suspiro de resignación se escapó de mis pulmones al tiempo que escuchaba cómo Johanna sorbía por la nariz la evidencia de su discreto llanto. Dudé si debía hacerle saber a cerca de la desaparición del joven Ryan. Finalmente, lo omití; no merecía la pena acrecentar su inquietud. Quizá era una simple casualidad, tal vez apareciesen todos en cualquier momento. Albergaba la esperanza de que fuese solo una gamberrada consecuencia de su inmadurez, que no tuviese nada que ver con los temores que empezaron a rondar por mi cabeza.

—Haré lo que pueda. Si averiguo algo, te aviso.

Colgué el teléfono con el corazón encogido. Me dolía ver tanta desgracia junta y no poder hacer nada para evitarla. Durante nuestro coloquio, la voz de mi directora —antes siempre firme y elocuente—, vibró compungida y titubeante, aunque no era para menos: cuatro chicos habían desaparecido, sin previo aviso, sin ningún motivo aparente, siendo uno de ellos su sobrino, el hijo mayor de su hermano. Para la mente de cualquiera, supondría un drama.

Según colgué, un pensamiento cruzó sin contemplaciones mi mente acelerándome el ritmo cardiaco y haciéndome sospechar lo peor, no solo a cerca del paradero de todos ellos, sino de que no fueran los únicos. Si se confirmaban mis temores, en efecto sería un drama para todos, menos para los autores de la cruel salvajada.



CAPÍTULO 9

INFORME ‘WHITMAN’

Green Place. Arizona

Un muchacho nos abrió la puerta. Intuí que se trataba del hijo del sheriff.

—Hola, buscamos a Robert Fowler. —Al ver la cara inexpresiva y al mismo tiempo afligida del joven, continué presentándonos. Me quedó claro, con solo contemplar sus ojos inyectados en sangre, que no era un buen día para adivinanzas ni para hacerle pensar más de la cuenta—. Somos los detectives Idris Fischer y Cameron McGrane. Llevamos el caso de Ryan Philips. —Se le cortó la respiración.

«*Serían amigos —pensé*». Su rostro se transformó. Aquellos dos encarnados luceros que nos observaban, quedaron barnizados por el líquido que sus lagrimales proferían. Inclino levemente la cabeza hacia el piso; allí perdió la atención divisando la nada. Me dio lástima ver al joven desconocido en ese estado. No era la primera que nuestra sola presencia desarmaba la entereza de familiares o allegados cercanos a las víctimas. «*Debía estar muy unido al fallecido —concluí*». Y de forma automática, me di cuenta: el golpe del destino a esas edades y en esas circunstancias, marca con más saña. Observé de modo fugaz a mi compañero; él me dedicó una mueca de comprensión, transmitiendo, sin articular palabra, que ambos nos encontrábamos ante el mismo pensamiento: «*concédele unos segundos para que se recupere*».

Nos mantuvimos estáticos bajo el umbral de la puerta principal

esperando a que saliera de su absorto silencio. Al cabo de unos breves instantes, al fin reaccionó.

—Hola, detectives. Pasen —consiguió pronunciar en medio de un suspiro. Con paso desganado, nos condujo al salón de la amplia vivienda—. ¿Pueden esperar aquí? Avisaré a mi padre —indicó, recuperando la compostura.

—Gracias —respondimos al unísono.

—Póngase cómodos, están en su casa. —Nos invitó como buen anfitrión. Francamente, me asombró su madurez, yo a su edad me recordaba más irreflexivo.

Mientras el sheriff acudía a nuestro encuentro, mi compañero y yo nos acomodamos en el amplio sofá color chocolate que adornaba un extremo de la amplia habitación. Frente a él, una mesa baja de cristal provista tan solo de un jarrón con flores nos sirvió para depositar en ella: gafas de sol, libretas y bolígrafos.

Extraje el móvil del bolsillo de la chaqueta y desbloqueé la pantalla. Miré la bandeja de entrada de mi correo electrónico, y ahí estaba: una copia del informe del caso ‘Paul Whitman’.

—Ya ha llegado —anuncié a mi colega.

—Qué mal rollo me da esto.

—Lo sé, a mí también. —Pulsé sobre el vidrio y esperé a que el archivo se descargase. Como un niño que pretende fisgonear sin permiso, Cameron inclinó ligeramente su cuerpo para ver el documento. Para nuestra sorpresa, se trataba del informe de la autopsia.

Lugar: Arizona.

Fecha: 3 de diciembre de 2015.

Varón, nacido el 17 de octubre de 1996, hallado muerto el 3 de diciembre de 2015, a la edad de diecinueve años. Natural de

Holbrook. Identificado con el nombre de Paul Whitman.

Estado civil: soltero.

Lugar del fallecimiento: Holbrook, condado de Navajo, Arizona.

Estudiante.

Se adjunta el certificado médico de defunción. Las heridas encontradas en el cuerpo indican que perdió la vida a causa de una gran perforación en el estómago, a la altura de la pleura, seccionando órganos vitales: hígado, páncreas, bazo, vesícula, riñones, intestinos, vasos sanguíneos y arterias. Ausencia de vertebras: T11, T12, afectadas las contiguas: T10 y L1. La perforación alcanza un radio de nueve centímetros en una circunferencia perfectamente definida. Las paredes de los tejidos alcanzados están cauterizadas. Parece que se calcinaron al mismo tiempo en que se producía la amputación, impidiendo así las hemorragias; a pesar de ello, mantienen un color intenso y vivo. La entrada y salida del orificio es totalmente horizontal, por lo que podríamos deducir que quien le haya practicado la mutilación se encontraba frente a la víctima.

No hay señales de marcas en ninguna extremidad. Tampoco de que el fallecido haya sido amordazado ni torturado.

Arma desconocida.

Aunque desconocemos el móvil, podemos apuntar a un asesinato.

Terminamos de leer el informe forense. A los pies del mismo figuraba el nombre del médico que lo certificó: Adam Delval.

—Cuántas veces habremos leído este informe —lamentó Cameron con cierto aire de resignación.

—No sabría qué decirte, pero puede que aún nos queden unas cuantas más.

—Sí, eso me temo.

—¿Ha llamado algo tu atención? —Sentí curiosidad por saber si se había fijado en el mismo detalle que yo.

—Déjame —solicitó tendiéndome la mano para que le entregase el móvil. Observé cómo releía una vez más, de principio a fin, el dichoso documento—. Ten. —Guardó silencio mientras escudriñaba mis ojos achinando los suyos. Luego, dirigió la mirada a su libreta y, al tiempo que la garabateaba, me contestó—. Creo saber a qué te refieres.

En ese instante escuchamos unos pasos aproximándose.

«*Al fin, cara a cara con el sheriff Fowler*». Tenía ganas de ponerle rostro a mi interlocutor telefónico.



CAPÍTULO 10

LOS PHILIPS

IDRIS FISCHER

Cogimos el coche junto al sheriff Fowler y nos dirigimos a la casa de los Philips; correspondía hacerles la visita de rigor. Sin embargo, intuía que aquellos infortunados padres no podrían facilitarnos ninguna pista útil para la investigación.

Cameron me ofreció el asiento del copiloto, con lo cual, pude observar con mayor detenimiento a ese hombre que nos trasladaba por el pequeño pueblo de Green Place. Le calculé unos cincuenta años. Tenía un aspecto jovial, supongo que debido a su abundante cabellera ligeramente engominada hacia atrás; alto, rondando el metro ochenta; piel clara, uniforme; ojos marrones como el café. En definitiva, un hombre con buena planta.

—Dígame, Fowler...

—Llámeme Robert, detective. Y preferiría que no me tratase de «usted». Me hace sentir mayor —dijo sin apartar la vista de la carretera.

—Está bien, Robert, nos tutearemos. Pero haga «usted» lo mismo —le contesté guiñándole un ojo—. Te quería preguntar si tenías relación con los Philips.

—Sí.

Su afirmación tajante y seca seccionó mis ganas de averiguar más. Noté el dolor en sus ojos, y la verdad, saber qué tipo de vínculo mantenía con ellos, no nos aportaría ninguna información de trascendencia para el caso.

Durante el resto del trayecto, mis pensamientos lo ocuparon las otras cuatro personas desaparecidas.

«La sobrina de la jefa de la cuñada del sheriff. ¡Joder, qué puto trabalenguas! ¡Y joder, qué puta casualidad! Mira que hay gente en el mundo como para que alguno de los miembros de la familia del sheriff termine conociendo a alguno de los..., ‘afectados’. ¿Será una eventualidad a tener en cuenta o un mero capricho del azar? En fin..., ojalá estos aparezcan de una pieza».

—Es aquí —indicó Fowler con la cabeza. Una bonita casa de color blanco se alzaba ante nosotros con elegancia. Con tan solo observar la fachada, la valla de madera a juego rodeando la finca y el cuidado jardín, uno se veía conducido a pensar que los propietarios gozaban de un buen nivel adquisitivo.

Nos apeamos del vehículo en cuanto se detuvo; nuestro chofer, en cambio, se recreó unos segundos más antes de seguirnos.

—¿Estás bien? —le pregunté una vez lo tuve a mi lado.

—No me queda otra. —Suspiró—. Entremos.

El sheriff nos condujo hasta la puerta. Volvió a tomar una fuerte respiración que acabó en un rebufo y, con el coraje tambaleante, apretó el timbre del desquebrajado hogar. Luego, se apartó unos centímetros para dejarnos espacio a Cameron y a mí. Tras un par de minutos, el grueso portón se abrió, mostrando entre las sombras del interior la cara del que acababa de perder a su único vástago.

—Hola, Rudolf —saludó Fowler.

—Robert...

—Te presento a los detectives Fischer y Cameron, los encargados del caso.

—Señor Philips, soy el detective Idris Fischer, este es mi compañero Cameron McGrane. Estamos aquí porque nos gustaría hablar con ustedes unos minutos.

—Claro. Pasen.

El hombre, de unos cincuenta y cinco años, de corta estatura, moreno y de presencia desaliñada, se echó a un lado para dejarnos paso. Nos guió en silencio por el interior de la amplia casa, a través de un largo pasillo forrado de madera blanca, hasta llegar al comedor. Allí, acurrucada en un sillón, casi en penumbras, aguardaba una mujer de cabello rubio oscuro, estrujando un pañuelo gastado. Sus ojos, hinchados a la par que encarnados, daban sentido a la triste escena.

—Hola —saludó Cameron según nos aproximábamos.

—Esta es mi mujer, Jane.

—Un placer, señora. —Nos volvimos a presentar ante la progenitora de nuestro fallecido.

—Hola, agentes —dijo en un hilo de voz.

—Dígannos, ¿saben ya qué le sucedió a nuestro hijo? —cuestionó Rudolf mirándome a los ojos. Instintivamente volteé la cabeza en busca del sheriff; solo con observarle el rostro, supe que no les había dicho ni una sola palabra de lo que horas atrás le adelanté por teléfono. Aquellos padres permanecían en la absoluta ignorancia.

—Le encontramos con una herida importante en el pecho. Eso le causó la muerte. —No quise entrar en detalles innecesarios que solo les causaría más dolor e incompreensión.

—¿Pero están seguros de que es nuestro Ryan?

—Sí, no tenemos ninguna duda. Lo pudimos identificar muy rápido, ya que portaba su documentación de identidad.

—Pero..., pero... —balbuceó mirando al suelo y negando con la cabeza—. ¿Cómo podría ser él? No pueden haberlo encontrado en Avenue of the Giants. Eso está a muchos kilómetros de aquí. Mi hijo no se marchó tan temprano como para recorrer esa distancia, y con esa furgoneta..., ese cacharro ya casi ni andaba, menos aún se encontraba en condiciones como para realizar un viaje tan largo; se hubiera quemado por el camino. —Guardé silencio omitiendo el detalle de cómo encontramos el mencionado aparato—. No entiendo nada, detective —espetó el hombre nervioso. Su mujer nos

observaba en silencio—. ¿Tienen alguna idea de quién pudo hacer algo así o de cómo pudo llegar hasta allí?

—Francamente, señor Philips, lo desconocemos. Por eso hemos venido a hablar con ustedes. Queremos saber si en las últimas semanas vieron algún comportamiento inusual en su hijo, si había comenzado a frecuentar lugares distintos, hecho nuevas amistades..., cualquier cosa que se les ocurra. —Los padres, pensativos, negaron con una suave oscilación de cabeza. A la mujer se le encharcaron los ojos.

—¿Saben a dónde se dirigía o a qué hora cogió la furgoneta? —cuestionó diligente mi compañero.

—Acostumbraba a madrugar —intervino la mujer enjugándose las dos lágrimas que se deslizaban libres por sus pómulos—. Cuando iba al rancho a dar de comer a los caballos y pasar la mañana con ellos, solía levantarse a las seis; tras desayunar y acicalarse, luego se marchaba en la furgoneta. La última vez..., no creo que fuera más tarde de las siete de la mañana cuando salió de casa.

—A esas horas todavía no ha amanecido... —concluyó Cameron pensativo.

—No —confirmó la fémina.

Me miró. Sabía que estaba pensando lo mismo que yo.

—¿Ustedes dormían a esas horas? —indagué.

—Sí. La verdad, solemos madrugar, pero no tanto como Ryan.

—¿Dónde se encuentra el rancho? Querríamos verlo.

—En dirección opuesta a donde hallaron a nuestro hijo; a unos veintiocho kilómetros de aquí. Hay que coger la carretera en línea recta dirección a Nuevo México. El final del trayecto hay que hacerlo por un camino secundario.

—¿Usted podría llevarnos allí?

—Claro, no hay problema.

—Está bien. Mañana a primera hora iremos al rancho. A las siete de la

mañana vendremos a buscarle. Si recuerdan algo que nos pueda servir para la investigación, no duden en comunicárnoslo.

—Por supuesto, detectives.

—Ahora, descansen. Ha sido un día muy largo.

—Igualmente.

Miré a Cameron y a Fowler, era momento de retirarnos. Mi compañero y yo aún debíamos encontrar un lugar donde pasar la noche. Estaba cansado; todos lo estábamos. Necesitaba una buena ducha caliente, comer algo que calmase el malestar que aún rondaba mi estómago y dormir para renovar fuerzas.

Una vez más, Fowler encabezó nuestros pasos hasta llegar al vehículo.

—He pensado que quizá queráis pasar la noche en mi casa. Tenemos habitaciones de sobra.

Mi colega y yo nos observamos y, con una mirada cómplice, entendimos que nos parecía una idea aceptable.

—Sería estupendo, Robert. Muchas gracias por el ofrecimiento.

Me respondió con una mueca de asentimiento.



Soltamos el escaso equipaje que portábamos en la habitación asignada. Llevaba desde que abandonamos el hogar de los Philips con ganas de estar unos minutos a solas con Cameron, indagar si también él se había fijado en un par de detalles que surgieron a lo largo de la tarde. Pero, a decir verdad, en ese instante lo que me urgía era una buena ducha y comer algo; estaba desvalido.

Tuvimos suerte. La cuñada de Robert se ofreció a preparar la cena y nos invitó a acompañarlos. Desde el primer momento, me resultó una idea

agradable. Hacía meses que no disfrutaba de una comida en ambiente familiar. Llevaba demasiado tiempo viviendo solo.

«*He de visitar a mis padres* —me prometí. Esta vez con intención de hacerlo».

—¿Os gustan a todos las pizzas? —preguntó la fémina después de dar unas cuantas vueltas por la cocina. La observé con detenimiento, tenía algo que...

—Por supuesto —contesté guiñándole un ojo. Cameron me miró con una sonrisa de incredulidad.

—¿Pero tú no ibas a deleitarnos con un exquisito guiso casero? —preguntó su cuñado mofándose. Al parecer, detrás de aquella fachada imponente y seria, se escondía un hombre con cierto sentido del humor.

—Pues va a ser que no —esquivó su impertinencia sacándole la lengua—. Hoy, pizza.

—Estupendo —alegué imaginando el manjar.

—Mientras os cambiáis, pediré unas. ¿Cualquier ingrediente?

—Sí, pide lo que quieras, a nosotros nos gusta cualquier cosa.

—Tampoco te pases —espetó mi compañero con cara de pocos amigos. Me eché a reír.

—Bueno..., vamos a ducharnos. No tardaremos en bajar.

—Tenéis unos veinte minutos —replicó Elisabeth con una bonita sonrisa, gesto que remarcó sus carnosos y bien delineados labios.

Giré sobre mí mismo con una mueca de satisfacción en la cara, y acto seguido, le hice un gesto con la cabeza a mi compañero para retirarnos.

—Antes nos quedamos a medias —dijo Cameron al tiempo que subíamos las escaleras.

—Sí. Ven, pasa. —Abrí la puerta de mi estancia y le indiqué que entrase.

—¿Recuerdas el informe de la autopsia? —planteé sentándome en el borde de la cama. Cameron se sentó en una silla que había enfrente.

—Claro.

—¿Y?

—La única diferencia que veo con el caso actual es que a Whitman lo encontraron en el mismo pueblo en el que desapareció.

—Exacto. En eso mismo me fijé yo —confirmé reflexivo

—¿Y bien...?

—No tengo ni idea. Los otros cuatro desaparecidos, lo hicieron casi al lado del lugar en que fue hallado Philips. De momento, no hay un patrón a seguir.

—Y todavía no han aparecido.

—Correcto.

—Por cierto, ¿por qué quieres que vayamos tan temprano a visitar el rancho? —cuestionó desorientado.

—Quiero contemplar lo que Ryan pudo ver a esas horas de la madrugada.

—¿Quieres decir que barajas la posibilidad de que llegase al rancho, estuviese allí y luego, se desvaneciera?

—Lo que trato de averiguar es a qué hora desapareció.

—Los forenses nos podrán decir la hora de la muerte.

—Sí, pero si no sabemos desde cuándo llevaba desaparecido, de poco nos va a servir.

—¿Entonces crees que pudieron retenerlo antes de matarlo?

—Uffff... Sí y no. Es una posibilidad que no podemos descartar. —Sentí cómo la impotencia se colaba una vez más en mi estómago.

—Intuyo que buscas algo más.

—Siempre buscamos algo más, Cameron.

—¿Sabes? Lo que creo es que quieres que vayamos allí tan temprano para ver si tú también ves algo fuera de lo común. —Lo observé sin decir nada, resultaba innecesario. Aunque sus creencias fueran muchas veces contrarias a las mías, él ya sabía lo que rondaba por mi mente—. Supongo que tiene que ver con esas..., «luces».

Suspiré ante su escepticismo y forma desairada de plantear la posibilidad.

—Correcto. Y con encontrar nuevos testigos.



CAPÍTULO 11

APARICIONES

IDRIS FISCHER

La oscuridad se cernía sobre nosotros. La modorra, unida al cansancio, aún aletargaba mis movimientos. Ni siquiera la presencia de la atractiva Elisabeth espabilaba mis sentidos. La noche anterior me costó conciliar el sueño; demasiados pensamientos rondando de aquí para allá.

«*Al final se salió con la suya* —medité evocando la noche anterior»:

—¿Al rancho de los Philips? Me gustaría acompañaros —dijo Elisabeth sin ningún reparo mientras intentaba tragarse el pedazo de pizza que tenía en la boca.

Cameron y yo nos miramos incrédulos aunque, finalmente, este me hizo un sutil gesto de indiferencia. «*Haz lo que quieras* —debió pensar». De modo que le di consentimiento para que se uniera a nuestra inspección. Visto lo visto, quizá nos viniese bien otra cabeza pensante.

—Quedaos en el coche, yo aviso al señor Philips —indiqué a mis compañeros haciendo un esfuerzo extra para estimular el cuerpo.

Bajé del vehículo y miré a mi alrededor. Aunque fuera de forma fugaz, era la primera vez que me detenía a observar algo que escuché decir a mi padre en multitud de ocasiones: «El instante más oscuro de la madrugada es

aquel que te envuelve justo antes de amanecer». Y era cierto. Hasta ese momento, nunca antes tuve ocasión de estar en un lugar con unas condiciones tales como para deleitarme con dicho fenómeno; o quizá, no había llegado el turno de hacerlo. Allí, en Green Place, la ausencia de luz reinaba por doquier.

Me alcé el cuello del abrigo, entretanto un escalofrío recorría mi cuerpo. Anduve los metros que distaban hasta la entrada de la opulenta casa, esmerándome en proteger mis manos desnudas y temblorosas del implacable rocío. Esa madrugada, nos acompañaba un cielo totalmente raso y estrellado, incrementando así la sensación de gelidez que se colaba por nuestra delicada anatomía.

«Dios Santo, qué frío hace en este puñetero pueblo».

No se hizo de rogar. Pocos segundos después, salió de la casa dejando a su espalda el cálido confort del hogar.

—Será mejor que cojamos mi coche, detective —dijo tras saludarme. Lo miré tratando de saber el motivo de tal propuesta—. Como le dije ayer, deberemos recorrer un tramo del camino por una vía secundaria; está bastante descuidada y mi Dodge está hecho para terrenos escarpados —argumentó con modestia.

De forma súbita, el portón del garaje se abrió y, en medio de la oscuridad, los faros del imponente coche se iluminaron. Rudolf se aproximó al vehículo, subió y puso el motor en marcha, haciendo que el grillar de los grillos enmudeciera ante su rugido.

*

Nos pusimos en marcha: un primer tramo de dieciocho kilómetros por una autovía desértica, sin casas a los costados, sin árboles, sin nada, ausente de toda clase de luz o reflejo. Ni siquiera la luna quería proporcionarnos una brizna de claridad. Tuve la sensación de estarnos metiendo en la boca del lobo.

Como nos advirtió Rudolf, de la misma carretera salía sin previo aviso

un ramal que, a no ser que lo conocieses de antemano, resultaba inapreciable. El trayecto final hasta alcanzar el rancho, empezó a revolverme, agitando en mi estómago los cuatro sorbos de café que tomé antes de salir. Aquellos pocos kilómetros me pusieron en tensión. Por el contrario, nuestro guía parecía disfrutar con el accidentado terreno; debía conocer cada metro a la perfección y no se andaba con miramientos a la hora de apretar el acelerador. En el interior, los tres monigotes que lo acompañábamos, nos veíamos agitados cual hielo en una coctelera por el resto de saltos y zarandeos que la perfecta amortiguación de aquel titán no podía mitigar. Remanentes de movimientos bruscos y desacompañados que provocaban un molesto vaivén en todo el cuerpo, haciendo eco en las entrañas de nuestra anatomía y estimulando que el dichoso café quisiese sucumbir a la tentación de salir por donde había entrado. Por suerte, a unos pocos metros se pudo apreciar nuestro destino; recé por aguantar hasta alcanzarlo.



Tan solo faltaba yo por apearme del vehículo; me esmeré en intentar calmar el malestar, en armonizar el mal cuerpo que se me había quedado después de tanto traqueteo.

—¿Estás bien? —preguntó Cameron tras abrirme la puerta, apuntando con la linterna a mi semblante.

—Joder, macho, aparta esa puta luz.

—¿Bajas o qué?

—Aún no. Estoy un poco indispueto.

—Eso es porque estás enamorado... —alegó cachondeándose de mí.

—Calla, gilipollas. —Lo ignoré al tiempo que me reclinaba hacia delante. Apoyé el rostro sobre las palmas de mis manos y comencé a respirar

lento y profundo—. Adelantaos vosotros, ahora voy.

—Está bien. Pero ten cuidado, no vaya a ser que te abduzcan.

Como impactado por un rayo, giré la cabeza para mirar la expresión de su cara; fue en vano, este ya me daba la espalda y se disponía a adentrarse en la oscuridad, dejándome sumido en un mar de interrogantes por resolver.

Cerré la puerta del coche y volví a reposar la cabeza en mis cómodas extremidades.

«A veces me pone de los nervios».



—¿Y si no es tan descabellado? —planteé a Cameron estando ya en casa, en el pasillo, junto a la puerta de mi habitación.

—¿A qué te refieres?

—Cuando llegamos al rancho y me preguntaste si bajaba del coche, me dijiste algo más en tono sarcástico.

—Venga ya, tío, ¿de verdad? —Sabía a la perfección a qué me refería.

—Sí, Cameron, de verdad. ¿Por qué no? ¿Por qué te parece tan absurdo? Que no encontrásemos nada en el rancho, no quiere decir que al muchacho no le sucediera algo que se escape a nuestra comprensión. «*Sobre todo a la tuya, escéptico de los cojones*».

—No sé, creo que debemos centrarnos en lo que tenemos y dej...

—No tenemos nada más que evidencias carentes de respuestas —le recriminé elevando el tono poco a poco—. ¿Cómo explicas tú que el cuerpo del muchacho haya aparecido a cientos de kilómetros de aquí? ¿Y las luces? ¿Acaso son estrellas fugaces, relámpagos, aviones..., el puto *Superman*? Dime tú, colega, qué narices pueden ser los jodidos destellos que vieron los cuatro testigos de Avenue of the Giant.

—No lo sé, pero de ahí a pensar que pueda ser un ovni...

—¿Te recuerdo la definición de ovni?

—No hace falta, Idris, la sé perfectamente.

—Objeto volador no identificado. ¡Eso es lo que significa ovni! Lo que vieron fue exactamente eso: un puñetero objeto volador no identificado que surcó el cielo a una velocidad desorbitada y terminó desapareciendo, sin más. Es lo que repitieron una y otra vez a pesar de que nos hiciéramos los locos y no lo reflejásemos en el informe con dicho nombre. ¿Y sabes por qué no dije nada? Para evitar tus gilipolleces. No entiendo por qué despierta tantos tabús y malestar en algunas personas, incluida a ti.

—No son tabús, Idris, se trata de no malinterpretar las cosas. Si llegamos a la comisaría y le decimos al jefe que los testigos han visto ovnis, imagínate su cara.

—¿Me estás intentando convencer de que nos estás protegiendo? No, Cameron, ¿no será más bien, que te estás protegiendo a ti mismo porque eres un puto escéptico de los que no se cree una mierda a no ser que lo vea todo con sus propios ojos?

—No te pases, Idris.

—No, colega, no te pases tú. Volveremos mañana a Avenue of the Giant y de nuevo tomaremos declaración a los cuatro hombres que nos la prestaron. Después de eso, iremos a Lost Road a ver si allí también hay alguien que haya visto algo. Hoy nos encargaremos de buscar testimonios por la zona. Llamaremos a la oficina y pediremos un informe de los casos de desaparición en Arizona y California en los últimos cinco años.

—Como *usted* diga, jefe —replicó con retintín.

El móvil comenzó a sonar. Ojeé la pantalla: Bakewell.

—Voy a la habitación, necesito meditar. Dentro de una hora nos vemos abajo.

»Diga, jefe —contesté con Cameron aún frente a mí.

—Han encontrado a dos de los otros cuatro muchachos desaparecidos.

Tendréis que volver a Lost Road cuanto antes.

Sin poder evitarlo, miré apesadumbrado a mi compañero al tiempo que le informaba, con los dedos índice y corazón de mi mano izquierda, de los nuevos cuerpos hallados sin vida. Se le escapó un suspiro.

—Está bien, jefe, terminaremos unos cometidos aquí y nos pondremos en marcha con diligencia.

Colgué.

Cameron me observaba en silencio. Yo secundé su mutismo mientras centraba mi atención en orquestar un plan de acción.

—En media hora abajo —exigí.



CAPÍTULO 12

CAMBIO DE PLANES

IDRIS FISCHER

No pasó ni un minuto desde que abandoné a Cameron, cuando un par de golpes secos me alertaron de alguien al otro lado de la puerta. Para mi sorpresa, al abrir encontré la figura de la bonita cuñada del sheriff.

—Elisabeth.

—Os he estado escuchando —espetó mirándome fijamente. Hasta ahora nunca había tenido la oportunidad de estar tan cerca de ella. Su improvisada visita se convirtió en un bonito escenario, gracias al cual, tuve la oportunidad de recrearme en contemplar sus delicadas facciones. Una proximidad que permitió mi deleite ante su precioso rostro de piel clara uniforme con apariencia aterciopelada, mejillas ligeramente sonrosadas y ojos grandes del color de una onza de chocolate negro. Guardó silencio, supongo que esperando una reprimenda por mi parte. Yo no dije nada, me limité a esperar que siguiese hablando—. Me gustaría acompañaros allá donde debáis ir.

—No creo que sea buena idea.

—Siempre que ocurre algún suceso hay periodistas rondando como moscas; lo sabes.

—Sí, lo sé. ¿Y tú te quieres convertir en una mosca?

—Mejor yo que cualquier otro, ¿no? Además, ¿qué problema podría haber? Pretendo ayudaros.

Rebufé.

—¿Tú no habías venido aquí porque estabas de vacaciones? No creo que quieras irte si acabas de llegar.

—Sí, pero no importa. Cuando acabemos con esto podré regresar y descansar lo que haga falta; ahora no podría. Y menos cuando mi directora me ha pedido ayuda. —Sin darme cuenta achiné los ojos—. Ya sabes, su sobrina...

—Nosotros debemos partir en unas horas a Lost Road. Hablaré con Cameron.

—Gracias. —Eché una ojeada nerviosa al suelo; su cabeza parecía estar maquinando algo—. Mientras tanto, yo miraré unos billetes de avión.

Le noté un tono de voz ligeramente más animado que horas atrás, incluso, percibí un cierto nuevo brillo en sus ojos. Por el contrario, yo no me quedé tan convencido.

«Ya me ha liado —me lamenté».

Le «respondí» dedicándole una mueca de resignación.

«En fin, quizá hasta nos venga bien su ayuda».

Se dio la vuelta y bajó las escaleras a toda prisa. No pude evitar fijarme en el contoneo de sus caderas.



A la hora indicada, Cameron esperaba en la entrada de la casa del sheriff.

—¿Nos acompañará Robert?

—No, está de servicio. Pero nos ha dejado las llaves de su coche.

En ese momento apareció Elisabeth.

—Cuando queráis.

Mi colega me envió una de sus miradas recelosas.

—¿Ahora somos tres?

—Le he pedido permiso a Idris para ir con vosotros.

Se quedó callado durante unos instantes. Su rostro lucía más serio que de costumbre.

—De acuerdo, siempre y cuando te mantengas al margen —le contestó tajante.

—Tranquilo, Cameron, yo realizaré mis investigaciones por mi cuenta, no estorbaré en las vuestras —replicó sin achantarse. La escena me causó un cierto regocijo—. Además, quizá os pueda aportar cosas.

—Sí, todo es posible —replicó este, subiendo las cejas en un marcado tono sarcástico.

—¿No lo crees?

—Disculpa, Elisabeth, lo que pasa es que, por lo general, no soy muy amigo de los periodistas. Creo que os limitáis a manipular y tergiversar los hechos; contáis lo que os da la gana, según os da la gana, olvidándoos de los verdaderos acontecimientos con tal de vender y generar morbo.

Ya no tenía la menor duda, aparte de nuestra breve disputa minutos atrás: a Cameron le pasaba algo. Normalmente, era tranquilo, pacífico; no se solía meter con nadie. Es más, era él quien solía calmar mis nervios. Las opiniones que tuviese sobre cualquier asunto, las solía exponer de modo educado, asertivo. En cambio ahora, aunque no estaba diciendo nada que no fuese del todo real y fuese evidente que trataba de moderar su planteamiento, se le percibía un trasfondo irascible.

—No te quito parte de razón, pero en nuestra profesión hay de todo, como en la vuestra.

—¡Tiempo muerto, chicos! —interrumpí al ver que Elisabeth también empezaba a exaltarse. Ambos mostraron una mueca cargada de resignación—. No es momento de disputas, os recuerdo que debemos irnos.

Se miraron el uno al otro desafiantes.

—Está bien, que se venga si quiere. Pero habrá momentos en los que debas mantenerte al margen —dijo dirigiéndose a la mujer.

—Lo entiendo. —Le sonrió—. Gracias. —Como si le estuviera brindando reverencia, le dedicó un recreado movimiento afirmativo con la cabeza. Tuve dudas de si lo hizo de modo irónico o realmente era una muestra de agradecimiento—. ¡Ah! Se me olvidaba. Tengo algo importante para vosotros.

Mi compañero y yo nos miramos intrigados.

—Tú dirás. —Le incité a seguir.

—Aparte de que el próximo vuelo a California sale dentro de tres horas, con lo cual debemos darnos prisa, al menos hay otras tres personas que han visto las mismas «luces».



Capítulo 13

LOST ROAD

Me «acomodé» en la estrechez de mi asiento: traté de reclinarlo los pocos grados que su dureza permitía. A mi izquierda, apoyado en la ventanilla, reposaba pensativo Cameron. Por su parte, cuatro filas más adelante, en el pasillo de la derecha, viajaba Elisabeth. Desde mi ubicación no alcanzaba a verla.

«Tengo algo importante para vosotros (...), otras tres personas han visto destellos en el cielo. —Recordé las palabras de la persistente mujer.

¿Acaso podemos decir que tenemos una pista? Luces surcando el cielo... ¡Joder, vaya mierda! En parte, entiendo la impotencia de Cameron; esto es como no tener nada».

—En cuanto lleguemos, pasaremos a hablar con el jefe —anuncié a mi colega. Tenía intención de que nos adelantase algún detalle sobre las nuevas víctimas encontradas.

—Sí, tenemos que hablar con él.

—¿Estás bien?

—No, Idris. Este caso me supera. Veo que estamos dando palos de ciego. No tenemos una puta mierda a la que agarrarnos.

—Pero...

—Olvídate de las putas luces; eso es una mierda. Los testimonios que tú afirmas tener, podrían ser los de cuatro chalados que en mitad de la noche se

levantaron a mear, miraron por la ventana y confundieron los reflejos que los faros de algún vehículo pudo proyectar en la distancia.

—Cameron, no las han visto dos ni tres; los testigos pasan de la media docena. No creo que todos estén delirando.

—Tú piensa lo que te dé la gana, yo creo que esto se nos está yendo de las manos.

—Y qué pretendes, ¿dejar el caso?

Se quedó callado mirando el respaldo del asiento que tenía enfrente.

—Aún no lo sé —confesó finalmente.

—Sé que te está afectando, pero, me gustaría que siguieses en este caso conmigo.

—¿Y si otra vez no encontramos nada? ¿Y si de nuevo se archivan los expedientes porque no somos capaces de dar un paso sin retroceder dos? Desde Whitman van tres nuevas muertes y dos personas desaparecidas, y no sabemos si la lista cesará ahí o continuará en aumento.

»Tampoco sabemos cuántas se nos han podido pasar de largo sin percatarnos. ¿Sabes la cantidad de gente que desaparece al día, Idris? Cientos; miles de personas. De algunos ni siquiera se elabora un informe de desaparición porque son personas solitarias, sin familia, sin nadie que se preocupe por ellos ni les eche en falta. ¿Te imaginas cuántas personas han podido ser víctima del mismo hijo de puta? —Escuché toda su exposición en el más absoluto silencio. Era consciente de que necesitaba desahogarse y, en ese momento, yo me había convertido en su única vía de escape—. ¿Y si los dos muchachos que faltan no aparecen nunca? Quizá haya desaparecido más de uno, se lo hayan cargado del mismo modo que a los anteriores, pero no aparezcan nunca porque se han preocupado de esconder mejor los restos o deshecho del cadáver como Dios manda.

—¿Quieres cambiar de compañero?

—Lo que quiero es alejarme de este caso. Si cambiar de compañero me permite dejarlo... No sé, hasta ahora nos ha ido muy bien juntos, pero si no los encontramos pronto...

—Los encontraremos, Cameron. Sé que antes o después lo haremos, pero no puedo saber cuándo.

Me sentí apenado, no podía retenerle ni prometerle nada. Él rebufó apoyando la cabeza en su asiento. Realmente se le percibía nervioso, impotente. Pero, a decir verdad, yo no me sentía muy distinto a él. Un mal augurio recorría mi cuerpo y, lo peor de todo, la inquietud se había apoderado de mi estómago, provocándole un revoltijo inusual que trepaba acidificando por las paredes de mi esófago, perpetuando un dolor sutil a la vez que incesante.

Respecto a mi compañero, no quise hablar más. Confié en que durante el corto trayecto que nos separaba de la jefatura de policía, cambiase de opinión y continuara en el caso; entre los dos hacíamos un gran equipo.

—Idris. —Elisabeth llamó mi atención desde el pasillo del avión—. Me gustaría enseñaros... —Miró al hombre robusto que se sentaba a mi derecha y, con dulce descaro, le pidió un momento su asiento—. ¿Le importaría cedérmelo? —Supongo que, embriagado por su encanto, el individuo accedió sin rechistar—. El mío está cuatro filas más adelante, el de la derecha al lado de la ventanilla. ¿Le gustaría viajar junto a la ventanilla? Si quiere se lo cambio.

Su atrevimiento me estaba dejando perplejo. Donde anteriormente confesó preferir viajar a una cierta distancia de nosotros —para darnos intimidad, según ella—, ahora hacía por camelearse a dicho sujeto para conseguir su asiento.

—Está bien, señorita, si me lo pide con esa elocuencia...

—Muchas gracias, caballero.

Se apartó para dejar paso al hombre y su abultado abdomen. Ella le dedicó una sonrisa complaciente y de seguido, sin perder tiempo, se sentó a mi lado.

—Antes de despegar he revisado mi correo electrónico —explicó—. Uno de mis compañeros está buscando una correlación entre las desapariciones. Y bueno, no es que sea lo mismo, pero creo que puede tener algo que ver.

—Te escuchamos —dijo Cameron inclinándose sobre mí, arrojándose a nosotros todo lo que su asiento le permitía. Elisabeth le dedicó una bonita sonrisa de agradecimiento.

—Durante los meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre del 2015, siete granjeros declararon a los medios de comunicación la desaparición de una pequeña parte de su ganado, en los estados de Arizona, California y Texas.

—¿Texas? —cuestioné desorientado.

—Sí. De hecho, las denuncias comenzaron allí. Pero hay más.

—¿Lo denunciaron a la policía?

—Al parecer sí, pero al tratarse de animales no les hicieron el menor caso.

—Un momento, ¿qué desaparecían?, ¿vacas? —cuestionó Cameron frunciendo el ceño.

—Eh... —Lo miró con expresión de incredulidad, tal vez creyó que le tomaba el pelo con su pregunta—. Sí: vacas, ovejas, cabras..., cualquier *a-ni-mal* de granja. Incluso, en una ocasión, un caballo. Pero no eran grandes cantidades. Más bien una o dos cabezas por ubicación.

—¿Y luego aparecían? —me interesé yo.

—Sí, además, esto es importante; hay de todo: en alguna ocasión, volvieron a aparecer en la misma finca pasadas unas horas, como por arte de magia; en otras, a unos cuantos kilómetros; a veces vivos, otras muertos. En resumen: siete granjeros, doce animales desaparecidos, seis de ellos encontrados sin vida; los cuatro restantes, en perfectas condiciones.

Miré a mi compañero fijamente; este observaba a la mujer con la boca entreabierta. *«Quizá esté pensando que a siete granjeros aburridos les dio por entretenerse con los medios de comunicación... Aunque no, no lo creo, conociéndole, es más probable que crea que los datos facilitados por Elisabeth son falsos o carecen de validez por no proceder de una 'fuente oficial' del estado; quién sabe con este hombre».*

—No sé qué decir —contestó Cameron.

—Un segundo, que hay más. Sin saber por qué, de la noche a la mañana, los mismos granjeros que se pusieron en contacto con los periodistas, desmintieron lo sucedido.

—¿Entonces? ¿Todo es mentira?

—¿Mentira? Francamente, me extraña que sea todo una farsa.

—A mí también me da qué pensar —expuse al fin—. Creo que deberemos ampliar nuestro foco de investigación. Por cierto, los animales que volvieron a aparecer, los muertos, ¿en qué condiciones estaban?

—Bueno, lo que os voy a decir es extraoficial.

—¿A qué te refieres?

—Hay dos casos peculiares. Uno, el del ganadero Charlie Oslon, en Texas. Encontró una de sus vacas muerta dentro de su finca, con unos trozos metálicos incrustados, o más bien, fusionados con el animal. Algo muy raro, la verdad.

»El segundo es el de Estéfano Martínez, en California. Este es el del caballo. El equino apareció con un agujero en la cabeza. —De forma automática nos miramos mi compañero y yo, y, algo llamó mi atención: las cejas de mi colega se movieron rápidas en un gesto cargado de sorpresa. «*Parece que esto sí se lo cree* —pensé—. Con este caso dieron fin las desapariciones de ganado, o al menos, esos fueron los últimos casos que reportó la prensa.



CAPÍTULO 14

TENSIÓN EN EL CUERPO

Daly City Police Departament San Francisco -California

El taxi nos dejó en la *90th Avenue*. No hizo falta preguntarle a nadie por el paradero de mi ‘Tesla S’, nuestro compañero Foreman lo había estacionado en el mismo lugar donde acostumbraba yo a hacerlo, el primero de una larga hilera de vehículos aparcados en batería, el más próximo al acceso principal de las dependencias policiales.

—Impoluto —manifesté ojeando la carrocería plateada del mismo.

—Sí, conociéndote, te lo ha cuidado bien.

—Vaya fama... —Le sonreí.

Cameron miró a Elisabeth y le dedicó un gesto alzando los hombros, portador de un mensaje subliminal: «sí, está enamorado de su coche».

—Subamos a hablar con Bakewell —apremié a mi compañero—. Mientras tanto, puedes esperarnos aquí —indicé a Elisabeth señalando la reluciente máquina—. No creo que tardemos.

—Está bien, no hay prisa.

Regresar a la ciudad tras haber pasado un tiempo fuera, en cualquier pueblo de cualquier estado, me invitaba a fijarme en la diferencia existente

entre los diversos lugares.

En esa ocasión, caminaba distraído, observando el tremendo edificio que daba base a nuestro trabajo, la amplia avenida que conducía hasta las dependencias, los vehículos oficiales, el de los compañeros... Esa mañana, mi atención se centró en la espectacular obra arquitectónica que se alzaba con elegancia ante nosotros. Cameron y yo nos dirigíamos en silencio hacia allí; en algo debía centrar mis pensamientos si quería evitar preguntarle por sus intenciones de permanecer o no en el caso, o sea, de seguir siendo mi compañero. Prefería que la decisión fuese totalmente suya, sin condicionantes por mi parte. Su simple respuesta negativa ante el planteamiento de continuar conmigo, provocaría en mí algún tipo de reacción: una palabra tratando de hacerle cambiar de idea, una mirada..., cualquier pequeño acto o gesto podría supeditar su decisión final y, ante todo, deseaba que su continuidad fuera libre de influencias externas o, al menos, de las que yo le pudiera causar. Sabía cuánto estaba sufriendo; no quería forzarle a nada.

Mantuve la mirada fija en el horizonte, en nuestro destino. Con cada metro avanzado, las finas columnas de la estructura arquitectónica que servían para separar los enormes ventanales —antes con apariencia de lianas en un cielo abierto—, se fueron transformando en bastas y gruesas bigas de acabado visualmente estético, tornándose en un bonito edificio, alto y moderno. Comparado con las pequeñas dependencias del sheriff Robert, aquello me recordó a una gigante colmena donde cientos de zánganos operábamos para mantener el orden de una colonia aún mayor.



Llegamos al despacho del jefe Bakewell y, tras un par de golpes secos, una voz al otro lado nos invitó a entrar.

—Hola, chicos. Por fin habéis llegado.

—Jefe —saludamos al unísono.

—Tenemos nuevas noticias. Sentaos.

—Usted dirá.



—Me alegro de que sigas en el caso, Cameron —me sinceré nada más salir del despacho de Bakewell.

—Gracias, aunque me he visto supeditado a mis principios; creo que es mi deber seguir en él y no abandonarte. Además, no sé por qué, pero desde que Elisabeth está con nosotros empiezo a tener buenas sensaciones. Siento por primera vez que podemos atrapar a ese hijo de puta.

—¿Lo dices por la información que nos ha dado de los granjeros?

—Sí, nunca se me hubiera ocurrido que alguien quisiese «secuestrar» a una vaca —espetó en tono humorístico. Me hizo reír.

—Ya, venga, déjate de gilipolleces.

—Ay, espera, que también habían raptado a un caballo y a unas ovejas —se carcajeó inquieto.

—No tiene ni puta gracia, tío —le recriminé intentando no reírme de sus estupideces. Entendí que estaba más nervioso de lo que admitía.

—Bueeeno, venga, ya me pongo serio; solo quería quitarle hierro al asunto. Pero lo que te he dicho antes es verdad, he de admitir que me alegra que Elisabeth nos acompañe. Además, aunque te cueste creerlo, comienzo a pensar que el dato que nos ha facilitado de los animales, quizá pueda guardar algún tipo de relación con las desapariciones y muertes de nuestros chicos.

—Sí, yo también lo he barajado, aunque es pronto para asegurarlo —dije con la mirada clavada en la figura de la mujer. Esta esperaba apoyada en el capó de mi coche, absorta en lo que estuviese viendo en su tableta—. Lo que más nos urge ahora mismo, es reconocer los cadáveres de los dos muchachos

que han aparecido en Lost Road. Después de lo que nos ha dicho el jefe... Empiezo a temer qué sorpresa nos podamos topar esta vez.

—Habéis sido rápidos —dijo disimulando un pequeño respingo.

—Sí, nos están esperando a casi cuatrocientos kilómetros; debemos apresurarnos.

—¡Una cosa! —exclamó la fémina robando nuestra atención—. Mientras bajabais, he indagado un poco más a cerca de la última desaparición.

—¿Te refieres a la del caballo? —cuestionó Cameron mirándome con una amplia sonrisa en el rostro.

«*Apuesto a que se está acordando de sus estúpidas bromas de los secuestros*».

—Sí, esa misma, la del caballo. —Ella frunció el ceño al ver nuestra cara de gilipollas—. No sé por qué, pero fue la que más llamó mi atención. Y, bueno, no sé si será relevante... —Elisabeth se acomodó la tableta bajo el brazo izquierdo, dejándose las manos vacías para rebuscar dentro de su bolso. Unos instantes después, extrajo victoriosa una libreta de cuero negro.

—Sí, toda información es poca —le contestó Cameron expectante mientras ella pasaba las hojas necesarias hasta llegar a la anotación pertinente.

—Eso fue el 2 de diciembre de 2015.

Los tres nos quedamos callados, Cameron y yo pensativos; ella observándonos. Mi mente voló al informe del caso Whitman.

—¿Recuerdas la fecha en la que apareció muerto Paul Whitman? —pregunté a Cameron.

—Sí, el 3 de diciembre de 2015.

Un suspiro llenó de tensión mi cuerpo.

—Tenemos que irnos.



CAPÍTULO 15

ESCALOFRÍOS

IDRIS FISCHER

Una vez más el mismo escenario: un perímetro policial acordonando la escena del crimen, los compañeros del cuerpo encargándose de curiosos y del tráfico, un juez por allí, un médico forense y su equipo por allá... Y esta vez, para variar, dos detectives llevando a un periodista al lugar del homicidio.

—Quédate en el coche hasta que te avise —le ordené a Elisabeth mientras Cameron abandonaba el vehículo.

—Está bien —aceptó de buen grado nuestra improvisada ayudante. La percibí nerviosa.

De nuevo, oscuridad. Ni un solo rayo de luz proveniente del candente astro que descansaba tras el horizonte; ni tan siquiera, una brinza de claridad obsequio del blanco satélite que se alzaba en una delgada curva, sin fuerza. Tan solo un par de focos alumbrando a los dos muchachos que yacían como peleles en el frío y húmedo asfalto.

Según me aproximaba, alcé la placa para identificarme.

—Detectives Fischer y McGrane.

—Me alegro de que por fin hayan llegado, agentes.

—Sí, ha sido un trayecto largo.

—Lo sé —aseguró nuestro viejo colega de la policía científica, James Norton—. Hemos mantenido los cadáveres lo más intactos posible.

—¿Los han identificado ya? —cuestionó Cameron.

—Sí. Se trata de los cuerpos de Ernesto Alba y Anna Harington.

—Mierda. —Miré hacia el coche buscando a Elisabeth. Sin quererlo, la expresión de mi rostro debió darle la indeseada noticia.



ELISABETH O'CONNOR

No podía permanecer por más tiempo dentro de aquel vehículo; me estaba desquiciando. A pesar de que el cine nos tiene acostumbrados a ciertas tesituras aberrantes, vivir esa escena dantesca en primera persona resultaba totalmente diferente. No hacía más que pensar en quiénes serían los pobres muchachos que perecían sobre el gélido y escarchado asfalto. Solo suponer lo que cualquier ser debe sufrir al hallarse tan cerca de ese tipo de muerte..., al hacerte consciente de que aquellos van a ser los últimos segundos de tu vida..., allí, frente a tu asesino; en el papel de víctima, sin poderlo evitar, sin poder huir, como si de pronto hubieras perdido el control de tu existencia, de tu autonomía..., y para colmo grabándose dicha estampa en tu retina, confeccionando un cuadro que quedará expuesto ante el mundo, teñido de esas sensaciones tan inquietantes y desesperadas...

Me imaginé siendo uno de ellos. Un escalofrío barrió mi columna vertebral desde el coxis hasta la nuca. El frío... No hacía más que figurarme cuán desagradable sería ese suelo hormigonado; plantearme ese instante antes del fin; la soledad que debe arrollarte al pensar que jamás podrás volver a ver a tus seres amados, abrazarlos..., ni tan siquiera despedirte de ellos...; el dolor

emocional que se alojaría en sus entrañas, más intenso y desgarrador que cualquier castigo o mutilación física; en lo que sus mentes debieron sufrir antes de desfallecer nerviosos, desquiciados, impotentes..., resignados; en la muerte que no tiene compasión ni miramientos en llevarse a aquellos que aún son demasiado jóvenes e inocentes.

Y una vez más, no pudimos hacer nada para evitarlo.

Mis ojos se humedecieron sin permiso. Y una mirada de Idris hizo el resto, impulsándome a abandonar el limitado escondrijo donde meditaba sobre lo injusta que es la vida.

Abrí la puerta acompañada de una fuerte tiritera, la cual no supe identificar si se debía al frío que se colaba hasta mis huesos o a lo que intuía que contemplaría unos metros más adelante.

Descendí del coche entretanto abrazaba mi cuerpo. El pavimento estaba resbaladizo. Su baja temperatura traspasaba la suela de mis zapatos como agujas a una tela fina. Caminé sin perder el contacto visual con los castaños ojos de Idris; comenzó a aproximarse. Las piernas me temblaban. Él mantenía su atención clavada en mi figura.

Una sacudida me recorrió el cuerpo al ver el cabello de Anna. Inconfundible: largo hasta la cintura; pelirrojo con mechas blancas.

Paré en seco y dos segundos más tarde Idris me sujetaba por los brazos. Por un instante perdí la consciencia sobre mí misma. Las fuerzas cedieron ante el impacto de la escena y lo que aquello significaba, quedando en manos del destino, a punto de darme de bruces contra ese suelo al que tantos pensamientos dediqué escasos segundos antes.

—¿Estás bien? —cuestionó mi salvador sosteniéndome con firmeza.

—Sí, ya está.

—Sabía que no te quedarías en el coche. Eres más cabezota que yo —dijo arrancándome una leve sonrisa.

—¿Cómo ha sido?

—No disponemos aún de esos datos, aunque tenemos una ligera sospecha. El forense debe practicarle la autopsia.

—¿Lo sabe ya la familia?

—Los han avisado hace unos minutos —contestó Cameron apareciendo de la nada.

—Ufff... Mi directora... Ufff...

—Tranquila, no tienes por qué decirle nada todavía. Y no es culpa tuya —me consoló Idris.

—Lo sé, pero tenía la esperanza de que apareciesen con vida.

—Siempre nos aferramos a ello —replicó Cameron.

—¿Te encuentras mejor? —se interesó Idris, que aún me sujetaba del brazo.

—Sí. Ya estoy bien.

—¿Te podemos dejar sola unos minutos?, debemos reconocer el escenario.

—Id. Yo estaré por aquí husmeando. ¿Puedo?

—De acuerdo, pero no toques nada.

—Sí, ten mucho cuidado —replicó Cameron—. Recuerda que no se permite que los periodistas entren a la escena de un crimen y Bakewell se la ha jugado para traerte aquí. Haz que no nos arrepintamos de haber hecho una excepción contigo, ¿vale?

—Está bien.

—En fin..., si ves algo raro, no toques nada y nos avisas —solicitó Idris con más tacto.

—Ok.

Al igual que un zombi desorientado, comencé a dar vueltas por los alrededores. Aproveché un momento en que mis improvisados compañeros y el resto de policías, dejaban solos los cuerpos de los fallecidos para acercarme a ellos.

Los contemplé estupefacta. La joven Anna se apreciaba intacta. Salvo

por la posición retorcida de su cuerpo, lucía igual a si estuviese dormida en una placentera cama. La ausencia de sangre llamó mi atención. «¿Hasta cuándo van a seguir haciéndole esto a la gente?». Giré la vista para mirar el cuerpo de su amigo, pero algo no cuadraba. El que yacía a su lado no parecía ser uno de los otros tres muchachos que desaparecieron junto a ella.

Como hipnotizada, me puse de cuclillas para observar su rostro con más detenimiento.

—Este es... Es un hombre mayor. No es del grupo de amigos de Anna —murmuré. Idris me escuchó sin que me diese cuenta.

—A esto se refería nuestro jefe —bisbiseó Idris entretanto se acuclillaba, muy cerca de mi mejilla—. Su apariencia nos lleva a pensar que se trata de un hombre de unos cincuenta años, que no es uno de los muchachos que tú buscabas, sin embargo, la documentación que portaba era de uno de ellos y, no sabemos cómo, pero observando sus facciones con detenimiento, pensamos que sí pueda ser él. Debemos esperar una confirmación por parte del médico forense.

—Pero ¿cómo va a ser él? Este hombre tiene al menos treinta años más —repliqué intranquila. Una sacudida temblorosa agitó mi cuerpo.

Idris me miró enmudecido y no pudo más que negar con la cabeza y encogerse de hombros.

—No lo sé —suspiró—, habrá que esperar a la autopsia.

El desconcierto crecía por momentos; no sabía qué pensar. Cada nueva víctima se disociaba de las anteriores. Las heridas y los estados de los cadáveres iban variando según avanzaba el tiempo. Contemplé por unos instantes el cuerpo de Anna; escasos segundos en los que mi razón voló distraída en busca de lo que podría estar sintiendo su familia, tratando de imaginar lo que habrían pasado y les faltaba por afrontar. De pronto, un revuelo a unos metros captó toda mi atención. El grito de una mujer, levemente mitigado por la distancia, retumbó en mis tímpanos hasta alojarse en mi estómago.

—¿Qué pasa allí? —preguntó Idris—. Quédate aquí —me solicitó, presto a acudir a la escena. Cameron había tomado la delantera y ya caminaba

a paso ligero hacia el lugar.

Me quedé paralizada. De nuevo, un grito de dolor y llanto se alzó atronador entre el suave barullo.

Al fondo de la escena, un coche con las puertas abiertas y los faros encendidos alumbrando el proscenio, aportándoles un espeluznante contorno luminoso a las siluetas de los protagonistas. Ante la luz, una pareja, hombre y mujer, corriendo agitados en dirección a las víctimas, llorando y emitiendo quejidos desgarradores que se colaban hasta lo más profundo del alma, provocando tensión, angustia, rabia, sufrimiento...

—¡Anna, Anna...! —no dejaban de gritar al aire.

Los ojos se me cargaron de pena, la cual, no tardó en brotar por mis mejillas en silencio.

—¡No, por Dios, no...! —vociferó el hombre al que ya retenían tres agentes, tratando de hacerle retroceder.

La mujer lo tomó de la mano y, con la voz quebrada, lamentó en un sollozo inconsolable:

—¡Nuestra hija, no...! ¡Por Dios...! ¡Anna...!

El espectáculo finalizó en un suspiro. Quedé impactada. Cameron e Idris apenas interfirieron. El resto de sus compañeros se encargó de la pareja, los alejaron del cordón policial y fueron atendidos por los sanitarios en una unidad móvil de emergencias.

Sin poder evitarlo, presencié impasible todo el drama. Sentí una parálisis extraña. Por un lado, deseé abandonar el lugar y «refugiarme» en el coche; por otro, mis músculos y articulaciones lo impidieron. Quizá mi inconsciente había bloqueado los impulsos nerviosos que mi cerebro mandaba al resto del cuerpo; quizá era necesario que presenciase aquella trágica escena.

En apenas tres o cuatro minutos, Idris y Cameron regresaban.

—Joder..., lo que nos faltaba para rematar el día —se quejó Cameron a un par de metros de mí.

Idris resopló al tiempo que con una mano se frotó la frente. Una vez

más, vi asombro y resignación en su mirada.

—Sí, nos la podíamos haber ahorrado...



CAPÍTULO 16

INFORME DE AUTOPSIA

IDRIS FISCHER

Sábado, 27 de noviembre

—Ya tenemos el informe del forense relativo a Ryan Philips —expuso Cameron mientras yo conducía mi ‘Tesla S’ dirección a Lost Road. Por el retrovisor, vi cómo Elisabeth dejaba a un lado su inseparable tableta y fijaba la atención en él.

—Te escuchamos —apremié.

—Hay algo que me ha impactado. —Observé de nuevo a nuestra reciente «compañera» a través del espejo. En esta ocasión, nuestros ojos, con gesto asombrado al tiempo que expectante, se cruzaron en una interrogante silenciosa. El rostro de mi colega empezó a dibujar una mueca extraña.

—Al final la autopsia desvela que lo encontraron muerto.

—Eh... —Elisabeth frunció el ceño con cara de no entender si se trataba de una broma o de una frase desafortunada, pero el quejido sarcástico que lanzó Cameron, despejó sus dudas en un instante—. ¿Sabes que tienes la gracia en el puto culo? —replicó la fémina sin contener su repulsión.

—Era una broma, mujer. Os veo tan serios que...

—Me temo que estamos demasiado acostumbrados a ver fiambres. —Traté de excusarle.

—Ya veo... —farfulló Elisabeth.

—¿Y bien? —me dirigí a Cameron—. ¿Tienes el informe de la autopsia del joven Philips o no?

La mujer volvió a mascullar algo ininteligible.

—Sí, sí lo tengo. Os leo lo más relevante, aunque es extremadamente similar al de Paul Whitman:

Varón, nacido..., bla, bla, bla... —Hizo una pausa y saltó a otra frase—. ¡Aquí!: Hallado muerto el 26 de noviembre de 2017, a la edad de veinte años en las cercanías de Avenue of the Giants, California. Identificado con el nombre de Ryan Philips.

»Estado civil...

»¡Esto!: «Natural de: Green Place, condado de Navajo, Arizona». Aquí quería llegar. ¿Tú te habías dado cuenta de que los dos muchachos, tanto Ryan como la primera víctima, eran del condado de Navajo, Arizona? ¿Coincidencia tal vez?

—La verdad: no lo sé —dije tras reflexionar unos instantes aferrado al volante. Sentí cómo escudriñaba mi rostro, percibiendo de soslayo su mirada inquisidora; supongo que buscaba averiguar si la contestación fue sincera.

—Bueno, sigo leyendo:

«Una herida única, con perforación horizontal a cinco centímetros de la pleura. Falleció debido a las sajaduras del impacto. A la vista queda un orificio de unos siete centímetros de diámetro, provocando la mutilación total o parcial de diversos órganos vitales, como: bazo, vesícula, hígado, páncreas, intestinos, riñones, vasos sanguíneos y arterias».

—Como os digo, el resto del informe viene a decir lo mismo que el de Whitman: tejidos calcinados; altas temperaturas provocando quemaduras perfectamente cauterizadas, sin ampollas; impacto frontal, sin desplazamiento; ausencia de señales que indiquen forcejeo de ningún tipo... Y el arma que provocó dichas heridas todavía está por determinar.

No puede evitar resoplar resignado.

«Vale, esto confirma que estamos ante el mismo cabrón, pero nada más».

—¿Quién le ha practicado la autopsia? —quise averiguar.

—James Norton.

—Ok. A ese hombre no se le escapa una. Si hubiese algo importante y trascendental para la investigación, daría con ello.

—Acaba de llegarme un email nuevo. ¿Será ya el informe del laboratorio?

Mi compañero se entretuvo en deslizar el dedo índice arriba y abajo por la pantalla de su enorme móvil.

—Sí, es el informe del laboratorio.

Guardó silencio e inició una lectura superficial del mismo. Mientras, volví a centrarme en el asfalto gris que nos esperaba en el horizonte.

—¡¿Cómo?! —exclamó de pronto—, lo que te faltaba para pensar que esto es cosa de extraterrestres...

Giré el semblante hacia mi compañero con cierto aire desafiante; sin decir nada, conduje el vehículo a la cuneta; lo paré, marcando nuestra improvisada posición con los cuatro intermitentes.

Mudo, Cameron me tendió el aparato para que leyese por mí mismo la frase que su dedo señalaba:

«...cambios moleculares en la composición química del terreno y la vegetación, con una leve capa gelatinosa en algunas de las muestras recogidas. El examen practicado a estas últimas sustancias, sugiere una constitución inexistente en nuestro planeta».

Una tensión sin precedentes se hizo notar en mi cuerpo. Alcé la mirada para contemplar su rostro. «No estoy para bromas —le dije con una expresión simple e inequívoca en mis ojos—, y menos para seguir aguantándote ese acérrimo escepticismo que últimamente me pone tan nervioso».

—¿Y ahora qué hacemos? —Fue su única réplica. En ella percibí una preocupación distinta. «¿Será posible que esté rompiendo esa extraña muralla con la que pretende protegerse?».

—No lo sé, pero el caso está alcanzando una magnitud que no hubiera imaginado nunca.

Recliné el cuerpo sobre el confortable respaldo, y cerré los ojos en un intento casi desesperado por que la intuición guiase mis pasos. Abstraído, oí un leve susurro a mi derecha en el que Elisabeth se dirigía a Cameron, de la forma más sutil que su curiosidad e intriga le permitió, pidiéndole saber qué estaba pasando.

El silencio nos invadía. La noche rodeaba nuestro escenario. Dentro del confortable habitáculo solo se encontraban tres individuos meditabundos, desorientados y con las mentes aceleradas por el sofocado intento de hallar las respuestas oportunas con las que solucionar un caso que, por momentos, se iba transformando en un enredo más complejo y mayor. En el exterior, los intermitentes de emergencia hacían ecos luminosos entorno a nuestra posición, colándose sin permiso dentro del habitáculo. La carretera apenas veía transitar algún vehículo aislado; al tiempo, otro... No existía nada que perturbase nuestro embelesamiento, salvo las citadas luces naranjas parpadeantes que, sin motivo lógico, me transportaron tres años atrás: momento justo en el que Jane dejó de ser mi compañera para siempre. Su pérdida provocó mi baja temporal en el servicio, una pierna fracturada, un par de visitas al psicólogo y, sobre todo, muchas lecturas de libros alternativos —esos que durante largo tiempo consideré solo para frikis necesitados de alicientes en la vida o de respuestas—. Sin embargo, nunca se debe juzgar a nadie. En el estado en el que acabé, el que requerí de ayuda fui yo.

Sí, a veces la muerte de algún conocido nos lleva a reflexionar o despertar de nuestra necedad; sin embargo, el óbito de un ser próximo... Puede tratarse de un compañero, un familiar o, peor aún, de tu pareja. El dolor de sus pérdidas es exponencial, directamente proporcional al lazo de amor que nos una a ellos. En nuestro caso, Jane no solo fue mi compañera dentro del cuerpo, también era mi prometida.

Los faros deslumbrantes y la atronadora bocina de un mastodonte de cuatro ejes y más de treinta toneladas, hizo tambalear el coche como si fuera gelatina, acelerándome el pulso y llevándome a recordar una vez más la fuerte explosión que acabó cercenando una realidad y un futuro junto a ella. Al finalizar el vaivén, el ensimismamiento me transportó a lo que viví tras su homicidio, a recordar lo único que divagaba por mi atormentada cabeza en los días posteriores: encontrar algún sentido a ese dramático cambio de vida. Aquello empujó a mi raciocinio a tratar de entender diversos temas esotéricos y aplicar otros de autoayuda. Sin embargo, entre todo ello, el destino me condujo a conocer la existencia de un hombre, como poco, atrayente. A pesar del interés que suscitaba el campo que investigaba, preferí no adentrarme en él. En cambio, ahora ese hombre resurgía en medio de los demás pensamientos alzándose sin contemplaciones, captando toda la atención y provocándome en el organismo una aceleración difícil de mitigar. Guiado por esa intuición que de vez en cuando acudía a mi rescate, tomé el móvil y tecleé en el buscador su nombre, el del experto ufólogo: Enrique Paz. Una corazonada me advertía de que debíamos entrevistarnos con él.

Sin demora surgió ante mí la confirmación; entre varias entradas del buscador de internet, la primera rezaba: «*Enrique Paz celebra el octavo encuentro de contacto programado los días 28 y 29 de noviembre, en Mount Shasta, California*».

Miré a Elisabeth a través del retrovisor, su rostro lucía serio, pensativo. A continuación, busqué el de Cameron; el suyo transmitía preocupación y tristeza.

—Compañeros, si no tenéis una propuesta mejor, me gustaría que fuésemos a Mount Shasta.

Se miraron unos segundos y, con expresión de cierta resignación, asintieron.

—Está bien. Le diré al jefe que nos dirigimos allí a... —afirmó Cameron dejando la frase a medias.

—Dile que nos vamos a entrevistar con un experto investigador del fenómeno ovni. —A consecuencia de mi creciente confianza se me escapó

una mueca risueña, sin embargo, no obtuve ninguna réplica por su parte.



CAPÍTULO 17

MOUNT SHASTA

IDRIS FISCHER

El trayecto fue largo, no por los kilómetros que nos distanciaban del próximo destino, sino por el cansancio acumulado. Sobre la mitad del viaje, Elisabeth se ofreció a relevarme al volante. Se lo agradecí. Cameron pasó al sillón trasero y yo a acomodarme en el lugar del copiloto.

Aún nos separaban dos horas del objetivo; dos horas que se esfumaron sin darme cuenta, con la consciencia sumergida en el vasto mundo onírico donde la inconsciencia fue abriéndose camino hasta apoderarse de mi abatimiento.



La percepción visual resultaba nula; ni siquiera podía apreciar lo que se encontraba a un par de metros. Todo gris. Todo frío y seco. Me palpé la frente. La sentí helada. Como si la vida quisiera huir del cuerpo. Unas escaleras se dibujaron a mis pies: borrosas, estrechas, deformes. Caminé aproximándome a ellas con la sensación de ser ingrávido. Un soplo suave podría hacerme volar y precipitarme a la nada. De pronto, los peldaños mudaron, dibujando con detalle las vetas de un suelo de madera. Lejos de

aportarme sosiego, el malestar se acrecentó. A unos metros: Jane, de espaldas. A mi izquierda: Peter Jackten, el asesino al que seguíamos la pista desde hacía tres meses.

—*¡Loco pirómano de mierda!* —chillé exaltado, descompuesto. Este permaneció impertérrito, como si no me hubiera escuchado, como si no se hubiese percatado de mi presencia.

—*¡No te muevas, hijo de puta!*, volví a vociferar al tiempo que le apuntaba con mi reglamentaria; él seguía aproximándose a mi compañera.

De pronto, una explosión barrió todo a su alrededor, levantando una nube de polvo y fuego. La madera se desquebrajó, saltando en forma de astillas y volando en todas direcciones. De forma instintiva alcé el brazo para cubrirme la cara. Cuando me quise dar cuenta, Peter Jackten había desaparecido y Jane yacía inerte en el suelo boca abajo, sobre un charco creciente de sangre.

Corrí como si el sol no fuera a salir, pero no avanzaba. Mis zancadas no acertaban terreno, y ella... Agotado, llegué hasta su cuerpo, me arrodillé y giré su torso con máximo cuidado. La tomé con la mano derecha del occipital y mantuve su cabeza elevada. El cabello le cubría el semblante, noté cómo la vida serpenteaba entre la comisura de mis dedos. Con la otra palma le retiré el pelo, dejando al descubierto las bellas facciones de una mujer, otra mujer: Elisabeth.

Desperté sobresaltado, dejando suspendidas en el archivo temporal del recuerdo las escenas sin sentido de la reciente pesadilla. Me sentí desubicado. El corazón latía a un ritmo frenético. Las pupilas se quedaron abstraídas en la nada, en un intento frustrado por encontrarle sentido a lo que el subconsciente había desenterrado. ¿Miedo? ¿Premoniciones? ¿Por qué parecía Jane y luego resultó ser Elisabeth? Me froté la cara enérgicamente con las manos húmedas y temblorosas, empeñado en relajarme, disimulando el malestar.

—¿Has podido descansar algo? —La voz de Elisabeth sonó dulce y cercana.

—Bueno, un poco.

Me incorporé del asiento y eché un vistazo al sillón trasero. Cameron también dormía.

—¿Y tú, vas bien? ¿Estás cansada?

—Sí, estoy bien, aunque tengo ganas de llegar. Pero bueno, ya estamos muy cerca.

—Perfecto. Creo que debería ir buscando un hotel donde podamos pasar la noche.

—Sería genial, sí.

—¿Alguna preferencia?

—No. Con que podamos dormir calentitos en una cama y darnos una buena ducha, será suficiente.

—En eso mismo estaba pensando yo —exclamó Cameron desperezándose y asomando el torso entre los dos asientos delanteros. Su intervención me privó de un momento «a solas» en el que poder conocerla un poco mejor.

—Ya que estás despierto, me podrías ayudar a buscar dónde alojarnos. A ti se te da mejor.

—Lo sé —replicó ufano—. Yo me encargo si quieres.

—Joder, si me lo pides así...

Suspiró con una mueca compasiva. Luego, balbuceó algo ininteligible al tiempo que se volvía a acomodar en su sitio y abrochaba el cinturón. No tardó en proponernos un par de opciones. La decisión final fue unánime: Confort Inn Mount Shasta Area; tres habitaciones sencillas.



ELISABETH O'CONNOR

Hotel

Lo dudé unos instantes antes de abandonar mi habitación. Al fondo del pasillo, una enfrente de la otra, se encontraban las estancias de Idris y Cameron. Fue un suspiro lo que me sirvió para dar el paso. Empuñé el pomo, entorné la madera y dejé atrás mi dormitorio. Atravesé el corredor de color crema y textura rugosa con tenue luz a juego, hasta la 108. Un par de suaves golpes en su puerta...

—Buenas noches, Idris —saludé tras abrirme. Su cara denotó extrañeza —. Quería preguntarte algo —expuse ante su mutismo.

—Hola. Sí, tú dirás.

«*Vaya, le ha costado reaccionar*».

—¿Te he despertado?

—No, no, tranquila. Estaba apuntando unas cosas para mañana. Dime, ¿qué te perturba? —dijo como si hubiera adivinado el motivo de mi visita. Sin poderlo evitar, se me escapó una corta risotada de «qué listillo eres».

—¿Tú crees que...? No sé cómo preguntarlo.

—¿Te da miedo que no encontremos al responsable de estas atrocidades? ¿Es eso?

Suspiré.

—Más o menos. —Era bastante lógico pensar que ese fuera el motivo de mi visita, así que, le seguí la corriente.

—Pasa —solicitó con amabilidad haciendo un gesto con la mano. Cerró a mi espalda y caminamos unos pasos hasta el centro de la alcoba—. No es un tema que debamos tratar en el pasillo de un hotel.

Asentí dándole la razón.

—Cameron dijo que hace dos años se archivó un caso por falta de pruebas, que os resultó imposible llegar a ninguna parte.

—Es cierto.

—Y ahora... Por lo que os he escuchado, tampoco se han hallado indicios de ningún tipo. Ni siquiera está claro qué hacemos aquí, ¿ver a un ufólogo? —Mi cara mostró una mueca que no pude evitar, una que esbozaba más resignación de lo que hubiese deseado.

—Sí, Elisabeth, sé que tienes miedo, pero aunque suene extraño, intuyo que esta visita nos servirá al menos para aclarar o descartar hipótesis en las que solo creo yo.

—¿Por qué dices eso?

—Parece que soy el único abierto a pensar que esto pueda no ser obra de humanos... —Sentí su abatimiento—. Por eso, quizá este sea un buen momento para hallarnos aquí.

»La verdad, no quiero convencerlos de nada. Es más, yo mismo desearía que la trayectoria que estamos siguiendo no sea la acertada, no nos conduzca a ninguna parte. Y no creo que sea ninguna necedad pretender que entendáis, de una santa vez, que no tenemos nada a qué agarrarnos. ¿Puede parecer de locos? Sí. Pero ¿y por qué no? ¿Acaso estamos solos en el Universo? ¿Tú lo crees así?

Guardé silencio. Una parte de mí estaba de acuerdo con él, sin embargo, nos enfrentábamos a un hecho muy trascendental. En el caso de que la gente supiese abiertamente que los extraterrestres existen... Ufff, me daba miedo el simple hecho de imaginarlo. Aquello implicaría un punto de inflexión para la humanidad; se pondrían en cuestión muchas creencias, valores y tradiciones; supondría un cambio radical para nuestra especie. Ya no seríamos los únicos, y mucho menos, los más desarrollados e «inteligentes». Era lógico pensar que lo mejor para no caer en el caos sería ocultarlo.

—Confío en que lo sucedido con esas pobres personas no tenga nada que ver con pequeños bichos verdes, descerebrados malnacidos de otros mundos, que estén viniendo aquí a tocarnos las narices y a dejar fiambres agujereados a su paso —manifestó inquieto en un intento frustrado por contener los nervios. Sus ojos agitados examinaron los míos; sentí su impotencia.

»Además, míralo por el lado positivo, si no hay indicios para seguir la investigación por esa vertiente, pronto la descartaremos y podremos centrarnos en..., en lo que sea, si es que en algún puñetero momento surge alguna pesquisa fiable. Mientras tanto, no pienso archivar otro expediente por no ser capaces de barajar otras hipótesis, por muy inverosímiles que quieran resultarnos o mucha «aprensión» que nos puedan producir.

—Te entiendo, Idris. Necesitaba saber lo que pasaba por tu cabeza, escuchar tus argumentos —expliqué tratando de serenarle—. Si te sirve de consuelo, en tu lugar yo haría lo mismo.

—Gracias.

Me sonrió con una mueca desanimada y se quedó observándome, clavando sus pupilas en las mías. Sus ojos comenzaron a hablarme. Una tristeza arraigada le perseguía. Su cuerpo y su energía resistía a regañadientes, mermada por el cansancio, no solo físico, sino también emocional, no de ahora, sino desde un tiempo que se estimaba dilatado/amplio. Necesitaba el cariño de alguien en quien pudiese confiar, un afecto que a la vez estuvo evitando recibir por creerse desmerecedor de él, quizá por respeto, seguramente por miedo.

Sin decirle nada más, me acerqué y le di un beso en la mejilla acompañado de un abrazo que sentí recibir de vuelta. Sus extremidades rodearon mi anatomía y la apretaron con fuerza contenida. Su suave aroma me hizo inspirar profundo. En ese instante me di cuenta de que siempre podría confiar en él.

—Descansa. Lo necesitas —le susurré entretanto separaba mi pecho del suyo.

—Igualmente.

Giré y me aproximé a la puerta. Yo misma manejé el tirador.

—Recuerda: mañana a las siete en la cafetería del hotel —exclamó con una alegría repentina.

—Allí estaré. —Le sonreí.

Mientras caminaba hacia mi habitación evoqué la reciente visita a la de

Idris, lamentándome por no haber tenido ocasión, o más bien, valentía para averiguar lo que mi curiosidad demandaba desde hacía un par de horas.

«Muy bien, Elisabeth, al final no has sido capaz de preguntarle por el sueño que ha tenido en el coche. ¿Quién será Jane? ¿Y la tal Elisabeth a la que ha mencionado en medio del sobresalto..., seré yo? Desde luego no parecía estar viviendo una experiencia muy agradable. En fin..., ya se lo preguntaré si surge la oportunidad».



CAPÍTULO 18

ENRIQUE PAZ

IDRIS FISCHER
Hotel en Mount Shasta. California

28 de noviembre

Todavía faltaban diez minutos para las siete de la mañana, hora en la que volveríamos a reunirnos los «tres justicieros» en un exasperante intento por encontrar sentido a un caos que no hacía más que consumir la vida de jóvenes inocentes.

En un extremo de la sala, sentado alrededor de una mesa junto a una amplia ventana, esperaba Cameron; su codo derecho se apoyaba en la gruesa madera caoba, y la testa le reposaba cabizbaja sobre el dorso de dicha extremidad. Al aproximarme, vi cómo se afanaba en marear el líquido de la taza que tenía frente a él con la cucharilla que sostenía en la mano izquierda; estaba absorto.

«Qué raro que no esté jugueteando con el móvil o dando el ‘parte’ al jefe. —Mi inocente mofa dejó paso a una creciente preocupación—. ¿Le habrá pasado algo?».

—Buenos días —saludé a menos de un metro de distancia. Sus ojos brillaban húmedos. Una mueca incontrolada en mis labios dejó al descubierto la sorpresa ante tal estampa. —¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

—En verdad no, no ha pasado nada que no venga sucediendo desde hace unos días.

—Te escucho.

—Estoy cansado, Idris. Muy cansado. —Me acomodé en una silla al otro lado del tablero—. Me siento impotente, perdido. Llevamos una semana fuera de casa. Rousee está embarazada, a punto de dar a luz a nuestro segundo hijo, y aunque ella no reclama nada, me duele no poder estar ahí para acompañarla. Estoy... —Suspiró—. Estoy harto: de no avanzar, de no tener ninguna pista que seguir...

»¿Sabes? Nunca te lo he dicho, pero mi hermano mayor fue asesinado cuando yo apenas tenía quince años. Al principio estuvo unos días desaparecido; la espera fue un tormento. Después, encontraron su cadáver, no así al hijo de puta que le degolló para, supuestamente, robarle los cuatro billetes que llevaba encima. Las incoherencias fueron la tónica general del caso. Al final, a pesar de tener un par de sospechosos, el caso quedó sobreseído.

—Lo siento, lo desconocía.

—Lo sé. Nunca he querido decírtelo; suficiente tenías ya con la pérdida de Jane. Además, de eso hace muchos años.

—Sí, bueno... —Me quedé absorto rememorando los casos que había investigado con él, los resueltos, el de Paul Whitman, el que se presentaba ante nosotros como el mayor reto de nuestra carrera... A todo *poli* que yo conocía le afectaba trabajar para nada, sentir que tanto esfuerzo acababa tirado a la basura, o por falta de pruebas o por abogados de prestigio untados hasta las orejas, penas irrisorias, coartadas falsas... La lista era larga y variada. La frustración de Cameron era fundada—. Entiendo que la investigación actual debe estar removiéndote bastante. Es más, ahora puedo comprender por qué te afectó tanto el caso del joven Whitman.

Se hizo un breve silencio.

—Sí. Odio que a pesar de los intentos titánicos que hacemos por implantar justicia en este puto mundo de locos, la mayoría no consigamos ni siquiera acercarnos a ello. Más de una vez he sentido la tentación de tomarme

la justicia por mi mano.

—Creo que eso nos ha pasado a todos, amigo. En el fondo somos peones de la ley, los que hacemos el trabajo sucio para tratar de hacer un mundo mejor, más libre, más seguro. Sé a qué te refieres.

—¿Y ahora? ¿De verdad nos estamos planteando que exista la posibilidad de que no solo los humanos seamos las almas dementes y destructivas que tratan de acabar con las vidas ajenas, sino que también puedan venir de otros planetas para minarnos y asolarnos? Joder, Idris...

Un suspiro quebró lo que le restaba de entereza dejando que una lágrima rodara por su pómulo hasta morir en el plato que tenía debajo de su barbilla. Agachó la cabeza, aunque supe que aquel gesto no estaba motivado por la vergüenza, sino por la frustración y la rabia. Aquella reacción tampoco era resultado de que existiesen o no los extraterrestres, sino por su impotencia de no encontrar las pistas oportunas en el caso que teníamos ahora abierto, como lo que vivió respecto al caso del asesinato de su hermano. No quería otro «expediente Paul Whitman».

—Hay que atrapar a ese malnacido —dijo tras unos segundos de mutismo, apretando los dientes.

—Lo haremos. Esta vez sí.

—Creo que debería ir un momento al servicio; he de lavarme la cara. —Sonrió—. Ya sabes que tengo una reputación que mantener —bromeó al tiempo que enjugaba la humedad de su mejilla.

—Sí, corre, que Elisabeth está a punto de llegar y poco respeto te tiene ya.

—Qué gilipollas eres. O cambias mucho o así no te la ligas...

Reí sin tapujos y observé cómo tomaba el rumbo anunciado. Mientras él regresaba de «acicalarse», me levanté a por café y un zumo de naranja. Ojeé el mostrador en busca de algún dulce con el que acompañar el desayuno. Sería una mañana larga y no tendríamos tiempo de parar.

—¡Buh! —espetó una voz femenina a mi espalda a la vez que me daba un pequeño pellizco en la cintura.

Giré alegre, con ilusión renovada.

—Buenos días, compañera.

—*¡Buon giorno!*

—Pareces contenta...

—Bueno, creo que hoy va a ser un día importante. Ya tengo ganas de que nos marchemos.

—Habrá que desayunar primero, ¿no? —pregunté mostrándole las manos llenas.

—Sí, mejor será. —Rio, regalándome la primera sonrisa hipnótica de la jornada.

—Voy a soltar esto en la mesa.

—¿Y Cameron? —cuestionó antes de darme tiempo a marcharme.

—En el cuarto de baño. Ya sabes, hombres...

Frunció el ceño en señal de no entender muy bien a qué me refería. Lo dejé correr.

—¡Uy! Hablando del rey de Roma... —Volví la vista en dirección a donde apuntaba su bonito mentón. Cameron se acercó hasta nosotros.

—Buenos días, Elisabeth.

Esta le devolvió el saludo. No pude evitar quedarme embelesado observándola. Hacía mucho tiempo que no percibía unas sensaciones y una atracción similar. Decidí huir del aturridor escenario y dejarlos coger el desayuno a su ritmo. Mientras, los esperaba en la mesa tratando de centrar mis pensamientos en lo principal: el caso que teníamos entre manos.

—Chicos, os espero allí.

Dejé lo que llevaba en la encimera y, aún de pie, elegí la mejor ubicación para poder observar a mis compañeros desde la distancia. Cameron parecía haber recobrado el buen ánimo. «*Un mal día lo tiene cualquiera. Y necesitaba hablar*». Por su parte, Elisabeth... Contemplé su figura de espaldas, y sí, quizá su complexión podría recordarme vagamente a Jane,

pero en realidad, por fortuna, eran distintas; muy distintas. «*No entiendo a qué vino la pesadilla de ayer*».



El olor de los pinos se filtraba a través de los conductos del aire acondicionado. La temperatura en el exterior menguaba al tiempo que nosotros ascendíamos la altitud de la gran montaña.

—¡Qué preciosidad! —exclamó Elisabeth absorta, mirando a través del cristal.

Incliné el torso sobre el volante para otear el majestuoso pico nevado que se alzaba ante nosotros.

—La verdad es que sí.

—Sabéis que esto es un volcán activo, ¿no? —intervino Cameron aportándonos una geográfica pincelada informativa—. Espero que no le dé por ponerse a escupir lava en cualquier momento. —Masculló sus palabras en un tenue susurro, sin embargo, al menos yo lo escuché con nitidez.

—Pues no, no tenía ni idea —confesé encogiéndome de hombros, ignorando de paso su negatividad.

—Yo sí lo sabía. Es el segundo pico más alto de la *cordillera de las Cascadas*; el quinto más alto de California.

«*Otra listilla*», pensé más preso del embelesamiento que de la repulsa. Torné la cabeza a mi derecha para observarla; no se dio cuenta. Tampoco Cameron, que seguía jugueteando con su móvil en el asiento trasero.

—Está empezando a fallar la cobertura —apuntó.

—Bueno, espero que no necesitemos el móvil para nada importante.

»Por cierto —dije tras unos instantes en silencio—, ¿os habéis fijado en que hasta ahora las víctimas han sido siempre gente joven?

—Eso no incluye a las vacas, ¿no? —replicó Cameron en plan gracioso.

—Ya estamos con las gilipolleces... —No pude evitar reírme con su estupidez.

—Sí, anoche mismo pensaba en ello —contestó retomando la seriedad —, pero aún así, no encuentro un patrón relevante.

—Joder, estoy deseando hablar con este hombre.

—¿Sabe que vamos para allá?

—Sí. Anoche, después de dejaros, llamé al teléfono de contacto que encontré en su página web. Me respondió una mujer; al parecer, es una de las personas que organizan sus eventos aquí en California.

—¿Y bien? ¿Conseguiste algo? —demandó Cameron con cierta impaciencia.

—Sí, después de tenerme unos minutos a la espera, al fin pude charlar un par de minutos con él. Le expuse nuestra necesidad de hacerle unas preguntas para poder descartar o seguir ciertas hipótesis de nuestra investigación policial. Accedió al instante. Luego me indicó dónde nos encontraríamos.

—Perfecto —sentenció Cameron—. Ojalá esto sirva para algo.

—Confío en ello.

Apenas unos kilómetros después, tras continuar serpenteando en el ondulante asfalto ascendente, hallamos un aparcadero de arena, amplio, custodiado por enormes pinos que lo aislaban del evidente follaje del emplazamiento; intuí que se trataba del lugar referido por el reconocido ufólogo.

«*No son ni las ocho de la mañana... ¿Habrá llegado ya?».*

Según el *planning* anunciado en la página web, su programa de actividades daría inicio a las diez de la mañana. Siendo puntuales, tendríamos al menos una hora para indagar en la relación que podría existir entre los ovnis/extraterrestres y los asesinatos.

Al llegar al punto indicado, nos topamos con la citada planicie prácticamente desierta; tan solo un par de vehículos lo ocupaban: uno de aspecto forestal —era de suponer que pertenecía al puesto de vigilancia de la zona—, y el otro, una berlina color marengo.

Nada más estacionar, vi por el espejo retrovisor cómo una pareja se apeaba del coche familiar. Por la silueta deduje de quién se trataba: Enrique Paz y..., bueno, mi intuición me hizo suponer que la fémina que lo acompañaba era su esposa. No me equivoqué.

—Chicos, nos esperan —anuncié a mis colegas.

—Vamos, pues —animó Cameron intentando autoconvencerse del fin productivo de la visita.

Nos bajamos del vehículo. Las primeras luces del alba consentían apreciar una bóveda celeste de un tinte azul apagado carente de nubes, y una desteñida luna en cuarto creciente en la distancia. La diferencia de latitud potenciaba una sensación térmica a la que no estábamos acostumbrados. Se activó así nuestra primitiva naturaleza, la que se encargó de cobijarnos de forma instintiva bajo las prendas de abrigo que nos envolvían.

Caminamos al encuentro del especialista: Elisabeth a mi izquierda y Cameron a mi derecha. Por su parte, la pareja comenzó a aproximarse a nosotros.

—¿Enrique Paz? —cuestioné sobre la marcha, a escasos metros de distancia.

—El mismo.

—Buenos días. —Nos presentamos intercambiando un apretón de manos.

—¿En qué puedo ayudarles? —se ofreció amable.

—No me voy a andar con tapujos —espeté sin miramientos—, estamos aquí porque llevamos a cabo una investigación compleja relativa a unas víctimas de asesinato. —Me observó sin decir nada. Pareció no sorprenderle—. Le hablaré con franqueza, nunca nos habíamos topado con algo semejante. Pensamos que las heridas que presentan los fallecidos pueden

haber sido ejecutadas con algún tipo de arma fuera de lo común, es desconocida para nosotros. A su vez, la secuencia de los acontecimientos nos conducen a..., al menos a cuestionar la autoría de los mismos.

—Lo que mi compañero quiere decir, es que hace un par de años nos enfrentamos a un caso similar, y no pudimos hacer nada; fue archivado por falta de pruebas. No queremos que ahora vuelva a suceder lo mismo.

—Entiendo —contestó Enrique—, y quieren saber si criaturas de otros planetas podrían tener algo que ver con tales atrocidades. ¿Me equivoco?

—No del todo —confesé. Enrique me miró impertérrito, sus facciones no permitían intuir sus pensamientos.

—¿Puedo preguntar algo?

—Claro.

—¿Qué les ha llevado a pensar que seres de otros mundos puedan estar detrás de tales asesinatos?

—No sería agradable entrar en detalles.

—No se preocupe..., ¿Fischer?

—Puede llamarme Idris.

—Está bien, Idris. Me refiero a que, siempre que se lo permita la privacidad del caso, no se preocupe por darme detalles escabrosos, creo que lo podré aguantar. Además, tal vez de ese modo consiga ayudarles mejor.

Su mujer lo miró con complicidad, tampoco a ella parecía asustarle ver a gente asesinada y mutilada en una fotografía. Quizá, tantas películas de zombis y homicidios nos estaban mermando la sensibilidad a todos, convirtiéndonos en individuos más fríos.

—Está bien, en ese caso le enseñaremos unas imágenes. Entenderá de inmediato a qué nos referimos.

Enrique asintió. Cameron rebuscó en su dispositivo electrónico las mismas instantáneas que días atrás enviamos por email al sheriff Fowler.

Al verlas, el hombre alzó las cejas y retrocedió la cabeza unos centímetros. También su mujer se mostró impactada.

—¿Ve a qué nos referimos?

—Sí, pero... ¿Solo porque no conocen el origen del arma homicida concluyen que podría tratarse d...?

—No —interrumpí sabiendo a dónde dirigía su planteamiento—. En realidad hay más.

—Les escucho. —Aquel hombre era un bálsamo de calma. Transmitía una paz fuera de lo común, agradable, contagiosa. Y su forma de hablar... Conocía su procedencia peruana y, sin embargo, me llamó la atención la fluidez con la que manejaba nuestro idioma, incluso los más pequeños matices de su acento natal pasaban inadvertidos.

—Es habitual que los asesinatos se produzcan tras las desapariciones de las víctimas, en cambio, aquí sucede algo más. En el caso del primer muchacho que ha visto, los padres lo denunciaron al percatar su tardanza. Eso tuvo lugar en Green Place, estado de Arizona. Pocas horas después, lo hallaron cadáver cerca de Avenue of the Giant, estado de California. —Mi interlocutor se llevó la mano derecha al mentón, entretanto, de modo inconsciente, achinaba los ojos—. ¿Comprende lo inverosímil del caso? —planteé de forma retórica—. Pero ahí no acaba todo. Gracias a nuestra colaboradora Elisabeth, hemos podido enlazar una pista que anteriormente se nos pasó por alto: antes de enfrentarnos al primer caso, el que le mencionó mi compañero, se reportaron desapariciones de varias cabezas de ganado en los estados de Arizona, Texas y California. Después se encontraron a los animales, o bien en sus correspondientes estados o bien a kilómetros de distancia; en algunas ocasiones con vida, en otras mutilados. En fin, no sé por qué todo esto me lleva a pensar en las famosas abducciones. Tal vez no sea tan descabellado relacionarlo.

—Francamente, me lo pone difícil, detective.

—¡Ah! ¿Y quiere saber algo más? —El silencio se alzó a nuestro alrededor. Tan solo el grillar de los grillos y una sutil pero constante brisa respondieron a mi pregunta—. Los informes del laboratorio desvelan que las sustancias encontradas en las escenas de los crímenes podrían «no ser de este planeta». —Maticé las últimas palabras recreándome en ellas.

—Ya veo... —Enrique miró a su mujer y luego nos observó a nosotros. Un suspiro se precipitó como preludio a la información que nos entregaría. Lo que pasó después, nos dejaría marcados de por vida.



CAPÍTULO 19

DATOS DEL LABORATORIO

IDRIS FISCHER

Sin apenas darnos cuenta, el sol comenzó a bañar el fecundo y escultural paraje que nos acogía. Su calidez acarició levemente nuestra tez, compensando la brisa que nos erizaba el vello. Las fosas nasales se acostumbraron a inhalar el placentero aroma del lugar, una mezcla a pino, musgo, hierba, helecho y demás variedades autóctonas. Por su parte, nuestro entrevistado permanecía frente a nosotros, reflexivo, en un estado de quietud contagioso.

—No se preocupen, agentes —dijo Enrique tras meditar unos segundos—. No me sorprende su planteamiento. A lo largo de los más de veinte años que llevo investigando este campo, he tenido que escuchar todo tipo de acusaciones, menosprecios, fanáticos, escépticos y una larga lista de cuestionamientos en contra de los seres que nos visitan. Lo que sí resulta insólito para mí, es que un representante de la ley acuda a entrevistarse conmigo y «me solicite ayuda». —Su rostro mostró cierta incredulidad acompañada de satisfacción.

»Por fortuna, la mayor parte del tiempo me cruzo con personas abiertas a escuchar, y libres de excesivos prejuicios.

—Como nosotros —dije pensando en el escéptico de mi compañero.

—Necesitamos descartar hipótesis —aclaró Cameron.

—Sí, lo entiendo. A decir verdad, no me sorprende que piensen que el fenómeno ovni pueda estar detrás de sus víctimas. —Una mueca de incompreensión se alojó en mi faz «¿sarcasmo o acaso su comentario significa que lo ve probable?».

»En fin, creo que lo mejor será que me limite a darles datos objetivos, ustedes sacarán las conclusiones pertinentes.

—Le escuchamos —apremié.

—Me viene a la cabeza... ¿Conocen los *crop circle*?

—¿Los dibujos que salen en las cosechas?

Asintió pausado.

—Dicho fenómeno nos viene acompañando desde hace más de cuarenta años. Todo comenzó en la década de los setenta. Numerosos investigadores se han volcado en estudiar el origen y la forma en la que estos surgen año tras año en Inglaterra y otros lugares del mundo, por ejemplo, Australia.

»Debo comentar al respecto, que hay quienes aseguran que dicha anomalía se inició mucho tiempo atrás, cuando en el siglo XVII aparecieron dibujos similares en diversos cultivos. Por entonces, lo llamaron «el demonio del segar»: una entidad que de pronto se manifestaba en los sembrados y, tras su presencia, quedaban misteriosos diseños en la plantación de trigo. A partir de ahí, distintos relatos recogieron la advertencia de no aproximarse ni penetrar en las resultantes figuras, ya que podrían hacer desaparecer a las personas debido a que los seres mágicos que los proyectaban conseguían traspasar sus condiciones extraordinarias a dichos emplazamientos. A esas primeras apariciones se las bautizó con el nombre de «círculos de las hadas». —Eché un rápido vistazo a Cameron: una ceja más alta que la otra me hizo interpretar que todo aquello le parecía una estupidez.

»Se preguntarán por qué les estoy contando todo esto —planteó el experto—. Desde hace siglos se relacionan algunos fenómenos inusuales, como los círculos de las cosechas con desapariciones o reacciones físicas y orgánicas en sus alrededores.

—Sí, pero me he quedado más o menos igual —repliqué deseando encontrar un hilo conductor que nos llevase a alguna parte.

—Un momento —intervino Elisabeth—. En más de una ocasión se ha dicho que los *Crop Circles* han sido creados por personas, o sea, por humanos normales y corrientes. ¿Quiere decir que eso es falso?

—Es una mentira a medias. Algunos sí los ha hecho la mano del hombre, sin embargo, a los que me refiero..., es imposible.

—¿Por qué?

—Sigo contándoles.

—Por favor —requerí pausado.

—Como les decía, en 1976 aparecieron los primeros dibujos en las cosechas de Whinchester, Inglaterra. Al principio eran diseños pequeños, de nueve o diez metros de diámetro, figuras sencillas, nada complejas. Aquel fenómeno fue despertando un creciente interés, tanto de curiosos como de científicos e investigadores. En el año 1991, un par de ingleses jubilados reclamaron la autoría de los mismos, alegando que los hacían doblando los tallos del trigo ayudándose por una madera; y sí, lo «demostraron» ante la televisión de su país. En cambio, poco a poco la frecuencia de las apariciones fue aumentando, los diseños se fueron volviendo cada vez más complejos y de mayor tamaño, algunos llegando a medir hasta doscientos metros de diámetros. Más aún, ya no solo se exhibían en exclusiva en ese punto geográfico, sino que también empezaron a avistarse en Australia, Italia, Nueva Zelanda, Alemania...

»A lo anterior habría que sumarle la alta precisión geométrica que presentan, el conocimiento de fractales o las alusiones a los avanzados estudios de mecánica cuántica. —Mis compañeros y yo estudiábamos hipnotizados la exposición del entendido; parecíamos estar viendo en primera persona un documental televisivo, uno de esos de «misterios de la humanidad».

»No obstante, al margen de lo citado, nos encontramos con unas cuestiones difíciles de contestar, o mejor dicho, difíciles de relacionar con las capacidades y tecnología del hombre.

—¿Podría ser más concreto? —solicitó Cameron ansioso de encontrar respuestas.

—Por supuesto. Me refiero a que hay una serie de peculiaridades que los caracterizan y que, a pesar de lo que puedan opinar los individuos más escépticos, es incuestionable decir que existen determinados fenómenos inexplicables acompañándolos.

—¿Nos los podría citar? —replicó mi colega.

—Sí. En primer lugar: la proximidad a los *Crop Circle* hace que las personas empiecen a sentirse indispuestas: dolor de cabeza, estómago, náuseas... Los animales también reaccionan ante estas «alteraciones ambientales»; a veces parecen ladrar a la nada sin cesar, relajándose solo cuando abandonan la zona afectada.

»En segundo lugar: se pueden apreciar sonidos de mediana frecuencia dentro de los diseños. Cualquier individuo podría escucharlos si aproxima la cabeza al suelo; algo así como un sutil zumbido, parecido al que producen las abejas. Otras veces se asemeja más a un silbido. Son pruebas que han podido ser grabadas y analizadas en laboratorios.

»En tercer lugar: se han reportado apariciones y desapariciones de objetos inusuales.

—¿A qué se refiere con «objetos inusuales»? —Por un instante me sentí estúpido al preocuparme más de los objetos que se materializaban y desmaterializaban, que por el hecho en sí.

—A piezas de cualquier tipo y tamaño, incluso de distintas épocas.

—Entiendo.

«*Joder, esto se está poniendo turbio*».

—¿Alguna característica más? —urgió Cameron.

—¡Ah! En referencia a lo que mencionaron anteriormente sobre el informe del laboratorio y los resultados que indicaban no encontrar registros de ciertas sustancias, les diré que hay otra característica en los *Crop Circle* que podría guardar relación con su caso. Dentro de las figuras se han recogido diversas muestras de sustancias gelatinosas. El investigador

británico Colin Andrews sugirió que se trataban de composiciones inexistentes en nuestro planeta.

—Eso es lo que indicó el informe del laboratorio de las muestras que recogió nuestro equipo —expuso Cameron atónito.

—Lo sé, por eso lo he mencionado.

—¿Y por qué no lo ha dicho antes? —recriminó mi compañero nervioso.

—Porque de esa forma quizá no nos hubiera dicho que allí también desaparecen objetos. Cuanta más información manejemos, mejor —dije sin dar tiempo al experto a contestar—. ¿Hay algo más que crea debemos conocer?

—Bueno, también se han reportado experiencias de investigadores que aseguran haber tenido un «missing time» o «tiempo perdido».

—Eso qué significa —inquirió Elisabeth. A veces se me olvidaba que nuestra ayudante era periodista.

—No recuerdan lo que ha sucedido durante su estancia en el terreno afectado.

Elisabeth alzó las cejas, supuse que presa por el misterio.

—¿Como una amnesia?

—Sí, algo así. También deben saber que se han observado reflejos y luces electrostáticas y sonidos metalizados. Por lo general, queda el registro de un considerable aumento en los campos electromagnéticos de la zona y en el propio cereal; y se han tomado muestras que confirman cambios moleculares en ellas, no sé si a consecuencia de lo anterior.

—Vale, y según su explicación y todos los datos que nos está facilitando, ¿a quién le correspondería la autoría de esos *Crop Circle*?

—Como dije antes, para mí no son obra del hombre; salvo los que no recogen esas peculiaridades inexplicables.

—O sea, ovnis; extraterrestres.

Una mueca cargada de asentimiento se dibujó en sus labios.

—Uffff... —El quejido ahogado de Cameron me provocó un fuerte escalofrío que recorrió de arriba a abajo mi cuerpo envarándolo; y, una cuestión que llevaba evitando plantearme desde la noche anterior, afloró con ansia de respuesta: «*Si los responsables de los asesinatos resultan ser unos puñeteros bichos cabezones, ¿cómo demonios vamos a solucionar nada?*».

—Creo que no me he explicado bien —dijo Enrique al ver nuestras caras de estupefacción—. Estoy convencido de que determinados círculos en las cosechas son creados por seres de otros mundos, con un desarrollo científico, espiritual y tecnológico superior al nuestro, pero eso no quiere decir que crea en que esos mismos seres extraterrestres han sido los artífices de las masacres de sus investigaciones.

—No sé si le entiendo —replicó Cameron.

—¿Ustedes conocen mi trabajo, mis investigaciones?

—La verdad es que no. Venir aquí y hablar con usted ha sido idea de mi compañero.

—Bien, en ese caso les diré que los seres que nos vienen contactando, a mí en particular desde hace años, no lo hacen con intenciones hostiles; más bien justo lo contrario.

—¿Entonces quién puede haber hecho algo así? Empiezo a sospechar que la tecnología empleada por el ejecutor pueda ser extraterrestre.

—Eso no lo sé, pero en cualquier caso, no quiere decir que lo hayan hecho ellos.

—Parece que los defiende. —Escudriñe su faz relajada.

—Comprendan una cosa: esos sujetos no tienen ninguna necesidad de matarnos, y menos aún hacer juegos de tiro al blanco con cuatro *humanitos* que se puedan encontrar por el camino. ¿Entiende? Su evolución no necesita de esas pequeñeces. Es más, si fuera verdad que ellos estuviesen tras las desapariciones y los occisos, si quisieran, no nos enteraríamos. Harían desaparecer los cuerpos y ya está.

—Creo que puede tener razón —cavilé en voz alta al tiempo que agachaba la cabeza para reflexionar.

—Joder... —escuché quejarse a mi compañero—. ¿Eso quiere decir que un hipotético móvil podría ser el de infundir el pánico entre la población? —caviló en voz alta. Noté que su inquietud aumentaba por momentos.

—Ya, ¿y quién querría hacer algo así? —repliqué pensativo—. Y hay más. Falla algo. Detrás de eso tiene que haber algún motivo todavía mayor. ¿Por qué causar pavor entre los ciudadanos? —Observé el níveo rostro de Cameron. Este no supo contestar.

—Ya ha sucedido en otras ocasiones. —Añadió Enrique

—¿A qué se refiere?

—A que no será la primera vez que se difunde la falsa creencia de que cualquier visita alienígena podría ser hostil, es decir, una amenaza.

—Ufff... No es la primera vez que oigo una acusación similar, pero aún así, insisto. Tiene que haber algún motivo de peso para tomarse alguien tantas molestias —recalqué inquieto.

Enrique guardó silencio deliberadamente. Yo sabía que ese hombre atesoraba mucha más información de la que quería desvelarnos; quizá por miedo a acusar a alguien directamente.

—¿Se puede saber qué relación guarda usted con esos seres? —intervino Elisabeth. Sentí preocupación en su pregunta.

El experto alzó las cejas a la vez que algo semejante a una risita se precipitaba al exterior a través de sus fosas nasales, fundiendo su esencia con la mágica atmósfera de aquel enclave.

—Es difícil resumir en pocas palabras lo que viene siendo para mí una vida entera de contactismo. Pero le diré una cosa: su mensaje es de hermandad, no de destrucción. —Una mueca se perfiló en la comisura de sus labios. Y en ese instante percibí una sensación peculiar, algo que emanaba de ese hombre: como el cariño que una madre profiere a su vástago cuando intenta mostrarle algo para su crecimiento a pesar de intuir que aún es demasiado pequeño y todavía no está preparado para asimilarlo.

»Si tuviesen tiempo, sería maravilloso que nos acompañasen al encuentro programado que estamos llevando a cabo.

Cameron no tardó en reclinar la invitación excusándose en el trabajo.

—Se lo agradecemos mucho, pero me temo que la investigación nos reclama.

Retrocedió un par de pasos. No pude evitar observarle con una sonrisa en la cara. Imaginé qué debió pasarle por la cabeza: «*están todos locos*». Y su amago de despedida remató la jugada haciendo que una pequeña carcajada huyese de mi boca sin permiso. Ya no existía la menor duda de que empezaba a cansarse de estar allí.

—Un momento —dije marcándole un *stop* con la mano, igual que un policía de tráfico—. Tengo una pregunta más para este hombre: si no son ellos, ¿quiénes pueden ser? —Según la formulé, me di cuenta de que el mismo hecho de cuestionar aquello reflejaba mi creciente desesperación.

—No lo sé, pero me viene a la cabeza el caso Roswell. Lo conocen, ¿no?

—¿Roswell? Sí —respondí al tiempo que negaba con la cabeza y notaba cómo mi ceño se constreñía muestra de mi desorientación y recelo.

—Quizá deban seguir esa pista.

Mi faz se transformó ahora en una mueca de desaprobación.

—Necesitamos todos los datos que nos pueda dar. —Mi petición rozó la súplica—. El ritmo de desapariciones está aumentando. No podemos andarnos con rodeos.

—Creo que en esta materia podría ayudarles mejor el exgeneral de las fuerzas armadas John Breen.

Cameron y yo nos miramos con complicidad: «*¿Ahora un exgeneral? Mierda... Esto empieza a olerme un poco mal*».

—Está bien, Enrique. Le agradecemos enormemente el tiempo que nos ha dedicado.

—Es mi deber. —Inclinó la cabeza en muestra de entrega.

Con un nuevo apretón de manos nos despedimos del ufólogo y su esposa.

Comenzamos a recorrer el parking en sentido inverso a cuando arribamos. Me di cuenta de que desde nuestra llegada, ningún otro vehículo ni caminante lo había hecho. Me resultó sumamente extraño. Cualquiera diría que nos reservaron el lugar para tener una charla tranquila.

Anduve un par de pasos más, hasta que de pronto una frase de Enrique resonó en mi mente: «Las personas se empiezan a sentir indispuestas: dolor de cabeza, estómago, náuseas...». Paré en seco.

—Otra pregunta antes de marcharnos —expuse aproximándome de nuevo a la pareja. Enrique continuaba junto a su mujer, ambos estáticos. Tuve la sensación de que esperaban mi regreso, no se habían movido ni un centímetro del lugar—. El día que fuimos al rancho de Ryan Philips, tuve que aguardar dentro del automóvil. Estando allí empecé a encontrarme muy mal. Aunque es cierto que por el camino ya iba revuelto, pero..., al llegar allí..., el malestar se acrecentó. ¿Es posible que...?

—¿Solo le pasó a usted? —indagó la esposa del ufólogo.

—A decir verdad —expuso Elisabeth sonrojándose—, yo también estuve un poco indispuesta. Incluso, tuve que alejarme de la zona al sentir fuertes náuseas. Terminé vomitando junto a un árbol.

—¿Por qué no dijiste nada? —le recriminé preocupado.

—Pensé que me había sentado mal el desayuno o algo por el estilo.

—Es posible que la zona estuviera afectada por algún campo electromagnético —aclaró Enrique.

—¿Eso querría decir que la desaparición tuvo lugar allí? —cuestionó Cameron, que una vez más se ubicó a mi lado. Yo me encogí de hombros.

—Tiene que existir alguna forma de comprobarlo. ¿Cuánto tiempo estima que puede permanecer alterado el campo electromagnético después de una intervención «extraterrestre»?

—Unas horas; a veces días —contestó el experto.

—Habría que mandar a un equipo para confirmar si pudo haber o aún quedan restos de tales anomalías.

Cameron lo anotó en su dispositivo móvil.

—De todas formas, insisto —reiteró el ufólogo—. No creo que sea obra de extraterrestres.

—Le agradecemos su opinión y entendemos su postura, Enrique, sin embargo, nosotros aún no podemos descartarlo. En fin, ahora debemos encontrar al tal Jho...

No pude terminar de pronunciar el nombre del exmiembro del ejército. Sobre nuestras cabezas se situó, a baja cota, una luz intensa de tinte blancuzco. Deslumbrante. Uniforme. Constante. Como si fuese un foco de escenario alumbrándonos en medio de una exhibición. Su tamaño: unos tres metros de diámetro. Me empezó a temblar todo el cuerpo.

«¿Pero qué cojones...?»

—¡Me cago en la puta! —vociferó Cameron excitado, haciendo que mis pensamientos se cortaran en seco.

El pulso se me aceleró descontroladamente, y un pavor desorbitado recorrió a conciencia mi organismo. La boca se me abrió presa del desconcierto. La sentí seca, como si hubiera estado caminando en el desierto durante horas.

Era... Aquello salió de la nada; sin que ningún tipo de sonido nos alertase de su aproximación. De la nada. Sí. Como si tuviese la competencia de materializarse donde deseara. Emergió de un cielo vacío. Apareció y punto. ¿O quizá llevaba allí más tiempo y ninguno supimos verlo? ¿Acaso nos estuvo vigilando? ¿Tendría la capacidad de mimetizarse con aquello que se le antojase, conseguir una forma, una textura o un color que en realidad no poseía? No, eso sería..., ¿imposible? Pero ahí estaba. Tan solo la iluminación nos hizo percatarnos de su presencia. Obviamente, un gesto premeditado por la ¿tripulación? de ese aparato al que debía llamar «ovni». Joder..., un maldito platillo volante encima de nuestras coronillas. ¿Acaso me estaba volviendo loco? Me sentí paralizado. Ni siquiera pude girarme a ver los rostros de los demás. Desde mi percepción, el lapso transcurría ralentizado. Decenas de pensamientos se atropellaron en mi cerebro. Una marabunta de emociones se agitaba sin consideración en mitad de mi cuerpo. Emergieron

dos con extrema claridad sobre todas las demás: impotencia ante tal incomprensión; insignificancia ante tal alarde tecnológico.

Escasos cinco segundos más tarde, el haz de luz proyectado sobre nuestras cabezas se esfumó. El objeto, alzó su masa en vertical a una velocidad supersónica, provocando un efecto de succión que me condujo a pensar por un instante que saldríamos volando por los aires a causa del rebufo. Aquello disparó nuestra acongoja —al menos la mía—, dejándonos las mentes atónitas por completo y el ritmo cardiaco al borde del colapso. Cuando hubo alcanzado varios pies de altura, cuando aún nuestros ojos conseguían vislumbrarlo, desapareció en mitad del cielo: se desmaterializó. Volvió a convertirse en «nada».



CAPÍTULO 20

SHOCK

IDRIS FISCHER

—¡Un puto ovni sobre nuestras puñeteras cabezas, Idris! ¿Me oyes? ¡Dios! ¿Acaso nos hemos vuelto locos? ¡Era un puto ovni, joder!

Después de dos horas, Cameron seguía «gestionando» como podía el shock de nuestra reciente experiencia.

—Estamos todos igual —respondió Elisabeth—. Mira, a mí todavía me tiembla el pulso —dijo mostrándole el vaso de plástico con la segunda tila que bebía. Salvo que estuviese fingiendo —cosa que dudo—, parecía un flan.

—Sí, la verdad es que ha sido... Dios... Muchos no nos creerían. — También yo seguía abstraído.

Conducía aferrado al volante de mi Tesla S'. La carretera se abría paso ante nosotros como una línea agrietada de color plomizo adornada por lazos amarillos. Mis compañeros hablaban, sin embargo, a pesar del tono elevado de las palabras, sus voces se convirtieron en un susurro indescifrable. Acunado por ese cántico, mi atención se perdió en el pasado reciente.

Escasas horas antes

—¿Qué cojones ha sido eso? —espetó Camerón a Enrique Paz.

—Eso ha sido un pequeño saludo de nuestros amigos extraterrestres —respondió con una sonrisa en el rostro. Dio la sensación de estar acostumbrado a esas «visitas sorpresa».

—¡No estoy para bromas. No ha tenido ni puta gracia!

—No se enfade conmigo, Cameron, yo no tengo ningún control sobre ellos. Hacen y deshacen según creen conveniente; eso sí, con la intención de no influenciar negativamente en las mentes y trayectorias humanas.

—Cálmate, amigo. Todos estamos en shock. —Traté de serenarle ante su creciente irascibilidad.

—Tú estarás muy contento, ¿no? Al fin tienes la «evidencia» —se recreó con retintín— de que no estamos solos en este puñetero planeta.

—No, Cameron, lo que hemos visto no demuestra realmente nada. Pero sí, una parte de mí está satisfecha. Siempre he creído en su existencia y, al menos para mí, esto es una señal de que no estoy equivocado.

Intentaba calmarlo, sin embargo, su angustia acababa de dar comienzo. No quiso escuchar más. Tampoco volvió a articular palabra hasta pasados largos minutos, ya de regreso en el coche. Ni siquiera se despidió del experto. Tomó rumbo hacia el vehículo y allí nos aguardó. Necesitaba procesar lo que acababa de suceder.

—¿Y ahora qué? —pregunté a Enrique antes de partir.

Elisabeth se quedó a mi lado... En ese instante aprecié cómo me aferraba del brazo; supongo que en el momento en que apareció la nave, el miedo la llevó a «refugiarse en mí». No me di cuenta de nada. Por supuesto, ahora que era consciente, no hice ademán de separarla. Sentí la recíproca calma que transmitía ese suave contacto físico.

—Es la primera vez que me veo tan perdido ante un caso —

admití sin tapujos.

No sabía por qué me «confesaba» ante aquel desconocido. Simplemente, intuí que podía confiar en él. Parecía que, le dijera lo que le dijese, no solo lo entendería, sino que sabría darme la respuesta que necesitaba escuchar.

—La aparición de la nave extraterrestre no ha sido una casualidad. Ellos miden con extremo detalle cada una de sus actuaciones e interacciones con los humanos —explicó el hombre con serenidad.

—Sí, eso lo he entendido.

—Se lo digo para que pueda barajar más datos y, sobre todo, para que tenga en cuenta varios puntos:

»Uno: la raza con la que vengo manteniendo contacto corresponde a unos seres muy similares a nosotros, de aspecto nórdico y, ante todo, pacíficos.

»Dos: estos solo se muestran si desean ser vistos. ¿Entiende? Es muy probable que las luces que aseguran ver sus testimonios sean intencionadas.

—O a lo mejor les da igual ser vistos —alegó Elisabeth.

—O quizá no sean extraterrestres —replicó la esposa del ufólogo.

Elisabeth elevó las cejas mostrando recelo. Yo achiné los ojos ante las distintas posibilidades.

—Hay un tercer punto —añadió Enrique—: Aparte de la mencionada, existen otras razas. Sobre ellas no tengo información contrastada que aportarle, por lo tanto, no puedo advertirle de sus intenciones. Supongo que no se puede descartar nada.

—¿Por qué ha dicho entonces hace unos minutos que no cree que detrás de nuestras investigaciones, de las muertes de esos jóvenes, haya una intervención extraterrestre?

—¿Intuición? —replicó Enrique. Guardó silencio.

Le miré fijamente a los ojos. De soslayo aprecié cómo los primeros coches empezaban a entrar en aquel enorme parking; parecían anunciar nuestra retirada.

—Visitaremos al exgeneral John Breen —declaré al fin.

—Háganlo. Y si necesitan de nuevo mi ayuda, será un placer atenderles.

Esta vez, Enrique y su esposa se despidieron de nosotros dándonos un abrazo. Algo había cambiado tras el avistamiento del ovni. Quizá la experiencia hizo que naciese una empatía antes inexistente, creando con ello, un tierno lazo de fraternidad.

Llegamos al coche. Cameron nos esperaba tumbado en el asiento trasero. No quisimos interrumpir su descanso. Nos sentamos, arranqué y comenzamos a descender la ladera del inolvidable Mount Shasta.

—Tenemos que ir a la jefatura de policía. Hemos de informar al jefe de lo que ha pasado y ubicar al tal John Breen — anuncié en voz alta. Ignoraba si mi compañero dormía, meditaba o si de alguna manera, se encontraba receptivo. No le dije nada.

—Está bien, ¿pero cuando veas una cafetería, podemos parar unos minutos? Necesito una tila —solicitó Elisabeth, más pálida de lo normal.

—No hay problema —la sonreí comprensivo—. Yo también necesito una.



Una vez más, vi a lo lejos la plaza de parking en la que estacionaba

siempre mi vehículo. «*Ni que la tuviera reservada* —me dije asombrado».

—Espéranos aquí —solicité a Elisabeth. Esta asintió sin decir nada.

Los primeros metros del trayecto que conducían a la oficina los recorrimos sin intercambiar palabra alguna; y fue así hasta que entramos en el edificio. Supongo que a mi compañero se le empezaron a revolver las tripas al imaginarse la inminente charla que tendríamos con nuestro jefe.

—¿Qué le vamos a contar a Bakewell? —cuestionó serio y sin dignarse a mirarme.

—La verdad —repliqué tajante y sereno.

Sabía que la respuesta no le satisfaría, pero era una estupidez ocultar los hechos.

Subíamos el último tramo de escaleras.

—Se va a reír en nuestra puta cara, lo sabes, ¿no?

Por el camino saludamos a un par de compañeros de nuestra planta. Debieron notar nuestra tensión. No era el mejor lugar para hablar de aquello, en medio de todo el mundo.

—Nadie se va a reír en nuestra cara. Y si hay alguien tan gilipollas como para hacerlo, es su problema, no el nuestro. —Paré en seco—. ¿Se puede saber a qué le tienes tanto miedo? ¿Acaso alguna vez se han mofado de ti por creer en un tema semejante?

Se detuvo frente a mí. Me observó. Sus pupilas mostraban una faceta opuesta al Cameron que yo conocía: la que vigilaba cauteloso por no dejar salir a la luz; la misma que aplacaba bajo una apariencia de mansa comprensión. Sin embargo, ahora la anterior había desaparecido, dejando paso a un gesto que se alzaba desafiante, colérico. Aun así, se contuvo. El mutismo ganó terreno en sus labios, sellando en su mente los pensamientos que nunca dejó escapar. Debí tocar una fibra sensible de su pasado.

—¿Sabes qué? Dejo en tu mano si quieres contarle a Bakewell la experiencia en cuestión o no. Pero respecto a lo demás, debemos informarle, y sobre todo, averiguar el paradero del exgeneral Breen.

Aquellas palabras fueron suficientes como para percibir un cambio notable en su faz. Y con ello, ya no albergué dudas de que algo debió sucederle, de ahí, su tan marcado recelo.

«Quizá si se abriera a contarme qué le pasó... Pero no, parece una puñetera tumba. En fin..., de momento, puede hacer lo que le dé la gana; ahora mismo no es trascendental que Bakewell sepa lo del ovni».

—Venga, que hoy nos espera un día más relajado —apremié dándole un golpecito en la espalda.

—Ojalá, tengo ganas de estar al menos un día con Roussee. A ver si la cosa no se tuerce mucho y podemos pasar la noche en casa —confesó en un tono cordial. Aquel volvía a ser el Cameron al que yo estaba acostumbrado.

Andamos los pocos metros que nos distaban del despacho de Bakewell. Al llegar, dimos un par de golpes secos en la puerta y una voz del otro lado nos invitó a acceder al despacho.

—Ahora mismo os iba a telefonar. —Ni siquiera nos dedicó un simple «hola»—. Tenemos noticias. Anoche encontraron a un granjero de mediana edad, de unos cuarenta y cinco años, mezclado..., bueno, fundido con el fuselaje de su camioneta.

Cameron y yo nos miramos boquiabiertos. Se me pusieron los ojos en blanco.

—¡Vaya puta mierda! —espetó mi compañero en tono elevado saliendo de su absorción. Su quejido me provocó un sobresalto.

—Sí, y a tomar por culo su modus operandi; ahora ya no asesina solo a personas jóvenes.

Me llevé las manos a los ojos y me los froté con las yemas de los dedos, arrastrándolos hacia la frente y luego por el pelo hasta la nuca. Allí reposaron mis brazos, tratando de aguantar mis pensamientos, mejor dicho, de calmar mi turbación.

«Joder, menuda putada».

—¿Y qué le ha dado a este tío por cargarse ahora a tanta gente a la vez, tan consecutivos unos de otros? ¿No descansa o qué? —dije notablemente

desanimado.

—No os aflijáis, chicos. Pronto daremos con el paradero de ese hijo de puta —trató de alentarnos nuestro superior.

—Ya, quizá no sea tan fácil... —lamentó Cameron.

Al pronunciar aquellas palabras supe que pensaba en el ovni, en la posibilidad de que seres no humanos fueran los responsables de tales actos deplorables.

—¿Habéis sacado algo en claro de la visita a Mount Shasta? —se interesó Bakewell. Ante nuestro silencio, nos miró y frunció ligeramente el ceño. Los años de servicio juntos le alertaban de que ocultábamos algo. Nos conocía bien, quizá demasiado bien. Sabía que en su presencia, yo siempre tomaba la delantera dando cuenta de nuestras investigaciones. En cambio, ahora me negué a decir nada; guardé silencio consciente de que debía ser Cameron quien tomase la palabra y expusiese de una vez eso que tanto le turbaba. Finalmente, arrancó, y yo permanecí atento a cada detalle que sus labios quisieran aportar.

—No podemos descartar que... —Paró. Tomó aire. Continuó—. Quizá sea obra de... —Ahora un suspiro—. Sabe que nos hemos entrevistado con el experto ufólogo, Enrique Paz. Nos ha aportado información que podría llevarnos a pensar que, tal vez, los artífices de los asesinatos no han sido humanos.

Bakewell nos observó con el semblante constreñido. No tomó la exposición de mi compañero como burla alguna. No obstante, sus pupilas recorrían el espacio al encuentro de las nuestras, en busca de un engaño, de una tomadura de pelo; pero no encontró tal respuesta. La trascendencia del caso era muy seria como para andarse con estupideces de parvularios. Además, intuí que, precisamente al ser Cameron quien informó de ello, la probabilidad de que fuese una chanza quedaba reducida a la nada.

—Necesitamos encontrar al exgeneral de las fuerzas armadas John Breen —dije tomando aire por la boca.

Bakewell cogió el teléfono:

—Buscad el paradero de un tal John Breen, exgeneral de las fuerzas armadas. En cuanto lo tengáis, pasadme todos sus datos. Es extremadamente urgente.

El móvil de Cameron comenzó a sonar a la vez que el jefe colgaba el suyo. Se apartó unos metros y terminó apoyándose ligeramente contra una estantería metálica llena de expedientes.

—¿Roussee...?

—(...)

—Sí, estamos ya en la oficina.

—(...)

—No...

—(...)

—¿A qué hospital vas?

Mi compañero me miró inquieto. Yo asentí, intuyendo lo que su esposa le estaba comunicando al otro lado del auricular.

—Debes estar con tu mujer, Cameron —le tranquilicé. Este miró a Bakewell con una expresión que lo decía todo: «necesito su autorización para acudir al único lugar del mundo donde deseo estar en este instante: junto a mi mujer y mi futuro bebé». El jefe asintió.

—Mi vida, en unos minutos estoy allí. Va a ir todo bien, ya verás —tranquilizó mi amigo con dulzura.

Sin decir más, colgó el teléfono.

—Olvídate del caso al menos durante un par de días, Cameron. Es momento de que estés con tu familia. ¡Y enhorabuena, golfo! —felicitó nuestro superior con su imponente tono de voz, que más que un parabién parecía un rapapolvo.

—Gracias, jefe. —Me miró—. Si hay alguna novedad...

—¡Olvídate, Cameron!. ¡Vete de una santa vez! —le ordené con cariño.



CAMERON McGRANE

Mi corazón se aceleró al ver el nombre de Roussee en la pantalla del móvil. *«Ya está aquí. No puede ser otra cosa. Acabo de hablar con ella de camino a la comisaría...; tiene que ser el bebé».*

Y no me equivoqué.

Bajé por las escaleras, nervioso ante el esperado momento, y feliz por el mismo motivo. A su vez, se colaba en mi conciencia el cargo de dejar a mi compañero solo. Sin embargo, un descanso quizá no sería tan negativo para el caso. Si lo miraba desde un punto de vista egoísta, dejar la investigación durante unas horas, aunque no pudiese desconectar del todo, me serviría para renovar energía. Descansaría la mente, y con ello, podrían nacer nuevas hipótesis, o incluso, barajar de forma más fresca las ya existentes. Aunque a mí, la idea de estar ante unos asesinatos provocados por seres de otros planetas...

«En fin, no es momento de pensar en enanos cabezones ni platillos volantes —me dije al tiempo que buscaba a algún compañero que me pudiese acercar a un taxi».

ELISABETH O’CONNOR

Si lo pensaba, todavía me temblaba el pulso.

«Aquella luz sobre nuestras cabezas..., ¿serían de verdad

extraterrestres? ¿Un ovni? ¿Un ovni de verdad? Dios Santo...

Y el maldito ufólogo tan tranquilo...».

Negué con la cabeza tratando de borrar la inquietud de aquel insospechado suceso.

«¿Y Johanna? ¿Qué hago con Johanna? ¿Sabrá ya lo de su sobrina? No me ha llamado. Ufff..., no estoy de humor para telefonarla. Tampoco para escribirla. Y menos ahora que... Además, ¿qué le diría?, ¿que en efecto los muchachos han sido víctimas de...?»

En fin... —Suspiré con desesperada resignación—. Las cosas se han ido de madre.

Joder, es una puta mierda no poder hacer nada para evitar que sucedan estas cosas. Ojalá acaben pronto esta sarta de barbaries».

De nuevo un suspiro rompió el hilo de mis cavilaciones.

«Y no. Definitivamente no la voy a llamar. Al menos hasta que no hayamos visitado al exgeneral. Si lo hace ella no tendré más remedio que atenderla, pero mientras pueda, la evitaré».

Noté cómo mi abstracción se perdía a través de la luna delantera del coche de Idris. Sentía mi corazón acelerado. Inquietud por no saber de qué modo proceder. Trataba de hallar la manera de conseguir hacer algo para impedir los occisos que estimaba estaban por acontecer. Aun así, no encontraba manera. Aquello me quedaba grande. Era superior a mí y a mi posición. Entre tanto, me lamentaba sin consuelo.

«Madre mía, no sé cómo va a acabar esto. Si el exmilitar terminase desvelando algo incriminatorio... Aun así, les va a dar igual saber quiénes están detrás de los asesinatos. No imagino cómo se puede parar los pies a alguien que dispone de una tecnología tan avanzada. Tanta puta peli de invasiones y destrucción del planeta..., como no nos espabilemos, al final va a terminar sucediendo de verdad».

La atención de mis pupilas voló en una línea horizontal hasta toparse con el brillante césped que adornaba los aledaños de la jefatura de policía; allí permaneció clavada en un intento fracasado de encontrar para mí la paz. Una

vez más, no supe frenar mis agitados pensamientos.

«Dios Santo. Si llegase la escasa información que dispongo a manos de cualquiera..., podría despertar el pánico entre la población.

En fin..., será mejor que vaya mirando un hotel donde pasar la noche. Aunque no lo reservaré todavía, no vaya a ser que tengamos que salir corriendo a otro lugar».

El teléfono sonó sacándome de mi marabunta mental. *«Robert... Querrá saber si hemos averiguado algo. Joder».* Descolgué.

—Hola.

—¿Qué hay? ¿Va todo bien?

—Sí. Estamos en California.

—¿Tú estás bien? ¿Te tratan bien esos dos detectives? —Su pregunta me hizo sonreír. Desconocía la impresión que pudiera tener de ellos, sin embargo, algo me decía que les guardaba algo de recelo; sobre todo a Idris.

—Sí —dije distraída. En pocos segundos, la voz de Robert consiguió transmitirme la serenidad que buscaba minutos atrás. Su tono se convirtió en un zumbido melódico, un bálsamo que logró transportarme al borroso paisaje que ofrecían mis pupilas desenfocadas. El sol traspasaba los cristales del vehículo provocando un efecto invernadero muy agradable. Y mis ojos se quedaron así, perdidos en la nada, hasta que de pronto, percibieron de soslayo una pequeña mancha familiar en movimiento. Se trataba de Cameron abandonando el edificio a toda velocidad.

«¿Dónde irá? ¿E Idris?»

—Ummm..., ¿vosotros qué tal estáis? —cuestioné, tratando de no darle importancia y centrarme de nuevo en la conversación que mantenía con mi cuñado.

—Aquí vamos...

—¿Cómo está Kevin?

—Sigue afectado. Lleva unos días que apenas prueba bocado. Habla con su hermana pero no parece ser suficiente consuelo. —Tenía la voz quebrada,

sentí que había estado llorando.

—Pasará, Robert. Antes o después, el dolor pasará. Sé cómo os sentís.

—Lo sé.

—No imaginas cuánto hecho de menos a tu hermana. Joder, Elisabeth, todo giraba entorno a ella. Era mi mundo —balbuceó como un niño pequeño.

Suspiré sin saber qué decir. El afecto que yo sentía hacia mi hermana era totalmente distinto al que ellos atesoraron a lo largo de sus años de matrimonio. Imaginé estar en su pellejo, y el dolor fue más intenso al propio que pudiese padecer. Solo haber perdido al gran amor de mi vida podría equipararse al suyo.

—Es muy pronto aún, Robert. Necesitamos tiempo para poder superarlo. Especialmente tú. Y sé que ver a tus hijos penar de nuevo por una muerte cercana te afecta, que te sientes responsable de su felicidad e impotente al mismo tiempo por no poder hacer nada para subsanar su agonía; pero no es tu culpa. —Un sonido nasal me dio a entender que seguía escuchando—. Intentaré regresar pronto y pasar con vosotros esos días de vacaciones que os prometí.

—Tranquila, sabemos que estás trabajando. Pero sí, cuando puedas pásate a ver a los chicos, necesitan recordar el amor de una..., bueno, de una figura femenina que se preocupa por ellos.

IDRIS FISCHER

Mientras Cameron acudía al nacimiento de su segundo hijo, yo —aun sabiendo que Elisabeth aguardaba en el coche— fui a mi despacho a descansar unos minutos. Supuse que nos vendría bien unos instantes de soledad para asentar lo sucedido en las últimas horas.

Apoyé los codos sobre la mesa y reposé la frente entre mis manos entrelazadas. Cerré los ojos y me dejé sumergir en mis temores.

«¿Ovnis?»

Una parte de mí siempre supo que habría vida inteligente fuera de este planeta, pero también pensé que tendrían una cierta moralidad, que no serían unos asesinos sanguinarios sin escrúpulos. Al menos algún ser en el universo debería atesorar mayor conciencia de la que, por lo general, gozamos los humanos.

¿Y si Enrique Paz tiene razón y no son extraterrestres? Él confía en ellos.

«Hay más especies —dijo—, pero no tengo datos contrastados que ofrecerles...». Y se queda tan a gusto el colega.

Madre mía, esto parece la puta guerra de las galaxias. ¿Más de una raza en nuestro planeta; interactuando con personas; haciendo, entrando y saliendo a sus anchas? Nos faltan las naves espaciales y el sable de luz.

Imaginé a Cameron cubierto por una capa y una túnica hasta los pies, y colgando de su cinturón de *Jedi*, en vez de la reglamentaria, una espada láser a lo *Anakin Skywalker*. El broche de oro fue ver la imagen de Roussee en el papel de princesa *Amidala*, con los moños en forma de rosquillas gigantes pidiéndole a su marido cordura. No pude reprimir una risotada lamentándome de mi desvarío. En cambio, a pesar de todo la idea no me desagradó. «Sería la hostia ser un *Jedi*. —Era una idea muy atractiva, la verdad».

«En fin...».

Traté de olvidarme de aquellas gilipolleces y volver a centrarme en el caso.

Se me escapó un suspiro agotado.

«Si es cosa de alienígenas entrará el FBI; es posible que hasta nos aparten de la investigación».

Sin embargo, no estaba dispuesto a ello; y al parecer Bakewell tampoco. Mi mente evocó sus últimas palabras antes de abandonar el despacho:

«—De momento no diremos nada. Hablad con ese exgeneral y a partir de ahí decidiremos cómo proceder. No alertaremos a las demás autoridades basándonos solo en especulaciones.

Tenemos que conseguir algo tangible».

Abrí el portátil y busqué: casos de personas «fundidas» con distintos fuselajes: nada. Con carrocerías: nada. Casos de personas fusionadas a metales: cero.

Me froté la frente como si fuera a salir un *genio* de mi cabeza. Necesitaba ideas que me condujeran a alguna parte. «¿*Desapariciones...? No, me van a salir miles de registros. El ufólogo mencionó Roswell. Y John Breen pertenecía a las fuerzas armadas. Quizá encuentre algo buscando casos relacionados con desapariciones militares*».

Teclé: casos de desapariciones militares misteriosas. Y comencé a examinar entre los resultados arriba y abajo desesperado. De un archivo fui a otro, luego al siguiente; los descartaba sin apenas leer un par de líneas. No sabía qué buscaba, creo que tan solo dejaba que mi instinto guiase la batida. De pronto, entre ventana y ventana, hallé un enlace. «El enlace». Pinché sobre él y la primera imagen que filtraron mis ojos le provocó un vuelco al corazón. Por fin tenía lo que buscaba.



CAPÍTULO 21

JOHN BREEN

IDRIS FISCHER

Bajé a toda prisa las escaleras de la jefatura de policía encaminándome con diligencia al coche; aún aguardaba Elisabeth dentro.

Al verme, una bonita sonrisa se le dibujó en los labios. Sin embargo, no pude devolvérsela. Estaba nervioso, compungido. Debíamos salir de allí lo antes posible, dirigirnos prestos a la dirección que mis compañeros nos habían proporcionado de la casa del exgeneral John Breen.

—¿Conduces? —dije tras abrir la puerta correspondiente al sitio que ella ocupaba.

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—¿Conduces? Ahora te lo cuento por el camino.

—Sí —asintió aturdida con el ceño fruncido y la voz apenas inaudible.

—No estamos lejos. A poco más de una hora habremos llegado.

—¿Y Cameron? Lo vi salir corriendo hace unos minutos...

Se apeó del vehículo y permaneció estática frente a mí. Sus ojos observaban los míos con temor.

—Cameron está de permiso un par de días. Su mujer ha roto aguas y debe acompañarla.

En ese instante, noté cómo sus pupilas adquirirían, en medio de la aprensión, un ligero brillo acuoso. «*Al menos una noticia buena en mitad de este infierno* —debió pensar—. Percibí en su rostro cierto sosiego.

—No va a ser todo malo, ¿no? —pregunté con cariño. Ella siguió inmóvil ante mí. Yo continuaba agitado. La tomé del brazo haciendo además de abrirme paso, con la intención de acomodarme en el asiento y que de ese modo ella ocupase el mando del vehículo. Pero ninguno nos movimos. Por un instante sentí un gran desconcierto al no saber qué podría estar pasando por su cabeza, y de pronto, aún aferrado a su anatomía, paré en seco mi voluntad y mis movimientos.

—¿Prefieres que vaya yo? ¿Quieres quedarte? —Elisabeth guardó silencio. Terminó apartando la mirada de la mía y la dejó escurrir hasta fijarla unos centímetros más abajo, a la altura de mi pecho—. En serio, no tienes que venir si no quieres. Puedes quedarte en mi despacho, en mi casa, en un hotel o donde tú quieras.

»Entiendo que todo es muy estresante y te haya impresionado. Además, intuyo que también estarás cansada... —Ella no decía nada, ignoraba si pensaba en qué hacer o conteniendo sus emociones—. En serio, Elisabeth, solo deseo tu bienestar. No tienes que hacer nada que no quieras.

—Sí, Idris, estoy, entre otras cosas, agobiada, pero siento que debo seguir a tu lado y ayudarte en todo lo que pueda. Además, no te voy a dejar solo; sé que tú no lo harías.

Elevó de nuevo el semblante, esas grandes pupilas circundadas por sus acristalados iris color chocolate en busca de las mías; aquellos ojos, humedecidos, hablaban con sinceridad. Deseaba ayudarme. Y, no pude evitarlo; no quise evitarlo. Antes de ocupar cada uno nuestro asiento, sin pedirle permiso, la abracé con fuerza.



—¿A dónde nos dirigimos? —cuestionó Elisabeth ya al mando de mi ‘Tesla’.

—6938 Rawley Way, Elk Grove.

—Eso está en...

—Sacramento.

—Ok. ¿Y qué hay allí?

—Vamos a hacer una visita al famoso militar que Enrique nos citó.

Sin decir nada, echó marcha atrás y tomó la recta en dirección a nuestro destino.



Nos encontrábamos próximos al lugar indicado. Rondaban las dos de la tarde.

—¿Y si no está? —preguntó Elisabeth por el camino.

—Lo esperaremos.

Entramos en la adinerada zona residencial: una urbanización de considerables casas unifamiliares y agraciadas parcelas ajardinadas. A sus entradas, elegantes vehículos adornando algunos garajes, escaparate del nivel adquisitivo de cada unidad familiar.

—6938. Es aquí —indicó Elisabeth.

Observé a través del cristal de mi asiento.

—Bonita casa.

Aún desde el coche, a nuestra derecha se alzaba una atractiva construcción de ladrillo a dos colores: la parte de abajo jaspeada, y la de

arriba lisa, uniforme, en un tono gris tostado. Convirtiéndose en la perfecta amalgama del conjunto: dos grandes puertas de acceso en color marrón castaño. Le calculé unos cuatrocientos metros cuadrados. Se veía cercada por un esmerado jardín del que sobresalían varios setos moldeados en forma de figuras geométricas. A la derecha, presidiendo la entrada y rompiendo la planicie de un césped perfectamente cortado: una pequeña palmera de un metro de altura aproximadamente. A diferencia de muchas de las anteriores, su entrada al garaje lucía libre de automóviles. No sé por qué, dicho detalle me llevó a dudar de si tendríamos suerte o nos veríamos obligados a posponer nuestro encuentro.

—Vamos —demandé. Aquella escena me recordó a los años de servicio junto a Jane.

Suspiré al tiempo que abría la puerta para abandonar el cálido y confortable transporte.

Caminamos en silencio hasta la puerta principal. Dirigí la atención a los pasos que iba recorriendo sobre el gris empedrado, convirtiendo el paseo en una especie de rezo con el que, si mis convicciones lo permitiesen, hubiera implorado a alguna divinidad que la visita nos condujera a alguna pista fiable y definitiva. Pero no, no estaba por la labor de encomendar los logros de nuestra investigación a algo externo y de dudosa existencia. Guardaba la creencia de que nosotros mismos éramos los únicos responsables de nuestro destino, los únicos capaces de hacer y deshacer, de crear o destruir, de realizar el bien o el mal. Sin embargo, por lo general el ser humano necesita aferrarse a una deidad superior a sí, alguien a quien implorar o hacer responsable de sus desgracias. Para muchos, es más fácil vivir pensando que ellos no tienen el control, a que están a merced del azar. Lo contrario supondría un compromiso para el que aún no están preparados.

El dedo índice de Elisabeth se posó en el timbre de la puerta principal. Tras una suave melodía acampanada, la puerta se abrió; la espera fue breve. Un hombre de unos setenta años apareció tras la gruesa lámina de madera y acero.

—Buenas tardes, soy el detective Idris Fischer, de la jefatura de policía Daly City en San Francisco. Buscamos al señor John Breen.

—Soy yo, agente. ¿En qué puedo ayudarles?

—Si es tan amable, necesitamos hablar con usted unos minutos.

—Por supuesto. ¿Quieren pasar?

El hombre dio un paso atrás reforzando su invitación.

—Sí, gracias.

Cedí el paso a Elisabeth. Una vez en el rellano, nuestro anfitrión nos dirigió a una amplia sala. Mis ojos volaron a la chimenea que presidía en mitad del comedor. Tras ello, un vistazo rápido me permitió apreciar la claridad de aquel lugar; inusual en esa época del año. Aun así, la luz entraba con fuerza por los ventanales, atravesando las ondulantes y finas gasas que cubrían el cristal. El tinte de las paredes unido al apacible crepitar de la madera en el fuego, aportaba una sensación agradablemente acogedora y hogareña. Frente a las hipnóticas llamas, en mitad del salón nos aguardaban unos amplios sofás, los únicos testigos de la conversación que mantendríamos con el exgeneral.

—Ustedes dirán —expresó el hombre acomodándose en un sillón individual, en perpendicular a nosotros.

Traté de resumirle el caso sin entrar en grandes detalles. Lo que sí hice, fue mencionarle que nos encontrábamos allí a sugerencia del investigador Enrique Paz.

—Lo conozco —afirmó orgulloso. Por un momento me quedé sin palabras.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace dos años; nos hemos visto en un par de ocasiones. —«¿Y no fue capaz el muy mamón de decirnos nada...?» —Suspiré alzando las cejas—. Investiga el fenómeno ovni desde que era un chaval y pensó que yo tendría algo de información para él.

—¿Y fue así?

—Sí. Algo pude ofrecerle —declaró ufano.

—Bueno, en realidad no sabemos si nuestro caso guarda algún tipo de

relación con extraterrestres.

—No sé por qué me da la sensación de que lo ven bastante probable, ¿me equivoco?

—No lo descartamos. —Observé sus ojos verdes con detenimiento, los mismos que con una simple mirada expresaban que a lo largo de su vida vieron demasiadas cosas; quizá algunas de exorbitante turbiedad—. El señor Paz se limitó a cuestionar si conocíamos el caso Roswell, después de ello, salió su nombre a relucir.

—¿Y bien? ¿Lo conocen?

—La verdad, por lo que a mí concierne, solo estoy al tanto de los rumores que ocuparon durante años el pensamiento y las ilusiones de los más creyentes. Por el contrario, mi intuición me dice que aquello de las autopsias fue una invención y una burla.

—No se equivoca, agente Fischer. Fue un bulo, una distracción. —Hizo una pausa y examinó nuestros rostros achinando ligeramente los ojos—. Sin embargo, en Roswell sí cayó una nave extraterrestre.

—¿Puede decirnos más? —reclamé al ver que guardaba silencio pensativo.

—Podríamos estar hablando del tema hasta mañana, detective. ¿Tienen alguna pregunta concreta al respecto?

Su amabilidad inicial se torció de repente en una actitud déspota. Giré el rostro en busca del de Elisabeth, sentada a mi izquierda. En sus pupilas lo pude ver claro: no eran invenciones mías; el tono con el que formuló esa respuesta tampoco le había agradado a ella.

—Señor Breen, nos gustaría enseñarle las fotografías de algunos occisos.

Empecé mostrándole las imágenes de Ryan y Philips; las otras, las reservé. Omití fechas, lugares dónde fueron hallados los cuerpos..., cualquier dato relacionado con las víctimas. Era él quien debía facilitarnos información, no al revés.

El veterano observó las estampas; no se inmutó.

—¿Tiene idea de cuál podría ser el arma homicida? —interrogué pausado.

—Me atrevería a decir que esas amputaciones han sido hechas con un láser.

—¿Un láser? —repetí con intención de que siguiese hablando. Enmudeció. Comenzaba a ponerme nervioso.

—¿Cree que ese tipo de «aparato» podría provocar agujeros de ese calibre en un cuerpo humano?

—Sí.

De nuevo, silencio.

«Qué bien, ahora nos va a responder con monosílabos».

—Debería tratarse de uno con unas dimensiones considerables —continuó Elisabeth al ver mi gesto iracundo.

—Señorita O'Connor, no es cuestión de dimensiones, es cuestión de potencia, de desarrollo. Hay tecnología muy potente, extremadamente avanzada, encapsulada en aparatos mínimos. A eso se le llama adelanto tecnológico.

—¿Nos está hablando usted de nanotecnología?

—Está usted muy al día, ¿no?

—Trato de estarlo.

—¿Conoce algún laboratorio que esté ahora trabajando con algún láser de esas características? —interrumpí de la forma más educada que pude a pesar de tener ganas de mandarle a la mierda.

«No entiendo cómo el ufólogo se ha podido entrevistar dos veces con este elemento».

—No, detective, no estoy al tanto de lo que hacen los laboratorios —respondió con retintín.

«Ya me has tocado los huevos».

—A ver, dejemos las cosas claras. Necesitamos información para

resolver un caso muy importante y usted, si dispone de ella, nos la va a dar. ¿Ha entendido?

—Quizá si formulase las preguntas adecuadas...

—Le gusta jugar a hacerse el importante, ¿verdad? Pues yo no estoy para juegucitos. Mientras usted está en plan enigmático, otras personas están en peligro. Así que, déjese ya de gilipolleces y denos los datos que tenga para poder seguir realizando nuestro trabajo.

—Está bien, detective, no pretendía molestarles. Díganme, ¿qué quieren saber?

Por un momento me quedé con la boca abierta sin comprender nada. ¿Tenía algún tipo de trastorno de personalidad?

«*Joder, lo que hay que aguantar...*».

—Necesitamos que nos dé datos, cualquier cosa que crea guarde relación con nuestras investigaciones: quién puede estar manejando esa..., ¿«nueva arma»?; de dónde ha podido salir; si tiene alguna sospecha de quién puede esconderse tras esas barbaries... En definitiva, cualquier tipo de ayuda que sirva para resolver este caso.

En ese momento sonó mi móvil. Eché un vistazo por si se trataba de algo urgente. Era Bakewell, había mandado un email con archivo adjunto.

—Un segundo —requerí al exgeneral.

Abrí el mensaje y allí estaban las fotos del último cadáver hallado: el granjero atravesado por el fuselaje de su vehículo.

—¿Pero qué cojones...? —Se me escaparon las palabras entre los dientes.

A pesar de estar acostumbrado a ver muchos fiambres y de la basta explicación de nuestro superior, me impresionó contemplar el estado en que terminó ese pobre hombre. La incomprensión de cómo pudo llegar a tal lamentable fin, me revolvió la tripa haciendo que una arcada refluyese por el esófago sin llegar a mayores.

Levanté la vista del aparato y observé al curtido hombre que tenía a mi

lado. Me pregunté si en esta ocasión las nuevas imágenes le provocarían algún tipo de reacción. Elisabeth me miró con deseo de conocer qué había alterado mi compostura; llegados a ese punto, no vi motivo para negárselo. Con intención de mostrárselo a ambos, se lo tendí primero a ella. Esta se asomó e hizo un gesto cargado de repulsa y aversión. A continuación, giré el brazo hacia el veterano y le ordené que echara un ojo a la pantalla. De nuevo, la misma expresión impertérrita quedó alojada en su semblante.

—Este hombre desapareció en Texas, igual que algunas de las otras víctimas. Las heridas que presenta son totalmente distintas a las que lucían los anteriores, pero aun así, pensamos que su asesinato pueda estar relacionado con dichos homicidios.

Breen nos miró contemplativo. Quizá aquella expresión hermética encerraba algún atisbo de compasión; lo desconocía.

—Ustedes quieren información, ¿verdad? —replicó altivo.

Asentí con la cabeza.

—Creo que si han llegado hasta aquí es porque deben escuchar algunas cosas —dijo para sí con la mirada perdida en el suelo—. Veamos... Esa última fotografía... ¿Han oído hablar del expediente Philadelphia?

Al escucharle, el corazón me dio un vuelco. Elisabeth y yo nos miramos de forma automática. Sus ojos solicitaban confirmar si se trataba de lo que le mencioné en el coche minutos atrás, aquello en lo que no quise profundizar sin haber hablado antes con el exgeneral. Los míos le respondieron con una tajante afirmación.

—Muy poco —respondí con la esperanza de que en esta ocasión se explayara.

—Los últimos años de mi carrera tuve acceso a ciertos informes altamente confidenciales de los que ni siquiera el propio gobierno ha tenido constancia. Un equipo de científicos se encargaba de estudiar con sumo detenimiento y al mínimo detalle experimentos clasificados. No todos, solo aquellos que a pesar de ser frustrados o de alto riesgo, seguían suscitando el deseo de ser ejecutados, perfeccionados. —Acabada la frase recorrió nuestras facciones con mirada penetrante. Nos observó, creo que en busca de una

señal con la que animarse a seguir la exposición o guardar silencio. Pero en esta ocasión fuimos nosotros quienes permanecemos impávidos. Queríamos más, y contra todo pronóstico, nos lo dio—. Está bien..., debo hablarles del expediente Philadelphia:

»El 22 de julio de 1943 se llevó a cabo la primera de una serie de pruebas. El objetivo del experimento: hacer invisible un navío de las fuerzas armadas, el destructor escolta de la Armada USS Eldridge.

»El resultado... Bueno, dependería desde qué punto de vista se analice...

»Un equipo privado, ajeno al experimento, instaló lo pertinente para la práctica, entre ello, dos enormes generadores eléctricos. Llegado el momento, fueron activados, creando un campo electromagnético que hizo desaparecer al acorazado durante unos minutos tras una niebla verdosa. Los efectos en la tripulación fueron leves: apenas se quejaban de sentir fuertes nauseas.

»Aun así, como digo, no era lo esperado. El equipo de investigación realizó una serie de reajustes. El 28 de octubre de ese mismo año ejecutaron la segunda simulación abierta, es decir, probaron el experimento a la vista de todo el mundo. En esta ocasión, desapareció el barco en su totalidad. No solo se hizo invisible, sino que, entre otras cosas, se teleportó a la base de la marina de Norfolk (Virginia), a seiscientos kilómetros de la base original, donde permaneció durante quince minutos. Tras ese tiempo, el navío volvió a mostrarse en Philadelphia en medio de un relámpago azul.

—¿Buscaban...? —No supe muy bien qué preguntar para no interrumpir su exposición.

—Con aquel experimento, no solo trataban de sacar una aplicación práctica a los estudios de Albert Einstein sobre la teoría del campo unificado para hacer invisibles los barcos. Buscaban más: la desmaterialización real, la teletransportación y los viajes en el tiempo.

—¿Y lo lograron?

—Bueno... Apoyados en los estudios, investigaciones y patentes incautadas al, por entonces, recién fallecido Nicola Tesla, la Armada de los Estados Unidos comenzó a hacer pruebas. No obstante, los resultados fueron insospechados. Supongo que al no estar quien los desarrolló...

—¿Cómo...? —replicó Elisabeth cortando la exposición del militar retirado. Su sorpresa nos hizo entender que, a pesar de que el gobierno no pudo silenciar del todo el «escándalo», había personas que desconocían por completo los hechos—. ¿Y para qué cree que desearían lograr algo así? —En esta ocasión dudé de si estaba fingiendo un papel de inocencia e ignorancia para sonsacar al veterano.

—Hija, un gobierno con el poder de Estados Unidos solo podría querer esas utilidades para un único fin: usarlo como arma de guerra y convertirse en la primera y única potencia mundial.

El rostro de Elisabeth se fue tensando al ritmo en que Breen exponía sus argumentos.

—¿Controlar? ¿Someter? ¿Para eso quiere un gobierno los avances tecnológicos? —repliqué deseando no creer lo que escuchaba.

—Me temo que no me han entendido. El gobierno, es decir, los que ustedes consideran que están al frente de los Estados Unidos, no tienen la menor idea sobre ciertos «departamentos». Los que dirigen realmente la nación, son otros que están muy por encima de los políticos, el senado, el presidente o cualquier otro.

—¿Es entonces el Pentágono quien está detrás de todas esas investigaciones? —quise aclarar.

—No, ni siquiera el Pentágono está al corriente.

—¿Quién, entonces?

—Hay un departamento mucho más confidencial que el Pentágono.

—Parece que no quiere decirnos cuál es.

—No.

—¿Tampoco para qué sirve?

—Me temo que no puedo decírselo. De hecho ya he hablado demasiado. Pondría en riesgo sus vidas; y..., ustedes parecen buenas personas.

—Pero no nos ha contestado a lo anterior —replicó Elisabeth ignorando su sutil amenaza—. ¿Qué tienen que ver los experimentos de hace casi

setenta años con las recientes muertes y desapariciones?

—Como dije antes, señorita. O'Connor, desde hace algunos años se están recuperado investigaciones que fueron archivadas. Los estudios de Einstein y Tesla eran demasiado importantes como para dejarlos morir. El trabajo estaba casi hecho, solo faltaba hacer pruebas e ir ajustando las fórmulas.

—Aun así, no entiendo cómo pueden servir esos avances para la guerra.

La miré con cariño; ahora sí tuve la certeza de que jugaba a hacerse la tonta con aquel hombre.

—Hija, en la guerra no solo se utilizan armas ofensivas. A veces una buena estrategia defensiva puede suponer la victoria. Imagínese hacer llegar decenas de buques a orillas de costas enemigas cargados de todo tipo de artillería sin que ellos puedan percatarse; cuando lo hicieran, sería demasiado tarde.

»Esa tecnología, el control sobre la materia, da a su controlador poder. La gente no ambiciona el dinero por ser más acaudalada que el resto; ambiciona el dinero porque significa poder, control sobre sus semejantes, sobre el mundo.

—Pero están matando a gente inocente —repliqué mientras Elisabeth enmudecía.

—¿Y en qué se difiere de una guerra? A pesar de lo que nos hacen creer, en ellas mueren decenas de miles de personas por defender unos ideales instaurados, por mantener a salvo los intereses de unos pocos. ¿Que mueren inocentes...? Claro. Y lo seguirán haciendo hasta que el ser humano deje de ambicionar el poder por encima de todas las cosas. Para ellos, son sacrificios necesarios. Nos hacen creer que es por el bien de todos, cuando solo es por su ego. ¿Entiende ahora? Lo controlan todo. Lo que sucedió en el 43 se silenció diciendo que era un bulo creado por cuatro majaderos aburridos. —Se le escapó una risotada seca—. Y lo que está sucediendo hoy..., ¿no se da cuenta? ni siquiera la gente tiene conocimiento al respecto. Ni un solo medio de comunicación ha informado sobre ello. ¿Ve lo fácil que es manipular a la población?

—Pero no entiendo una cosa —replicó Elisabeth volviendo a destapar su madera de periodista—. Si lo que querían era controlar la materia, hacerla desaparecer, teletransportarse y viajar en el tiempo, y en octubre de 1943 lo consiguieron..., hay algo que falla ¿Por qué archivaron el experimento? ¿No habían conseguido ya lo que buscaban?

Una sonrisa ufana y compasiva se dibujó en el rostro de nuestro anfitrión.

—No. El buque desapareció en su totalidad —lo imaginé como una pompa de jabón desintegrada por un leve soplo de aire—. Luego, apareció. En efecto, se teletransportó al muelle de Norfolk y consiguieron alterar el tiempo, no solo durante los quince minutos mencionados, sino dar un salto de cuarenta años al futuro y volver. Sin embargo, la tripulación sufrió las catastróficas consecuencias: malestar, indisposición, quemaduras, mutilaciones...

—Y muertes. Tripulantes fusionados al fuselaje de la embarcación. ¿Me equivoco? —cuestioné recordando la imagen del último cadáver, ese inocente que, más que una persona, parecía un desagradable muñeco de cera atravesado por las láminas afiladas y candentes de los hierros que lo ensartaban. Tan frágil como un sueño, tan indefenso como un anciano. Ese pobre hombre pasó, sin desearlo, a ser el juguete de un grupo de mentes perturbadas.

—No, no se equivoca.

—¿Alguno tuvo rasgos de envejecimiento prematuro? —cuestioné evocando la escena del crimen de las víctimas Ernesto Alba y Anna Harington.

—Sí.

Nos envolvió un silencio prolongado.

—Necesito preguntarle una cosa más, señor Breen. —Traté de disimular un arranque de impaciencia.

—Usted dirá, agente.

—¿Por qué maneja usted esta información? ¿Qué le relaciona a usted

con todo esto?

—Tampoco puedo contestarle a eso, señor Fischer. Me debo a un contrato de confidencialidad.

—¿Y por qué nos ha contado lo anterior? —replicó Elisabeth.

—¿El qué? ¿Lo que pasó hace años con un experimento que la mayoría de la gente conoce? ¿Qué existe un departamento secreto al margen del gobierno de los Estados Unidos, del que ni siquiera he dicho el nombre o qué competencias tiene? No, realmente no les he desvelado nada.

No pude evitar fulminarle con la mirada. ¿Acaso estaba jugando con nosotros?

Respiré hondo en un nuevo intento por mantener la compostura, no lográndolo así con mi tono, que se alzó tajante, seco, exigente.

—Volvamos al principio. ¿Por qué Enrique Paz nos mencionó Roswell?

—Pensé que se había olvidado de eso, detective.

—No, señor, suelo tener buena memoria.

—¿Usted qué cree?

—Dígame usted.

—¿Su despierta mente de policía no le sugiere nada?

—Insisto, no estamos aquí para jugar a las adivinanzas.

—Está bien, pero respóndame a algo: ¿no ha pensado que quizá podamos estar recibiendo ayuda para alcanzar nuestro objetivo?



CAPÍTULO 22

DATOS

IDRIS FISCHER

Mi inconsciente se encargaba de conducir y alejarnos de la casa del exmilitar, entretanto mi parte racional se perdía en rebobinar y reproducir una y otra vez la conversación que tuvimos.

Minutos antes

—Datos, señor Breen, necesitamos datos.

—Es mejor que lo vean ustedes mismos, con sus propios ojos.

El veterano se levantó del sillón y fue al mueble que había en una de las esquinas del comedor. Cogió papel y bolígrafo y nos anotó unas coordenadas a las que nos invitó a acudir; junto a ello, un nombre.

—Aquí encontrarán el resto de las respuestas que buscan. Ahora bien, no podrán hacer nada con ellas.

Me sentí estúpido ante ese hombre que parecía divertirse con la ignorancia de la sociedad, en especial la nuestra; hablarnos como si fuésemos niños, como si se tratase de nuestro progenitor y tuviera derecho a

controlarnos. Quizá se creía con autoridad sobre el resto del planeta. Ya no sabía qué pensar. ¿Acaso tan insignificantes éramos para aquellos que poseían el poder?

Deseé que ese minúsculo papel que aferraba mi mano izquierda nos condujera a la solución, al fin de los repetidos actos aberrantes. Necesitaba acabar con aquel dichoso caso de una vez por todas. Me negaba a seguir viendo cuerpos mutilados por los caprichos de supremacía de cualquier hombre, por muy influyente que fuese. Sin embargo, a pesar de sentirnos cerca de destapar el entuerto, percibía la rabia emergiendo por dentro sin saber por qué, cada vez más intensa. Quizá motivado por sus últimas palabras antes de despedirnos: «*No podrán hacer nada*».

En la actualidad

A pesar de estar pendiente de la carretera, iba observando a Elisabeth de soslayo. La percibí nerviosa, como si se afanara en evitar que nuestras miradas se cruzasen, forzando el gesto de su cabeza para semejar estar mirando el paisaje que mostraba su ventanilla. Solté levemente el pie del acelerador, aprovechando que la carretera se dibujaba recta como el filo de una espada, y torné mi cara para contemplar su perfil. Era bella, de eso no había la menor duda, pero aparte del físico algo más me hacía sentir vivo a su lado. La tomé de la mano con intención de saber cómo se encontraba. Estaba helada como un témpano.

—Estás fría...

—Estoy bien, solo un poco destemplada.

Fui a subir la climatización pero me frenó con una caricia.

—No es necesario. En unos minutos entraré en calor.

—Siento que estés metida en todo esto.

—No, Idris, no te disculpes.

—Si quieres dejarlo...

—No. Sabes que no lo voy a abandonar. Os voy a acompañar hasta el final.

Deseaba conocer lo que su linda cabecita estaría pensando; aunque creí adivinarlo. Aquello se había convertido en algo personal y, por supuesto, no me lo iba a reconocer. Su astucia le advertía que, de ser así, la alejaría del caso.

—En una hora estaremos en la comisaría. Descansa si quieres.

—Sí, me vendrá bien.

Se acomodó girando la totalidad de su cuerpo hacia la ventanilla, dándome la espalda.

—Por cierto —dijo volteándose ligeramente hacia mí—, ¿por qué cuando íbamos de camino al domicilio de John Breen, no quisiste contarme todo lo que sabías del expediente Philadelphia? ¿Por qué no me dijiste lo de las personas fusionadas al fuselaje del buque?

—No quería alarmarte antes de tiempo. Encontré un artículo por casualidad justo antes de ir a verle y, por un momento, deseé que fuese solo un bulo.

—¿Sabes? No creo en las casualidades.

—No, yo tampoco.



Entramos al despacho de Bakewell. Este permanecía de pie junto a la ventana, estático, contemplativo.

—¿Qué tal ha ido la visita? —preguntó aún de espaldas.

—Ahora le cuento, señor. Déjeme que le presente primero a Elisabeth

O'Connor; es la mujer que le mencioné esta mañana.

—Encantado, señorita O'Connor —dijo dándose la vuelta, saliendo de su ensimismamiento—. Sentaos, y cuéntame, Idris.

Narré por encima lo sucedido durante la visita al exmilitar. Bakewell atendió serio, sin emitir apenas comentario alguno.

—Necesito que los compañeros averigüen qué son estas coordenadas —requerí haciéndole entrega del papel que el veterano me había conferido.

El silencio se instaló en el despacho durante unos segundos. Observé su faz sin entender por qué no decía nada; luego miré a Elisabeth, quien me devolvió una expresión de recelo.

—Idris, creo que no vamos a poder hacer nada —respondió al fin.

—¿Cómo?

—Nos estamos metiendo en arenas movedizas. Ni siquiera el FBI podría hacer gran cosa.

—¿Qué insinúa, Bakewell?

—No insinúo nada, se lo estoy diciendo bastante claro. Creo que esto se nos escapa de las manos.

—¿Pero qué dice? ¡No podemos dejarlo así! ¿No se da cuenta? Necesito ir a ese lugar. Averiguar qué sucede. Al menos, intentar hacer algo para poner fin a esta gran mierda.

—¿Tú no entiendes que es muy arriesgado? —replicó mi jefe con una entereza desconcertante.

—Me alisté al cuerpo sabiendo que mi trabajo sería arriesgado.

Oteó con suma minuciosidad mis ojos. Buscaba aquello que no iba a concederle: mi rendición. No aún. No de ese modo. Debía averiguar qué pasaba; ahora, quien lo había convertido en un asunto personal, era yo.

—Déjenos un momento a solas, señorita O'Connor.

Elisabeth y yo nos miramos confusos. En sus ojos noté desconcierto, los míos debieron transmitirle inquietud. Con cierto recelo, se levantó y la

observé caminar hasta que abandonó la sala, me giré sobre mí mismo y clavé la mirada en Bakewell. Sin decir nada, cogió una carpeta marrón que tenía delante y me la ofreció. Vacilé un instante antes de disponerme a abrirla. Trataba de adivinar qué se escondía tras su mirada y ese gesto que percibí desesperado. Al fin, aferré el fajo de papeles dejando a un lado la fina cartulina que protegía el espinoso contenido. Lo que encontré: fotografías. Decenas de imágenes espeluznantes. Comencé a pasar una tras otra. Las observé con detalle: cuerpos mutilados, decenas de ellos. De entre todos, varios mantenían una apariencia semejante a los hallados recientemente; otros, en cambio... Más de uno lucía agujeros atravesándoles de lado a lado: del cuello y la boca hasta la nuca, del estómago o el vientre hasta más allá de su columna vertebral... Incluso, varios cráneos perforados, seccionando a su paso: sesos, ojos, huesos... Sí, esos eran semejantes a los que ya habíamos visto, pero también había torsos sesgados en dos mitades, como troncos atravesados por una motosierra candente; explosionados y necrosados, sin forma de ningún tipo, quedando identificable apenas alguna que otra extremidad... Las imágenes eran impactantes, como tomadas sobre el decorado de una película de terror.

No pude evitar fijarme en sus caras o lo que quedaba de ellas; a algunas víctimas las conocía, a otras, en cambio, jamás las había visto. De dónde habrían salido, no tenía la menor idea. ¿Las fechas de sus muertes? Lo desconocía. ¿Cuántos sumaban ya? Estimé decenas.

—¿Qué es todo esto? —requerí consternado.

—Ha llegado hoy por mensajero a mi atención. Al parecer van un paso por delante de nosotros en todo momento, Fischer.

—¿De quién habla?

—En el sobre venía una nota.

—Quiero verla —exigí impaciente.

Tomó un folio que tenía boca abajo delante y me lo entregó pausado. Lo percibí preocupado.

«Avisé a sus chicos de que están metiéndose en la boca del lobo, jefe Bakewell. Si quiere que sigan con vida, será mejor que se olviden de

encontrar a los autores de las desapariciones y demás víctimas. Limítense a enumerarlas. Es por el bien de todos».

Apenas me dio tiempo a procesar el mensaje.

—¿Entiendes ahora, Idris? Las muertes que estáis investigando no son las únicas víctimas. Hay decenas más. Hay estampas de personas que ni siquiera hemos encontrado nosotros.

Aquello se perfilaba muy oscuro, como un desafío del que no quería huir.

—¿Quién le ha mandado el sobre?

—Lo desconozco.

—¿Alguien más está al tanto?

—No, nadie. Solo vosotros.

—¿Cameron?

—No. Él tampoco sabe nada.

—Bien. Mejor así. Pero escuche una cosa: ahora más que nunca necesito ir a la ubicación que nos ha facilitado John Breen.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. Si tuviésemos que dejar cada caso porque el asesino nos enviase una amenaza de muerte, estaríamos invadidos de hijos de puta sin encarcelar.

Bakewell guardó silencio, sabía que tenía razón.

—¿Y te vas a fiar de los datos que te ha facilitado Breen? —cuestionó receloso.

—No tengo otra elección, señor. Creo que a pesar de ser un gilipollas prepotente, ha querido ayudarnos. Algo me dice que pretendía concedernos la oportunidad de destapar todo esto. Quizá él nos haya entregado la única oportunidad de llegar a ese malnacido, la única vía de dismantelar estos asesinatos en masa.

Bakewell se quedó abstraído, supongo que sopesando los pros y los

contras de dejarme ejecutar lo que le solicitaba.

—No puedo darte nombres, Fischer.

—¿Qué puede ofrecerme?

—Datos. La información que solicitas. El punto exacto donde el exmilitar te ha sugerido acudir, y la ficha del nombre que te ha facilitado. Aunque si se trata de un «pez gordo», tendremos un registro limitado de sus datos.

—Es suficiente, Bakewell.

El estrepitoso sonido del teléfono de su despacho nos sacó de la conversación. Alzó la mano solicitándome unos segundos para contestar la llamada.

—Sí.

—(...)

Le sentí vacilar por unos instantes.

—Sí, pásame la llamada —contestó tras un breve silencio.

—(...)

—Está bien. Allí estaremos.

Colgó.

Sus pupilas errantes dejaban al descubierto la confusión en la que su mente había quedado inmersa. Junto a ello, su compungido rostro hizo que me recorriese un escalofrío por la espalda. Parpadeaba, con la atención perdida sobre su propia mano, la que acababa de finalizar una breve conversación que le exigía estar presente. Giré el rostro en busca de la puerta tras la que se encontraría Elisabeth. Intuí su nerviosismo a través de ella. Y en mi mente resonó vívido el timbre de sus palabras: «*no te voy a dejar solo*». «*Yo a ti tampoco —pensé*».

Al margen de lo anterior, al menos, la nota con la amenaza me sirvió para descartar algo: los extraterrestres no estaban detrás de aquella barbarie.



CAPÍTULO 23

UNA NOCHE A SOLAS

ELISABETH O'CONNOR

Apoyé la nuca en el reposacabezas de mi asiento. Una coctelera llena de cansancio, pensamientos e incertidumbre robaban mi quietud. Miraba al frente sin fijar la atención en ninguna parte, sin capacidad de enfocar las imágenes que se dibujaban en el horizonte.

Por unos minutos olvidé dónde me encontraba, junto a quién iba, hacia dónde nos dirigíamos.

Incliné ligeramente el rostro a la izquierda, para contemplarle a través del espejo retrovisor. A la vista: un bello antifaz de castaños luceros expresando lo que sus labios silenciaban: concentrados, iracundos, reflexivos, preocupados. Su mente, igual que la mía, trabajaba excitada ante la incertidumbre que los últimos acontecimientos acarrearían. Temí que en cualquier momento el caso le sobrepasara.

—¿Estás bien? —le pregunté con cariño.

—Sí, solo... Pensaba.

Ahí acabó nuestra conversación.

Por mi parte, solo deseaba llegar a su casa y acostarme, olvidarme de todo hasta el día siguiente.



Imitando la visita acelerada a un museo, me enseñó su piso e indicó cuál sería mi cuarto.

—Necesito una ducha; supongo que tú también querrás darte una antes de cenar algo —sugirió distraído. No tardé en meditar la respuesta.

—Estaría bien, sí.

—Tienes toallas limpias en el armario del cuarto de baño.

—Gracias.

Solté el escaso equipaje y busqué algo de ropa limpia para después. Me desvestí y corrí a deslizarme bajo el fuerte chorro de agua caliente. El vapor creó una fina capa de niebla en la estancia. Respiré hondo, empañando de humedad el interior de mi cuerpo. La presión del líquido sobre mi espalda fue desanudando la tensión que había en ella. Imaginé estar compartiendo la relajación de aquel instante con Idris.

IDRIS FISCHER

La ducha sirvió para olvidarme durante unos minutos de la práctica totalidad del mundo; salvo de una cosa: Elisabeth. Ella emergió convirtiéndose en el núcleo central de mis pensamientos, alzándose como una diosa en una contundente marea de sensualidad. La combustión del agua acarició mi dermis con sensualidad, suave roce que elevó el candor de mi instinto. Congelé la creciente excitación pensando únicamente en un encuentro real con Elisabeth; la deseaba.

El tiempo en que ella concluía su ducha, comencé a rebuscar en los armarios de la cocina algo con lo que saciar parte de nuestro —mi— apetito.

Tras unos minutos, surgió detrás de mí sin apenas emitir sonido. La vi preciosa. El cabello mojado le serpenteaba por los hombros; el exceso de humedad le empapó la camiseta, ciñéndola sensual a su anatomía, insinuando las curvas de sus pechos.

No quise hablar. Hendí mis pupilas en las suyas y obtuve por respuesta una mueca de provocación, un descarado desafío a dar el paso que ya no iba a refrenar.

—¿Tienes hambre? —susurré con el cuerpo a escasos centímetros del suyo.

—Depende. —Su voz llegó como una caricia sensual.

Le pasé la mano por la cintura hasta posarla en la parte baja de su espalda. Ella realizó un pequeño movimiento buscando mi torso. Me incliné y besé su sedosa mejilla. Permaneció estática, dejándose hacer. Su aliento sobre mi cuello me elevó de nuevo la temperatura. Se me hizo la boca agua al sentirla tan cerca. Me recreé en el tacto de mis labios desde su pómulo a los suyos, en el trayecto que me conducía a conquistar la humedad de su interior. Me besó con frenética contención. El deseo aceleró el pulso de ambos. Metí la mano por debajo de su camiseta buscando el cierre del sujetador; solo hallé su piel, la cual recorrí hasta conquistar uno de sus pechos. Con la otra mano la cogí del cuello atrayéndola con firmeza hasta mí. Elisabeth abrió un pequeño hueco entre ambos y bajó la cremallera de mi pantalón. Tras ello, tiró de la prenda hacia abajo con intención de arrancármela. Luego se deshizo del suyo.

—No me has respondido —volví a susurrarle lamiéndole el lóbulo de la oreja.

—Creo que ya tienes la respuesta —afirmó en un suave gemido mientras yo deslizaba mis dedos dentro de ella. La sentí tan húmeda que no pude contenerme más y la subí sobre la mesa de la cocina y la penetré hasta alcanzar el mayor placer.



CAPÍTULO 24

ENCUENTRO CON EL CORONEL STEVE HADDON

IDRIS FISCHER
Elko, Nevada

A las ocho de la mañana tomamos un avión que nos dejó en el *Elko Regional Airport*, condado de Elko, Nevada. Escasos de equipaje, apenas lo que llevábamos puesto, anduvimos a la puerta principal; allí nos aguardaría nuestro hombre.

Recorrimos las instalaciones en fila, uno detrás del otro: Bakewell encabezando la marcha; yo, siguiendo las huellas de Elisabeth. Resultaba evidente su tensión. Caminaba rígida. El sutil contoneo de caderas al que me tenía acostumbrado se había convertido en la acción mecánica de un cuerpo envarado. Con un discreto movimiento, me puse a su izquierda y le rodeé la cintura con el brazo derecho.

—Va a ir todo bien —le susurré tras acariciarle el cabello con un suave beso.

Ella tan solo me respondió apretándome la mano; la tenía helada.

Bakewell abrió la puerta que nos conducía a la salida. Escasos metros nos distanciaban del lugar convenido. Una fuerte bocanada de aire se coló por el umbral empujando nuestros cuerpos, frenando el ritmo de nuestros pasos. Cualquiera diría que el dios Eolo trataba de persuadirnos del inminente

encuentro. Aquella borrasca que hostigaba con fuerza todo cuanto encontraba a su alcance, se encargó también de darnos una desapacible bienvenida a nosotros. La molesta humedad acrecentaba la sensación de inclemencia térmica. El frío resultaba inevitable; rozábamos los cero grados. De seguir nevando con esa intensidad, pronto aquellos copos desbocados se tornarían hielo, reclamando con un manto blanco su conquista.

—Allí —indicó el comisario con un gesto de su cabeza.

Dos vehículos esperaban estacionados al otro lado de la carretera. Achiné los ojos con intención de que mi percepción solventase la cortina de nieve y los metros de distancia que obstaculizaba mi visión, para permitirme averiguar si había alguien aguardando en sus interiores. Uno estaba vacío, el otro no. El sujeto del segundo giró la mirada en nuestra dirección, quien con descaro, observó cómo nos aproximábamos. De pronto, abandonó el auto dejando a la vista su fisonomía: un hombre alto, fornido, de mediana edad. Le calculé unos cincuenta y cinco años.

—¿Es nuestro contacto? —requerí a Bakewell.

—Sí, es él. Vamos.

Cruzamos el aparcamiento a paso ligero, resguardándonos de la borrasca y el frío como podíamos.

—Entren al coche —ordenó nada más aproximarnos. Obedecimos sin hacer preguntas.

Elisabeth y yo nos acomodamos en el sillón trasero; Bakewell, en el del copiloto.

—¿Han tenido buen viaje, agentes?

—Sí, gracias —respondió el comisario haciendo de portavoz.

—Tenemos un trayecto de unos cuarenta minutos hasta llegar al área 56; una vez en la entrada, guarden silencio, yo me encargo de todo. ¿Han entendido?

Asentimos con la cabeza, solo Bakewell le respondió con un tajante «sí». Puso el coche en marcha y durante la mayor parte del recorrido condujo sin apenas intercambiar palabra.

Me di cuenta de cómo, de vez en cuando, el hombre se quedaba mirando fijamente a Elisabeth a través del retrovisor. Creo que ella no se percató.

—¿Por qué se ha puesto en contacto con nosotros? —cuestioné tratando de captar su atención.

—John Breen me puso al corriente de sus «aproximaciones». Si querían dar conmigo, era necesario que fuese yo quien les contactase.

—Él nos facilitó su nombre —repliqué.

—Olvídese, agente, la única forma de entrar donde yo les llevo, es que alguien de dentro les filtre.

De pronto paró el coche en la cuneta.

—Bájense —ordenó seco. De seguido, abandonó el vehículo. Llevé la atención a mi izquierda al notar que Elisabeth me buscaba con la mirada. Lo más convincente posible, traté de transmitirle sosiego. En verdad, desconocía qué iba a suceder. Quizá su objetivo era el de pegarnos un tiro en la cabeza y dejarnos tirados en mitad de aquel inmenso desierto... Sin embargo, proceder así sería una estupidez. Un hombre de su posición podría deshacerse de cualquiera sin ni siquiera mancharse las manos.

—Bajemos —reiteró Bakewell abriendo su puerta.

El sujeto nos esperaba en la parte trasera del coche con el maletero abierto. Por suerte, en aquella zona no nevaba.

—Dejen aquí sus armas reglamentarias —ordenó señalando una caja donde depositarlas. Observé el amplio maletero del Chrysler. Además del recipiente de cartón, portaba varios maletines y un equipaje de mano. Miré al comisario y obedecimos resignados—. Despréndanse también de cualquier aparato electrónico que no sea imprescindible y sus documentaciones.

—Mejor dejaré el bolso entero —replicó Elisabeth airada.

—Aquí les he traído unas documentaciones falsas. En ellas figura que son científicos; del Pentágono. —Me entregó un fajo de identificaciones. Entre tantos perfiles, teníamos dónde elegir—. Menos mal que no he descartado que al menos uno de ustedes fuese una bella y esbelta señorita —comentó escaneando a Elisabeth de arriba a abajo, asemejando un baboso

repugnante. Me dieron ganas de partírla la puta cara.

»En lo que queda de trayecto, apréndanselo, será su tapadera. Al llegar a la garita, deberán fichar y dejar la documentación que les he entregado. Al concluir la visita, se la devolverán y ustedes me la entregarán de nuevo.



ELISABETH O'CONNOR

Jamás había sentido tanta tensión. Tenía a Idris constantemente a mi lado y, en teoría estaba protegida, pero, aun así, el pánico trataba de apoderarse de mí. Llevaba desde la noche anterior sin probar bocado. Ni siquiera pasar la noche con él fue bálsamo suficiente para hacerme olvidar el sinsentido del que formábamos parte, unos desde hacía tiempo, otros sin haberlo buscado.

Volvimos a nuestros asientos tras coger el señuelo que nos daría el pase a..., a un lugar que quizá resultaría el infierno. Realmente me daba muy mala espina. Intuía que después de aquella visita no podría seguir con mi vida como hasta ahora.

Me centré en mi ficha. Por suerte, había pocos datos para memorizar:

«Sara Klein Forrest

23 de noviembre de 1978.

Texas. Estados Unidos

Física especializada en partículas subatómicas».

No hacía más que pensar en la sobrina de mi directora, en las últimas imágenes escalofriantes que Idris me enseñó en la pantalla de su móvil, de los cuerpos sin vida que reposaron inertes frente a mí. No pude evitar pensar que tal vez, los siguientes podríamos ser nosotros. Se me escapó un suspiro. Alcé la mirada y me encontré con los ojos inquisidores de ese desconocido que me perturbaba. Dudé de si realmente él conocía mi cometido en todo aquello.



CAPÍTULO 24

ÁREA 56

IDRIS FISCHER

Pasado el control de acceso, el coronel Haddon nos dirigió por un enorme pasillo hasta una habitación. Supuse que sería algo así como su despacho. A nuestra marcha, oteé techos, paredes, suelo, esquinas..., en busca de cámaras de vigilancia. No detecté ninguna. Sin embargo, resultaba lógico pensar que tan solo se trataba de una apariencia. Ya nos lo advirtió el exmilitar John Breen: «Existe tecnología muy avanzada en dispositivos de ínfimas dimensiones».

Llegados a la puerta, nuestro guía deslizó una tarjeta de identificación por un lector. Este a su vez, accionó una especie de rayo color verdoso que lo escaneó de arriba a abajo.

«Bienvenido, coronel Haddon», se escuchó al tiempo que la gruesa lámina que impedía el paso a cualquier desconocido nos concedía atravesarla.

—Quiero que vean unos expedientes —expresó sin andarse por las ramas.

Abrió un armario blindado con código de acceso y tomó unos dossieres. Luego prosiguió su discurso:

—Cuando finalice su visita, van a olvidarse de la información que hayan visto aquí, de este lugar; volverán a sus antiguas vidas y se dedicarán a investigar los casos que les competen realmente, y sin hacer preguntas.

—¿Y no hubiera sido más fácil evitar este encuentro? —cuestioné

desconcertado.

—Señor Fischer, llevo mucho tiempo en este mundo, y sé que si no lo hubiese hecho de este modo, usted hubiera seguido indagando, investigando, preguntando..., en definitiva, poniendo en riesgo la vida de mucha gente. Y..., bueno, todos sabemos lo que pasaría. Su afán justiciero arrastraría a algunos miembros de su departamento a un pozo sin fondo. ¿Entiende? No solo pondría en juego su vida, agente, sino la de personas de su entorno, personas a las que usted quiere o tiene estima. Y la verdad, no creo que quiera eso ni para su amiga, ni para su compañero Mc'Grane ni otros tantos. ¿Me equivoco?

Guardé silencio. Sin darme cuenta le observaba ceñudo, con los ojos entrecerrados. Escupía sus amenazas sobre mí sin que pudiese hacer nada. Ambos éramos conscientes de mi situación de desventaja, de que aquel juego era para profesionales y yo, sin embargo, estaba en otro nivel, el de aficionados. Una ola de rabia e impotencia me encendió por dentro, elevándome la temperatura corporal.

—Sí, detective Fischer, lo conozco todo acerca de usted: dónde ha vivido, las enfermedades que ha padecido desde niño; quiénes son sus familiares, sus amigos..., todo acerca de su trabajo, sus estudios, sus números de cuenta bancaria... Absolutamente todo. —Me observaba impertérrito; yo continué en silencio como a un niño al que sus padres le echan una reprimenda.

»Hace dos años archivaron un caso similar al que ahora tienen abierto. ¿Por qué cree que lo archivaron, que no encontraron pruebas? ¿Acaso piensa que solo hubo esa víctima? No. Usted ya sabe que hubo muchas más. Pero no se preocupe, todas fueron necesarias.

—Es usted un déspota. —Escupí las palabras con rabia contenida. En ese momento, sentí en la palma de mis manos cómo las uñas labraban la huella de mi impotencia.

—Creo que todavía no lo entiende. Pero tranquilo, lo hará muy pronto. Cuando acabe su visita lo verá todo con otros ojos.

No añadió más. Extendió los expedientes encima de una gran mesa.

Algunos los abrió, dejando al descubierto imágenes que me resultaban demasiado familiares. De otros apenas leí por encima: fechas, frases sueltas, títulos identificativos de experimentos desconocidos...:

—«*Expediente Flashback (...)*». 12 de enero de 2013: salto en el tiempo programado durante cinco horas...»; «... desintegración de aeronave en estado de reposo...»; «julio de 1947: incautación de material extraterrestre en Nuevo México»; «...con éxito la prueba de suspensión de los objetos...»; «número quince en referencia a la desmaterialización de...»; «...biocontrol nanotecnológico en animales...»; «...acuerdos confidenciales con los...».

La lista era larga y mi atención no daba más que para ojear superficialmente lo que tenía delante; saltaba de carpeta en carpeta sin saber qué pensar. A mi lado, Elisabeth rebuscaba entre la variedad de archivos, expedientes y documentos que Haddon nos acababa de entregar. Dudo que ella pudiese retener en su memoria más datos que yo. Por su parte, Bakewell se mantenía más comedido. Ni siquiera hizo intención de coger ningún dossier. Me extrañó su comportamiento.

—Es la hora. Acompañenme, he de mostrarles algo —nos indicó Haddon.

Al ver que mis compañeros permanecían callados, asentí con un leve ademán. Apiló todos los documentos y los devolvió al armario. Luego, nos instó a seguirle.

Atravesamos el mismo pasillo que nos había visto llegar, pero esta vez continuamos por él hasta alcanzar el final del corredor. Allí, se abría otro en perpendicular, al que accedimos de nuevo gracias a su identificación. Después, tomamos un ascensor de enormes proporciones. Me recordó a los que tienen los hospitales: metálico, sin espejos, con espacio suficiente como para transportar camillas y objetos de grandes dimensiones.

Descendimos seis plantas. Jamás pensé que aquello pudiera tener tal profundidad. Al salir, el aspecto del recinto se transformó considerablemente. Parecíamos estar en un bunker. Las paredes eran oscuras. En algunos tramos

se veían muros de un metal semejante al del montacargas. Caminamos durante un par de minutos recorriendo galerías. En un lateral quedaban al descubierto amplios ventanales que pertenecían a pequeños laboratorios aislados. En realidad, toda aquella planta correspondía a un laboratorio, distribuida en una inmensa sala y pequeñas oficinas independientes.

—Ya llegamos, señores —anunció «nuestro guía».

Un par de minutos más tarde, apareció ante nosotros una vasta puerta. Y de nuevo, gracias a su identificación conseguimos atravesarla.

Lo que vimos y sucedió al otro lado...

En mitad del recinto, se hallaba una enorme explanada vacía. A los extremos de esta, decenas de pantallas, ordenadores, equipos tecnológicos de todo tipo. A su manejo, alrededor de quince personas yendo y viniendo de aquí para allá. Les percibí expectantes. De su frenética actividad destacaba la atención que prestaban al centro de la habitación. Allí fijamos también la nuestra.

Haddon nos hizo parar a unos metros de distancia de los técnicos. Además de no interrumpirlos, desde esa posición lo podíamos observar todo con una perspectiva inmejorable.

—Estén atentos —indicó el coronel.

De pronto, como por arte de magia, como si la gravedad no le afectase, como si fuese un juguete colgando de unos hilos transparentes, apareció una gigantesca nave de aspecto extraterrestre suspendida en mitad de la sala. Apenas emitía sonido alguno. Me recordó al ovni que vimos unos días atrás en nuestra visita a Mount Shasta. Mi cara de asombro no tenía precio. Pero, aun así, a pesar de la sorpresa, no fue el objeto en sí lo que me impresionó. Ya había oído rumores de la existencia de un aparato semejante en el área 51... Lo que me impactó en realidad fue ver cómo un bicho de esas dimensiones se materializaba de la nada, delante de nosotros.

—¿Eso es una nave de verdad? Es decir, ¿no es un holograma como en las *pelis*? ¿Está ahí realmente? —preguntó Elisabeth aturullada.

—Hace buenas preguntas, señorita O'Connor; se nota que ha ejercido mucho tiempo de periodista.

Elisabeth me miró nerviosa, la sentí palidecer. Traté de transmitirle sosiego con un pequeño gesto que el coronel no vio.

«Me temo que va a ser cierto que lo saben absolutamente todo acerca de nosotros».

El hombre siguió hablando:

—La respuesta es sí. Tan real como que están ustedes en este hangar.

—De modo que lo han conseguido —afirmé incrédulo—. Al final han obtenido los resultados que esperaban del antiguo experimento Philadelphia.

—Más o menos, agente. Digamos que hemos hecho algunos avances.

—Pero ¿cómo?

—No ha sido fácil, pero, gracias a una información extra, podemos decir que después de casi setenta años, al fin hemos logrado controlar la materialización y desmaterialización de los objetos. Cada día estamos más cerca de lo que necesitamos.

»Por cierto, ya que están aquí, les presentaré a alguien.

Clavé mis ojos sobre los suyos de forma penetrante. Él volteó el rostro en busca de un hombre que había entre el resto de los investigadores y científicos. Se giró uno de ellos; uno que en ese momento se encontraba trabajando de espaldas a nosotros. Con una simple mirada de Haddon, dejó sus actividades y comenzó a aproximarse.

Caminaba..., mejor dicho, se deslizaba. Bueno, en realidad resultaba difícil de describir. Parecía hacerlo de una forma vaporosa, sutil, sin contoneo, prácticamente recto, con un mínimo movimiento de brazos, como si acariciase el suelo en vez de pisarlo. Cuando se encontró a unos metros de distancia, el científico nos saludó con una leve inclinación de cabeza. Y fue ahí, al tenerlo más próximo, cuando tuve una extraña impresión. Sus ojos almendrados ligeramente oblicuos, su tez nívea, fina y aterciopelada, su altura rozando los dos metros de altura y resto de fisonomía, me hizo sospechar que no se trataba de un humano.

Lo primero que pensé fue que se trataba de un robot. Sin embargo, el comentario del coronel me hizo dudar.

—Les presento a uno de nuestros ‘*nuevos futuros*’. Lo conocemos con el nombre de Olterang.

Fruncí el ceño oteando su rostro.

—No sé si se habrán fijado en el expediente identificado con el rótulo «Acuerdos». Creo que usted, Fischer, lo ha pasado por alto muy rápido.

—Sí, lo he visto de pasada —respondí confuso.

—Quizá pensó que se trataban de acuerdos internacionales... —comentó irónico.

—La verdad, no sé lo que he pensado. —Mi tono fue seco, no estaba para sarcasmos.

—Está bien, agente. Se lo resumiré lo mejor posible. Desde hace ocho años, una civilización extraterrestre nos está ayudando con ciertas investigaciones y progresos tecnológicos. Olterang pertenece a esa raza aliada. Podríamos decir que tiene el mismo cargo que uno de nuestros científicos, pero, sin ánimo de ofender a nuestros brillantes *cerebritos*, Olterang sería una versión *mega*, es decir, mucho más avanzada.

Me quedé mirándole con los ojos achinados. Por un momento pensé que estaba dentro de alguna pesadilla o que sufría delirios a causa de algún golpe en la cabeza que no recordaba, incluso, que me estaba tomando el pelo. Pero no, me encontraba allí y podía ver con mis propios ojos ciertas cosas que parecían extraídas de una película de ciencia ficción. En cambio, no solo el escenario me decía que aquello era real; también, mi agitado ritmo cardiaco se encargaba de advertirme de la transcendencia del asunto.

—¿Por qué querría ayudarles nadie? —espetó Elisabeth de pronto, enfurecida—. ¿Acaso no les importa que nos aniquilemos? ¿Nos tienen engañados a todos o qué?

Haddon la miró extrañado; luego nos examinó al resto. Vi en su faz cierto desconcierto.

—¿De qué está hablando? —replicó el coronel con el ceño fruncido.

—Su compañero, John Breen, nos avisó de las intenciones que tenían.

El militar comenzó a reírse de forma estrepitosa. Elisabeth lo miró perpleja. Yo observé la escena como si estuviese contemplando una pantalla de cine, hasta que por fin reaccioné.

—¡Ya basta! ¿Por qué nos ha traído aquí, coronel? —exigí, expulsando cada palabra entre mis dientes apretados, contenido.

—Sígueme a otra sala, allí responderé a sus preguntas —indicó Haddon sereno.

Por el camino, mi mente voló a diversas hipótesis que, no sabía si por la información, por claustrofobia o por lo que intuía se nos podría venir encima, comenzaron a aturdirme. Me vino a la mente nuestra conversación con el exgeneral John Breen.

«¿De verdad cuatro malnacidos van a conseguir hacerse con el gobierno total y absoluto del mundo entero? Venga ya, no puede ser... Eso nos acabaría convirtiendo en peones de una potencia que su única superioridad radicaría ¿en qué?, ¿en el conocimiento tecnológico? ¿Con tan «poco» se podría lograr tanto? Pero... Joder, no creo que puedan dominarlo todo, ¿no? A no ser que..., sí, si recurriesen a una especie de supeditación mental... Supongo que eso, con diversa tecnología, sí podrían conseguirlo. Me cago en su puta madre. Entonces, también podrían controlar nuestra autonomía, nuestras decisiones... Sí, y convertirnos en unos putos esclavos «modernos». Esclavos sin saber que lo somos, claro. Dormidos. Manipulables. Una mierda de marionetas».

—No se preocupe, agente. Por el momento esos no son los planes de este departamento —escuché de pronto.

Miré a mi alrededor desconcertado. No sabía quién me podría estar hablando. Tan solo Haddon, Bakewell, Elisabeth y yo atravesábamos el enorme pasillo por el que nos conducía el coronel, y ninguno se había dirigido a mí. Es más, todos caminaban en silencio. En cambio, aquella voz sonó alta y clara en mi cabeza, y sin duda, no eran las de ellos.

—Le hablo yo, Olterang, mentalmente.

Aquel desconocido, el supuesto extraterrestre, había prestado atención a todo cuanto surgió en mi cabeza, incluso estando a decenas de metros de distancia. Y no entendía por qué, pero se coló en mi cerebro interrumpiendo mis atormentados pensamientos. Volví la cabeza atrás mientras mis huellas seguían a las de Haddon, y lo observé estático, con la cabeza agachada como si contemplase algún objeto entre sus manos.

Traté de poner mi atención en mis pasos y olvidarme de lo acontecido.

«*Estoy paranoico...* —me dije preocupado».

—No, señor Idris Fischer. No está loco ni paranoico.

Esta vez paré en seco y me giré para observarle.

— A su civilización aún le faltan varias generaciones para alcanzar el control mental —indicó pausado.

Sus labios no pronunciaban palabra alguna. Ni siquiera sus ojos se fijaban en mí. Pensé estarme volviendo loco. La hipótesis de un golpe en la cabeza o la ingesta de algún tipo de droga o alucinógeno que no recordaba, comenzaba a tomar fuerza.

—No tema; no lo han envenenado —me «tranquilizó».

Alzó la mirada y sentí como si pudiera traspasarme con los ojos.

—Continúe andando. Le están esperando —zanjó.

Apunto estuve de desmayar, pero Elisabeth, tirándome del brazo, me hizo volver del aturdimiento.

Aquella fue la primera y última vez que «oí» a ese ser. Y más que apaciguarme, en una parte de mí se despertó un nuevo temor:

«*¿Cuántos más tendrán la capacidad de colarse en nuestras cabezas?».*



CAPÍTULO 25

CONVERSACIONES

IDRIS FISCHER

Llegamos a una habitación carente de ventanales. En su interior, tan solo había una mesa rodeada de sillones. En definitiva, parecía una sala de reuniones.

—¿Se lo dice usted, Bakewell? —replicó el coronel mirándole al tiempo que tomaba asiento.

—Está bien —aceptó en actitud reflexiva. Yo aguardé con la vista clavada en su semblante; no entendía qué demonios tendría que decirnos Bakewell. «¿Otra sorpresita? —pensé irónico».

—Al final no he podido evitarlo, Idris —se lamentó mi superior—. Te he cogido mucho cariño, ¿sabes?, siempre has sido uno de mis mejores muchachos. Por eso mismo temí darte este caso... Sin embargo, siempre tuve la esperanza de que no llegarais tan lejos. —Mi corazón empezó a acelerarse sin permiso. A cada segundo que pasaba sentía una angustia e incompreensión aún mayores.

»Pero tu obstinación... Tú nos has obligado a traerte aquí. Tenías que ver con tus propios ojos lo que se mueve en el departamento, presenciar lo sucedido hace unos minutos.

—¿De qué va todo esto? —requerí desconcertado.

—Eres un gran agente. Entregarías tu vida por conseguir las pruebas necesarias para cada sumario, por encarcelar a los criminales que se cruzan

en tu camino, limpiar las calles de asesinos..., en definitiva, impartir justicia y dar un buen servicio a tu patria. Pero lo que se mueve aquí es más importante, y ahora es imprescindible que le sigas otorgando esa dedicación a este caso, pero de una manera distinta.

Negué con la cabeza de forma inconsciente, no entendía nada, menos aún qué quería decir.

—Idris, el gobierno está trabajando en un proyecto altamente secreto que tiene por objetivo salvar a la mayor población posible —continuó. Yo, le observé en silencio, mirando de soslayo a la única que creía encontrarse en la misma posición que yo: Elisabeth. Estaban consiguiendo que me sintiese engañado, manipulado, un puto juguete al que manejaban sin ningún respeto ni pudor. Y enmudecido, totalmente mudo. Por mucho que lo deseaba mi garganta no alcanzaba a articular las cuestiones que mi mente le ordenaba.

—No es lo que tú pensabas. —Sonrió, aunque sus ojos mostraban una clara expresión de dolor—. Poco tiene que ver con lo que Breen os contó.

»El gobierno te necesita. Os necesita a ambos.

—¿Para qué podría necesitarnos *a nosotros* el gobierno? —repliqué desafiante rompiendo mi propio silencio.

—Para que se encarguen de las próximas personas que puedan aparecer sin vida. —Intervino Haddon—. Necesitamos que las incluyan en el expediente que tienen ahora abierto y que hagan la vista gorda hasta que todo esto acabe. Si no se encargan ustedes, nos encargaremos nosotros mismos. Pero ya que conocen el caso, sería una lastima malgastar su ayuda...

Subí las cejas incrédulo.

Elisabeth me miró..., muda.

—En serio, si no estuviésemos dentro de este repulsivo y escalofriante lugar —dije con una mueca de asco que no pude refrenar—, pensaría que todo esto se trata de una broma pesada.

—No lo es, hijo.

—No me llame hijo, señor. Que lo conozcan todo acerca de mi vida no les da permiso a que se crean con derechos sobre mí. Y continúe

explicándose, *jefe*, porque sigo sin entender una puta mierda. ¿Se puede saber desde cuándo trabaja usted para este puto departamento secreto?

—Desde el caso de Paul Whitman.

—¿¡Dos años!?! Pero... —Mi cabeza negaba de manera inconsciente al tiempo que recordaba algunas conversaciones recientes.

»Claro, ahora entiendo por qué siempre se mostró tan reservado. Y por qué ayer mismo nos alentó a dejar el caso diciéndonos que nos estábamos metiendo en..., ¿cómo lo llamó? ¿«la boca del lobo», *jefe*?

»¿Y las amenazas de antes...? ¿Se puede saber a qué juegan? ¿Primero nos amedrantan y después nos dicen que quieren nuestra colaboración?

—No se ponga nervioso, Fischer. Tenía que ponerle a prueba, ver hasta dónde alcanza su temple, cómo reacciona ante diversas situaciones de estrés.

—Muy bien, ¿y he pasado la prueba? —repliqué sarcástico.

Nadie contestó.

»No voy a aceptar. No puedo aceptar algo así. Está claro que no nos necesitan para nada. Podrían matarnos y poner en nuestro lugar a cualquiera de sus hombres, o robots, o extraterrestres, o lo que coño sean. Nadie es imprescindible y, viendo lo visto...

—No es tan fácil, Fisch...

—¿Por qué? —cuestionó Elisabeth afligida interrumpiendo al coronel—. Necesito saber el porqué. Si se supone que la misión de este departamento es la de salvar la vida del mayor número de personas, ¿por qué asesinar sin piedad a otras? No logro entenderlo.

—Por qué, por qué, por qué... —replicó el coronel moviendo la cabeza y gesticulando con las manos de manera reincidente—. ¿No se da cuenta señorita O'Connor? Todo son porqués. Siempre hay un motivo. Ahora bien, le contestaré con mucho gusto al «gran por qué». Nuestros científicos calculan una amenaza inminente: el impacto de un meteorito de más de un kilómetro de extensión contra este planeta. Y esta vez no pasará cerca como ya lo hizo el asteroide que nos amenazó en 2006. No, esta vez tenemos día, hora..., y lugar de la colisión: el Estado de Montana.

»Como pueden imaginar, el choque barrerá del mapa la mayor parte del continente americano, quizá más. —Elisabeth y yo nos miramos sin decir nada.

»En realidad, las consecuencias las desconocemos. Solo sabemos que afectará a todo el globo, que pondrá en jaque a todas las razas; incluida la humana.

»Desde que tenemos conocimiento del mismo, nuestro departamento se ha volcado en estudiar varias alternativas de supervivencia. Hasta ahora, ninguna ha sido lo suficientemente clara e idónea como para tomarla y centrarnos en ella.

—¿Dicen que tienen fecha? —irrupí receloso.

—Sí. 26 de octubre de 2025.

—Eso es dentro de... ¿No albergan ninguna duda?

—No —contestó el coronel.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con los asesinatos?

—Como le he dicho, estamos trabajando en diversas vías al mismo tiempo. Hace unos años recuperamos el experimento Philadelphia pensando en sus amplias y variadas aplicaciones. Ya sabe, somos humanos y nuestra naturaleza nos invita a conquistar nuevas fronteras. Nuestro instinto nos exige ir evolucionando, y con ello, alcanzar un mayor conocimiento y control tecnológico y científico; es inevitable. Pero lo que empezó como una ambición más, hoy día quizá nos sirva para salvarnos de una catástrofe histórica.

»Ya desde antes de que cayese la nave en Roswell nos ha obsesionado la posibilidad de hacer viajes espaciales, teleportarnos, controlar el tiempo..., ahora, además, poder alcanzar algún día las propias capacidades psíquicas de esas razas civilizadas que sabemos existen en el universo...

»No sé qué les diría el viejo Breen, pero desde que desempolvamos el *expediente Philadelphia*, entre otros, nunca hemos tenido intención de emplearlo con fines bélicos; salvo que fuese estrictamente necesario, claro. Pensamos que, incluso aunque nuestro mundo no corriese peligro, controlarlo

supondría un avance positivo en el progreso de la humanidad.

En aquel momento el único que hablaba era Haddon. Bakewell nos observaba a Elisabeth y a mí en silencio, supongo que evaluando nuestra reacción. En lo que a mí respectaba, en ese instante apenas tenía fuerza para nada, ni siquiera para preguntar. Después de la noticia apocalíptica, tan solo podía escuchar y tratar de asimilar el punto en que nos encontrábamos.

»Comenzamos a hacer pruebas y aquellas resultaron iguales o peores que la del destructor escolta de la Armada USS Eldridge. Pensando que el fallo se encontraba en que la carga de los generadores eléctricos no era suficiente, nuestros científicos barajaron la posibilidad de hacer un reajuste y emplear otra fuente de energía, una dosis controlada del compuesto químico empleado en las bombas de Hiroshima y Nagasaki; lo llamaron «la pila». Una vez creada, había que trasladarla del laboratorio militar en Texas a la base donde nos hallamos. Durante el desplazamiento sucedió algo que no figuraba en nuestros planes. Una nave extraterrestre surgió de la nada lanzando un rayo de luz sobre el fuselaje de nuestro aparato. Después de aquello, el ovni desapareció. En el momento en que el avión de la armada tomaba tierra, el ovni volvió a surgir en nuestro hangar sin que nuestros controles y unidades de defensa pudieran hacer nada. —De nuevo, Elisabeth y yo nos miramos con complicidad. Supuse que estaba tan impactada como yo. Ambos continuamos guardando silencio—. Lo pueden creer o no; mi intención no es la de convencerles de nada, solo la de darles la información imprescindible que les empuje a tomar la decisión de formar parte de nuestro departamento.

—En ese caso, continúe explicándose, coronel —solicité a pesar de no tener ninguna intención de colaborar con ellos. En esta ocasión le ofrecí un tono más comedido para hacerle pensar que nos estaba desarmando.

—Lo que sucedió después es largo de explicar —prosiguió Haddon—; con el tiempo tendremos la oportunidad de ponerles al día. Lo que sí les puedo adelantar es que desde aquel instante, mantenemos un acuerdo de colaboración con ellos, con esos seres que nos salvaron de hacer una atrocidad.

—¿Olterang es...?

—Sí, es uno de ellos.

—¿Qué habría pasado si no hubieran intervenido?

—Al parecer, de llevar a cabo los ensayos que teníamos programados hubiéramos desencadenado una destrucción sin precedentes.

—No entiendo cómo podían saber...

—La verdad, no lo sé. Pero sí sé que estaban al tanto de nuestra necesidad presente y futura, de la desesperación por encontrar una vía de escape antes de extinguirnos como ya pasó antaño con otros seres del planeta.

—Está bien. Antes ha dicho algo de un acuerdo con ellos. ¿Qué tipo de acuerdo? —requerí con recelo.

—Ahí está la magia. No quieren nada de nosotros; solo mantener una convivencia pacífica.

—Nadie da nada a cambio de nada —replicó Elisabeth secundando mi desconfianza.

—Al parecer ellos son distintos.

—Pero no lo entiendo; si ellos tienen lo que nosotros necesitamos, ¿por qué no nos lo dan y ya está?

—No es tan fácil. Nos están ayudando a entender la ciencia y la tecnología, pero no están aquí para hacer el trabajo por nosotros —respondió Bakewell—. A mí también me costó entenderlo al principio.

—Vale, pero siguen sin explicarnos el porqué de los asesinatos —incidí.

—¿Todavía no lo ha entendido?

—Digamos que fui el más tonto de mi promoción y necesito de sus razonamientos para asimilarlo.

A Bakewell se le escapó una sonrisita.

—Está bien. Están apareciendo cadáveres de los ensayos que realizamos hace algunos años —aclaró Haddon.

—¿Cómo...? —replicó Elisabeth aterrada.

—Hemos llevado a cabo muchas clases de experimentos; sobre todo, hemos incidido en las pruebas relativas a la desmaterialización de cuerpos, de vehículos con pasajeros...

—¿Pero si sabían que no funcionaba por qué continuaron?

—Ya, ¿y usted qué propone?, ¿extinguirnos y punto? —objetó Bakewell mirándola fijamente.

Agachó la cabeza resignada.

—Entonces, los fogonazos en el cielo que atestiguaron algunas personas, eran...

—Eran naves del departamento secreto del área 56; parte de nuestra maquinaria de pruebas.

—Joder —espeté con un suspiro—. Está bien, ¿y quién está al tanto del inminente cataclismo?

—Lo desconocemos —confesó el coronel Haddon.

—¿Me está diciendo que no han dado aviso alguno al resto de naciones para que hagan algo?

—No.

Elisabeth me clavó sus ojos conmovida. Su expresión descompuesta lo decía todo.

—¿Y han pensado comunicárselo en algún momento? —cuestioné con esperanza.

—Supongo que sí. Pero de momento debemos permanecer en silencio... —El coronel observó a mi compañera—. Porque no queremos que estalle el pánico antes de tiempo —respondió adelantándose a lo que parecía le iba a preguntar a continuación.

—Está bien, ¿qué quieren de nosotros? —accedí ante lo inevitable, deseoso de que acabase aquella entrevista de una vez.

—No me gusta volver a las amenazas, pero debo hablarles claro. Ahora conocen demasiado como para fingir que aquí no ha pasado nada. No podemos dejarles marchar sin saber que están dispuestos a colaborar con

nosotros.

Elisabeth me miró compungida, tenía los ojos vidriosos pero mantuvo la entereza.

—Ustedes dirán.



CAPÍTULO 26

REESTRUCTURACIÓN

IDRIS FISCHER

El cansancio comenzaba a hacer mella en mi cuerpo y en mi capacidad de razonar. Innumerables cuestiones surgieron después de la intensa visita al departamento secreto del área 56. Por suerte, tanto Elisabeth como yo formulamos las imprescindibles antes de abandonar el recinto.

Lo tenían todo hilado hasta en el más mínimo detalle. Y, una vez más, me dejaron asombrado ante la información que manejaban sobre nuestras vidas.

Horas antes

—Agente Fischer, como le dijimos anteriormente, podrá proseguir con su vida como hasta ahora —explicó Haddon convencido de que ya me tenía en el bote—. No hace falta que cambie de domicilio ni de comisaría, tan solo de compañero.

Achiné los ojos tratando de imaginar el futuro de mi colega.

—¿Qué pasará con Cameron?

—Su amigo será redirigido a un nuevo caso, algo más..., «típico». Y le asignaremos otro compañero. Acaba de ser padre y queremos que disfrute de su familia.

«¿Se lo habrá dicho Bakewell o también conocerán su vida al dedillo?»

»En realidad, esto le quedaba grande —sentenció Haddon.

»Respecto a usted, señorita O'Connor, podrá lucir su placa de policía mañana mismo.

«¿Su placa de policía? —Se me dibujó una sonrisa irónica en el rostro—. ¿Acaso ahora se regalan como si fuera esto una puñetera tómbola? —No pude contenerme».

—¿¿Su placa?? —inquirí ceñudo.

—Muy bien, señorita O'Connor —espetó Haddon con cierto aire burlón—, veo que no se lo ha contado.

Miré a Elisabeth y noté su faz palidecer.

—Hace años su amiga se presentó al examen de acceso al cuerpo de policía y... —explicó Bakewell—. Bueno, el resto que se lo cuente ella. —Alzó las cejas y sonrió como quien ha conseguido salirse con la suya—. Ya que en su día tuvo intención de trabajar en una comisaría, ahora va a poder hacerlo. Gracias a este caso van a pasar muchas horas juntos.

«No puede ser poli. Debió dejarlo antes de acabar las pruebas de acceso; además, si no, no se hubiera metido a trabajar como periodista. Debió ser más inteligente que nosotros y ver que este mundillo está corrompido desde los cimientos».

—¿A qué se refiere? —cuestionó sobresaltada la que me tenía preso, haciéndome olvidar mis propios pensamientos.

—A que usted será, definitivamente, la nueva compañera del detective Fischer. —Bakewell elevó el mentón para señalarme—. Llevarán juntos el expediente, fingirán que siguen recabando datos, que investigan las muertes de aquellas personas que, sin saberlo, están prestando un gran servicio a su

patria.

—¿Puedo negarme? —demandó ella.

«¿Ves? Definitivamente, no es poli. Este mundillo no le gusta».

—Me temo que no. Entenderá que a partir de ahora solo tiene dos alternativas: o trabajar para nosotros o... —Elisabeth lo observó impasible. No le dio replica—. Se ha acabado eso de informar al mundo de lo que sucede.

»Piénselo, hará mejor servicio a la sociedad a nuestro lado. Además, valore la propuesta; es bastante buena: serán compañeros, tendrá más días de descanso, podrá disfrutar de esos días de vacaciones que tenía pendientes con su familia, triplicará el sueldo... Pero, una empresa así requiere de ciertas obligaciones: desde hoy ambos están vinculados —matizó, lanzándome una mirada fugaz—, de por vida al más estricto contrato de confidencialidad. Lo que pase aquí o guarde relación con este lugar, con las personas que trabajan dentro..., es información reservada y si incumplen esto... Ya saben, la vida puede ser muy larga si no se juega con fuego.

Hizo un silencio. Los demás tampoco dijimos nada. Yo no hacía más que observar a Elisabeth, no alcanzaba a entender realmente lo que sucedía. ¿La iban a obligar a ser mi compañera, y trabajar en este caso? ¿Estaban locos?

«Dios Santo, quiero despertar ya de esta puta pesadilla...».

»Francamente, señores, a mí me parece una oferta inmejorable: su vida al servicio de la salvación de la humanidad.



ELISABETH O'CONNOR

A pesar de las sutiles palabras del coronel Haddon, las amenazas estaban presentes a cada instante. Aquello no era ninguna broma. Querían de verdad que acompañase a Idris en el caso. ¿Sus motivos? Los desconocía. Supuse que resultaría más fácil continuar con personas que ya conocían a implicar a otros. Por lo expuesto, había poco que hacer. Tan solo mantener la confidencialidad del caso, es decir, fingir. Algo que al parecer llevaba haciendo durante años el comisario Bakewell.

Idris me observaba en silencio. Hubiera deseado saber qué pasaba por su cabeza, supongo que lo mismo que aturdía la mía: si nos negamos nos matarán. Una sensación de malestar recorría mi interior. Sentía impotencia al no poder hacer nada por la gente que estaba muriendo, rabia por no tener opción para elegir, pena por ver que el futuro de la humanidad estaba en jaque... Mis ojos deseaban expresar tanta confusión, pero en privado. La angustia conseguía que aguantase sin desempolvar mi intimidad ante esa gente.

«Ya queda poco. Aceptemos y nos dejarán marchar».



CAPÍTULO 27

EL PAPÁ

IDRIS FISCHER
Aeropuerto de Elko, Nevada

Un día después

El tiempo que estuvimos en el aeropuerto transcurrió rápido, cada uno abstraído en sus pensamientos; escaso diálogo. La presencia de Bakewell resultaba un freno a la hora de acercarme a Elisabeth y hablar con calma de todo lo que había sucedido. Además, tampoco quería que Bakewell se enterase de lo nuestro, si es que no lo sabía ya... Era consciente de que no podía protegerla como yo deseaba.

La noté compungida. Entendía su necesidad de soledad. Los minutos que le propició el aseo del aeropuerto de Elko no fueron suficientes. Afrontábamos lo recién sucedido lo mejor que podíamos. Supuse que deseaba tanto como yo olvidarse por un lapso del mundo, quedarnos a solas.

Después de unas horas de vuelo, un manto blanco nos dio la bienvenida en la pista de aterrizaje de San Francisco. Allí, por fin nos despedimos de mi «pluriempleado» jefe de policía. Me resultaba irónico ver cómo después de varios años trabajando junto a una persona, puedes no conocerla en absoluto.

Elisabeth y yo tomamos un taxi dirección a mi casa. Un trayecto corto y silencioso en el que me mantuvo a una distancia prudente. Entendí que si

cedía en el aspecto afectivo, derrumbaría el muro de entereza que a duras penas la sostenía. Respecto a mí, el estado de ánimo no difería mucho del de ella. Clavé mi atención en la albina calzada, en cómo aquellas finas plumas heladas se dejaban caer sinuosas sobre la ciudad. Aunque dentro del habitáculo la temperatura era confortable, la estampa aumentaba el deseo de una ducha caliente y dormir una buena siesta para olvidar por unos instantes lo sucedido en los últimos días. Supuse que a mi compañera le agradaría la idea.

Pagada la carrera, abandonamos el taxi. Unos metros más y estaríamos refugiados del mundo. Abrí la puerta de casa y, como buen caballero, le cedí el paso siguiéndola de cerca. Apenas cerré cuando percibí el tacto de sus suaves y frías manos buscándome. De inmediato, sus brazos habían conquistado mi torso. Yo la envolví con fuerza.

—Lo siento —le susurré con el mentón apoyado sobre su cabello. Rompió a llorar sin consuelo.

—Me gustaría que hablásemos de lo que ha sucedido —solicité al cabo de unos minutos, cuando ya se hubo serenado.

—Ahora no puedo, Idris. Lo siento.

—Debemos hablar, han sucedido muchas cosas.

—Lo sé, pero necesitamos descansar, meditar lo que ha pasado y..., tomar una decisión.

—Parece que la decisión ya está tomada, ¿no?

—Supongo.



El sonido de mi móvil nos despertó. Era Cameron. La reciente tensión me hizo temer que le hubiera sucedido alguna desgracia. Supongo que tanta

amenaza tuvo algo que ver al respecto.

—Hola.

—¿Qué tal, Idris?

—Aquí vamos...

—¿Como ahora tienes nueva compañera ya no te acuerdas de mí o qué?

—No digas tonterías. —Por un momento dudé de si Bakewell habría hablado ya con él.

—Joder, en serio, me tenéis abandonado.

—¡Ja!, tranquilo. No te has perdido nada que merezca la pena —*recordar*—. Por cierto, enhorabuena, *papi*.

—Muchas gracias.

—Me dijeron que salió todo bien.

—Sí, gracias a Dios. Oye, ¿por qué no te pasas por aquí un rato? Roussee quiere que conozcas a la criatura.

—Estoy con Elisabeth.

—Vale, pues venid los dos y os quedáis a cenar. —Reí en silencio con los ojos clavados en ella.

—Dile que allí estaremos —respondió Elisabeth sonriente guiñándome el ojo—; y que hable más bajo, que con esos gritos va a despertar al bebé.

—¿La has escuchado? Allí estaremos.

—Estupendo, se lo digo a Roussee. ¿Cuánto tardáis?

—Menos de una hora.



No pensé que tendríamos la ocasión de hablar con Cameron tan pronto.

Habíamos acordado esperar un par de días más, pero el destino es muy antojadizo y nos presenta las oportunidades cuando menos lo esperamos.

—¿Estás bien? —pregunté a Elisabeth mientras nos vestíamos. Su rostro lucía serio, su atención distraída.

—Estoy un poco nerviosa. No lo entiendo, pero me da miedo hablar con Cameron. ¿Crees que se enfadará?

—No tiene porqué. Además, yo voy a estar a tu lado en todo momento, ya lo sabes.

En realidad, yo también estaba intranquilo.



Llamamos al timbre. Apenas aguardamos unos instantes bajo el vendaval con aspecto de ceniza que azotaba la ciudad; caricia desagradable que con argucia congeló la inquietud y la incertidumbre que nos venía acompañando desde hacía horas.

Al ritmo que la puerta se entornaba, la luz de un apacible hogar se mostró candorosa ante nosotros.

—Madre mía, qué frío hace —saludó Cameron echándose a un lado, invitándonos a pasar.

—Sí, parece que el invierno se ha adelantado unas semanas. —Cerré la puerta tras de mí.

—Pasad al fondo, pareja. Roussee está en el comedor con las niñas.

Lo seguimos hasta llegar a una gran habitación. Nunca antes había ido más allá de la entrada. La mujer descansaba en un sillón frente a la chimenea, con el bebé en su regazo y su hermana encima de ambas, jugueteando con la nueva muñeca que tenían en casa.

Nos saludamos y le presenté a Elisabeth. Esta se quedó embelesada

encima del pequeño ser que acababa de llegar a este escalofriante y amenazado mundo. Me giré para contemplar el semblante del que fue por varios años mi compañero. Lo percibí considerablemente cambiado, mejorado. El nacimiento de su segunda hija y, sobre todo, aquellos tres días alejado del caso, fueron suficiente motivo como para hacer desaparecer la expresión tensa y estresada de su rostro.

Esperamos a que concluyese la cena para hablar con él.

—Tenemos algo que contarte, Cameron.

Roussee volvía de acostar a las niñas.

—Vosotros diréis.

—En estos tres días han sido intensos —dije mirando a Elisabeth—. Entre ellas... —De pronto enmudecí, no sabía cómo continuar.

—Verás, resulta que en realidad soy policía —intervino Elisabeth sacándome del bache.

—¿Qué?

—Sí, desde hace unos años pertenezco a la policía secreta. —La miré a los ojos. Vi que trataba de ser lo más convincente posible, en cambio, por la cara de Cameron, entendí que ninguno estábamos creyendo su argumento—. Quién me iba a decir, que la casualidad me guiaría hasta el pueblo de mi cuñado.

«*Buen intento, pero lo mismo te has pasado un poquito...* —pensé con ternura, evitando sonreír».

—¿Qué ha pasado? —replicó Cameron receloso.

—Han sucedido muchas cosas, amigo. Se prevén cambios. —Respondí. Él clavó sus pupilas en las mías con el ceño fruncido.

—Me han destinado a vuestra comisaría —continuó Elisabeth—. Desde hace unas horas soy la nueva compañera de Idris.

Cameron nos miraba desconfiado, inquieto. Buscaba saber qué pasaba.

—Estáis de broma, ¿no?

—Me temo que no —contesté—. Bakewell ha hecho reajustes y nos ha asignado llevar el caso juntos. Cuando te incorpores, tendrás un nuevo compañero y llevaréis otro expediente.

—Salvo que esto sea una broma, no entiendo nada.

—Nosotros tampoco te podemos explicar gran cosa.

—¿Cuándo me lo pensabais decir? ¿O cuándo me lo iba a comunicar alguien? —dijo atropellado— ¿Soy el último mono en enterarme o qué? —cuestionó irascible.

—Lo siento, compañero, ninguno lo esperábamos, y la verdad, te lo hemos dicho pensando que sería mejor enterarte por nosotros.

Agachó la cabeza, reflexivo. Roussee le tomó de la mano sin decir nada.

—Bueno, quizá sea mejor así —alegó más sereno—. Ese puñetero caso me estaba consumiendo. Aun así, creo que me ocultáis algo.

—Hazme caso, Cameron. Ya has visto y sabes demasiado. Es preferible que te olvides de todo y disfrutes de tu familia. Además, ¿no querías que te asignaran otro expediente? Al final vas a tener lo que deseabas —le dije bromeando.

—Supongo que sí. —Seguía meditabundo. Parecía haberse tomado la noticia mejor de lo que esperaba.

—¿Cuándo te incorporas? —me interesé.

—Bakewell me mandó un mensaje para decirme que cogiese unos días más. Ya sabes, vacaciones forzadas. Al parecer me quiere lejos por un tiempo.

—Quizá sea para reorganizar todo y dejarte descansar. No sé cómo, pero él también estaba al tanto de tu estrés.

—Eso parece... En fin, os haré caso a todos y me tomaré unos días de relax. Deseaba pasar más tiempo con Roussee y las niñas, y voy a aprovechar la ocasión. ¿Tú qué opinas? ¿Te parece bien? —preguntó a su mujer con una expresión de suma felicidad en el rostro.

—Que ya tardabas.



CAPÍTULO 28

VACACIONES

ELISABETH O'CONNOR

Transcurrió una semana desde nuestra visita al departamento secreto en el área 56. Aún me parecía mentira todo lo que había sucedido: antes, durante, lo que veía que se nos avecinaba... Sin embargo, a cada instante, mi frenético ritmo cardiaco se encargaba de recordarme que aquello estaba siendo real, que tenía que afrontar las consecuencias de la decisión tomada.

Durante todo ese tiempo, Idris se mostró respetuoso ante mi negativa a hablar del asunto. Cada tímida insinuación para sacar el tema, era neutralizada por un «todavía no puedo». Él, resignado, aceptaba mi petición. A lo largo de aquella interminable semana, el deseo de cumplir la promesa que le hice a Robert de pasar unos días de vacaciones junto a ellos acrecentaba.

Antes de volver a Green Place pasamos por la comisaría. Aquella fue la segunda vez que entraba al despacho de Bakewell, en esa ocasión como miembro del cuerpo de policía de San Francisco.

—Aquí tienes tu placa y tu arma reglamentaria, O'Connor —anunció el que sería mi jefe.

La tomé sin saber si dar las gracias o salir corriendo. Me limité a asentir con la cabeza.

—Como les prometimos, y salvo que aparezca alguna nueva víctima,

podrán disfrutar de un par de semanas de permiso. Su familia ya la estará esperando, ¿no?

Su pregunta me erizó el vello de la nuca. ¿Lo dijo como advertencia de que conocían al milímetro nuestra vida? Traté de que su comentario no me afectase.

—Sí, señor. Aprovecharé para despedirme de Johanna en el periódico y luego visitar a mi cuñado y sobrinos.

—Me parece un buen plan. Espero que lo disfruten.

Aunque sus palabras pretendían ser amables, no podía dejar de ver a aquel hombre como a un asesino pasivo.

—Gracias. —Traté de no sonar muy seca.

—Está bien. Pueden retirarse.

Hice un gesto de aprobación.

—¡Ah! Se me olvidaba, Idris. A su regreso, deberá acompañar a la señorita O'Connor al programa de formación especial; ella ya tiene los datos.

»Creo que sobra decir que todo lo que hagan de ahora en adelante es estrictamente confidencial. Que tengan base en esta comisaría no les exime de lo que firmaron.

—Lo sé —contestó Idris, de forma seca.

—Está bien.

—¿Es todo, señor? —Quizá eran cosas mías pero tuve la sensación de que el trato de Idris hacia Bakewell había cambiado desde nuestra experiencia en Nevada.

—Sí.

Idris se giró con intención de abandonar el despacho. Yo me dispuse a seguir sus pasos.

—¡Pareja! —Bakewell llamó nuestra atención—. Hacen un buen equipo. Me alegro de que sigan en el caso.

—Creo, *jefe*, que no hemos tenido elección.

Se giró y abandonó el despacho; yo, ahora sí, lo hice tras él.



Cada escalón dejado atrás servía para recuperar una parte del sosiego que se esfumaba ante aquel hombre. De forma automática, los ojos se me fueron a los objetos que llevaba en mi mano izquierda: una estrella dorada de siete puntas y una funda de pistola protegiendo lo que ya era mi arma reglamentaria. La rabia acumulada en los últimos días me tentó a dar la vuelta y estrenar la con el que ahora se había convertido en mi superior. Sin embargo, la cordura frenó mis fantasías haciéndome ver que también él era un insignificante peón, y no conseguiría nada matándolo.

«Está bien. Ahora, trata de olvidarte de Bakewell durante unos días; o al menos, unas horas —me animé mientras caminábamos hacia el coche».

—¿Y bien? ¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó Idris con una preciosa sonrisa dibujada en sus labios.

—Por supuesto. Y vamos —apremié—. Nos esperan unas cuantas horas de camino. Además, ya he avisado a Robert..., ya no hay vuelta atrás —contesté guiñándole un ojo.

—Me da la sensación de que no le caigo muy bien...

«Para que luego digan que los hombres no tienen tanta intuición como las mujeres... —Riéndome, me metí en el coche y le insté a que nos pusiésemos en marcha. Respecto a sus sospechas, preferí no responderle».

Más de mil kilómetros se abrían paso ante nosotros. Aunque podríamos tomar un avión, preferimos turnarnos al volante y hacer el viaje por carretera. Necesitábamos el coche para movernos por los alrededores; en dos días debía estar en Phoenix para hablar con Johanna.

Decidimos conducir hasta la frontera con Arizona, hacer noche en un hotel y partir a primera hora de la mañana. Si todo transcurría sin contratiempos, llegaríamos a casa de Robert a la hora de la comida.

Los minutos se fueron desintegrando y el ocaso se encargó de llevarse con él la luz que iluminaba nuestra travesía. Un sentimiento de dicha me hacía percibir que estaba dónde y con quien debía estar. Sin embargo, mi paz interior permanecía truncada desde la visita al área 56. No podía dejar de pensar en ello. Era tal la obsesión, que llegó un momento en el que no supe disimularla más, e Idris se dio cuenta. No obstante, encontré un remedio que me sirvió para menguar al menos su intranquilidad: hacerme la dormida durante un pequeño lapso, mientras él seguía conduciendo. Y la verdad, hubiera deseado quedarme dormida, pero mi frenético ritmo mental no concedía tregua alguna; el pensamiento central: «*en dos días hablaré con Johanna, dejaré el periódico y...*».



Todavía recuerdo la cara que puso Robert al ver a Idris. Me reía por dentro ante el escaneo visual que le lanzó; parecía mi padre en aquellos días cuando examinaba a mis amigos la primera vez que iban a casa. Me sentí de nuevo una quinceañera.

Llegamos a Green Place a la hora estimada, las dos del mediodía. Comimos en familia. Por unos instantes sentí paz.

Aquella tarde no pude ignorar por más tiempo mi inquietud. A pesar del cansancio por el largo viaje, necesitaba ir a Phoenix y afrontar el tema de Johanna y el periódico. Idris se tumbó a descansar después de la comida. Yo en cambio, cogí el portátil y terminé un artículo que tenía pendiente de entrega.



—Hola Johanna, siento haberme presentado sin darte apenas tiempo. —
Saludé con un abrazo a la que había sido mi directora durante algunos años.

—No pasa nada. Me tenías preocupada al no contestar mis llamadas.

—Lo sé, lo siento mucho —dije afligida, atropellada. Estaba muy nerviosa—. También siento de corazón lo de su sobrina, es... —Se me nubló la vista ante un creciente sentimiento de culpabilidad.

—Gracias. Nos vamos haciendo a la idea de que ya no está.

Permanecíamos de pie en mitad de su amplio y elegante despacho.

—Debe ser muy duro.

—¿Cómo van las investigaciones? ¿Se sabe algo nuevo?

—Me temo que no. Al parecer es un caso sumamente complejo.

—No sé si vas a pensar que estoy loca, pero tengo la sensación de que es algo..., algo que no hace un simple demente; ni siquiera cuatro chalados.

Guardó silencio y bajó la vista al suelo. Yo permanecí estática frente a ella sin saber qué decir. En realidad, no podía decir nada.

—En fin..., déjalo. —Resopló compungida—. Solo espero que algún día cese todo esto.

—Yo también lo deseo, Johanna.

Se giró y anduvo hasta su mesa. Se sentó y me invitó a acomodarme frente a ella, como hacíamos normalmente cuando nos reuníamos.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que me querías decir? —cuestionó enjugándose la humedad de sus ojos, disimulando que no había pasado nada.

—He venido para entregarte mi último informe.

—Vas a...

—Sí. Abandono el periodismo.

—¿Es por el caso de los asesinatos?

—En parte, sí.

Me observó incrédula. Sus ojos estaban cargados de pena.

—Eres... Te voy a echar mucho de menos, Elisabeth.

—Yo a ti también, Johanna.

Se levantó del sillón y me dio un brazo cargado de emociones. No pude contener las lágrimas.

—Johanna, necesito pedirte un último favor.

—Dime.

—El artículo que te entrego... Ha de salir en el titular y ocupar las hojas centrales del periódico. Necesito que el mundo entero lo vea.

La mujer a la que tanto afecto tomé en los últimos años, clavó sus pupilas en las mías. Trataba de ver a través de mí lo que se escondía en el interior de una experiencia que debía llevarme conmigo a la tumba.

—Está bien, haré lo que pueda. Sabes que confío en ti.

—En ese caso. Apura hasta el último minuto antes de pasarlo a edición; es posible que alguien quiera «interceptarlo».

Asintió.

Le di un beso en la mejilla y abandoné su despacho.

Tres horas de vuelta me separaban de casa.



Me levanté más temprano de lo habitual. Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. Los nervios se arremolinaban en mi estómago. A punto

estuve de levantarme a vomitar. Jamás había sentido una tensión tan extrema.

Bajé a la cocina y me preparé una tisana relajante bien caliente.

—Buenos días —dijo Idris.

—Buenos días.

—¿Sabes que son las siete de la mañana? Aún no ha amanecido.

—Lo sé. No podía dormir.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro. Siéntate. ¿Quieres un café?

—Estaría bien. Gracias.

—¿Sucede algo?

—Creo que sucederá muy pronto.

—¿A qué te refieres?

—Lo verás dentro de poco.

—¿Qué has hecho? —Sin duda empezaba a conocerme.

—Tenemos que irnos.



Bajamos del coche. Anduve de forma automática hasta el puesto de prensa. El tendero aún seguía colocando los boletines. Mis ojos buscaron el Phoenix o el titular de mi artículo.

—¿Qué has hecho? —cuestionó Idris alterado—. ¿Qué es todo esto?

Al parecer no solo mi antiguo periódico había dado titularidad a la noticia. Las estrechas relaciones que Johanna mantenía con otros colegas del gremio habían dado la oportunidad de que el artículo saltara a los diarios más importantes de Arizona, California, Nueva York y un par de estados más.

Idris aferró uno y me tomó con la otra mano de un brazo, echándome violento a un lado.

—¿Qué cojones es esto? —volvió a preguntar elevando la voz —¿Te has vuelto loca? ¿Quieres que nos maten a los dos?

Me zafé de su agarrón y entregué al tendero un billete de cincuenta dólares que llevaba preparado en el bolsillo. Cogí un ejemplar de cada diario y me llevé a Idris al coche.

—Entra, lee y luego hablamos.



CAPÍTULO 29

NOTICIA NACIONAL

IDRIS FISCHER

Se había vuelto loca o le importaba todo una mierda, no existía otra explicación posible.

Entré en el coche colérico. No me podía creer lo que estaba pasando. Pensaba que después de todo lo sucedido ahora las cosas transcurrirían con más calma. No era tan difícil, joder, solo teníamos que permanecer callados, trabajar para ellos y hacer la vista gorda durante una temporada. Ya nos lo explicó el coronel Haddon:

Días antes. Área 56

—Todavía no nos han explicado por qué están encontrándose cadáveres que parecen haber envejecido, de golpe, más de treinta años —repliqué desconcertado recordando al «joven» Ernesto Alba.

—Como ya han visto hace unos minutos en el hangar, empezamos a controlar la materialización y desmaterialización de grandes objetos. Sin embargo, ahora debemos aprender a unirlo al tiempo. Creemos que si controlamos el tiempo, podremos manejar el espacio. Y los ensayos que estamos llevando a cabo... Bueno, aún no estamos teniendo los resultados deseados. —Supongo que el inconsciente le llevó a dibujar ese gesto de

desesperación y pena que se escapó tras sus últimas palabras—. Creo que lo conseguiremos. Además, hoy por hoy es la alternativa más viable que manejamos. Si no queremos extinguirnos con el resto de vida en la Tierra, nos vemos obligados a colonizar un planeta cercano.

Me quedé boquiabierto con la idea de hacer viajes en el espacio, de conquistar otros planetas, de crear allí una nueva civilización.

—¿Un planeta cercano, dice?

—Sí, próximo a nosotros se encuentra el sistema estelar de Alfa Centauri. Allí hay un planeta de similares características a la Tierra. Está a algo más de cuatro años luz de distancia... Por eso debemos controlar la forma de desplazarnos en el espacio tiempo.

—Vale, eso lo entiendo, pero, aún no nos ha explicado por qué Ernesto Alba envejeció y Anna Harington, no.

—Ya se lo he dicho. Aún no lo controlamos. Necesitamos seguir experimentando, hacer pruebas.

—¿Y no lo pueden hacer en un puto laboratorio, con ratas, animales o puñeteros muñecos de plástico?

—No es tan fácil. Necesitamos poder transportar humanos dentro de naves; ya me entiende. Sin destrozarlas, como sucedió con el granjero fusionado al fuselaje de su furgoneta o como los primeros resultados del experimento Philadelphia.

—Joder, en serio, esto es de locos... —Me percibí haciendo aspavientos y resoplando—. A ver, ¿y de verdad no pueden decirles, esos malditos seres que les están ayudando, cómo deben hacerlo? —cuestioné incrédulo.

—No. Y las cosas no son tan fáciles como ustedes se creen, agente Fischer. En realidad, ya están haciendo demasiado por nosotros. Gracias a ellos, creemos estar cerca de nuestro objetivo —indicó Haddon tratando de tranquilizarnos.

—¿Y no piensan avisar al mundo de lo que sucede? —incidió Elisabeth una vez más.

—Cuando controlemos lo anterior, será entonces cuando podamos

advertirles. Insisto, creemos estar cerca.

—Sí, ¿pero cuánto de cerca? ¿Cuánto tiempo supondrá conseguir lo que buscan? ¿Y si al final no lo consiguen?

La situación resultaba realmente extrema. Observé a Elisabeth igual de alterada que yo. Nuestras mentes trataban de encontrar soluciones, asegurarse de que el resto del mundo no aguardaría al cataclismo abandonado a su suerte.

—Entiendo su preocupación, pero nosotros no somos responsables del resto del mundo. Cada gobierno debe cuidar a sus ciudadanos, preocuparse por ellos, buscar su seguridad.

—¿Está diciendo que quizá no lleguen a dar aviso a otras naciones?

—Eso no lo sabemos...

—No pueden silenciar una cosa así —replicó Elisabeth desquiciada. La expresión de Haddon se transformó súbitamente.

—Me temo que eso ya no les incumbe. Ustedes van a limitarse a sus funciones. Punto. Firmen el contrato y olvídense de los demás.

—¿Y si fuese otra nación la que hubiera descubierto la amenaza y nosotros no? ¿No cree que deberían poner al resto sobre aviso? Sí, seguro que sí. Es más, pensaría que están obligados a hacerlo, ¿no es cierto? Pero no, quizá a usted le gusten más las sorpresas destructivas... —replicó sarcástica.

El coronel la miró desafiante. Estaba acabando con su paciencia.

—Cualquier información filtrada será penada.

—Estoy harta de amenazas, Haddon.

—Estamos trabajando para preservar el futuro de la humanidad. No tiene derecho a juzgar nuestras decisiones.

Elisabeth le devolvió un quejido seco cargado de sarcasmo.

—Cuidado con las mentiras que usted mismo se dice, coronel, corre el peligro de llegar a creérselas.

La mirada que Bakewell nos lanzó a Elisabeth y a mí lo decía todo. Vi el temor por nuestras vidas en sus ojos.

—¿Va a firmar o no? —Su pregunta sonó como un ultimátum.

—Sí. Firmaremos —respondí mirándola fijamente. Ella apretó los dientes y guardó silencio.

En la actualidad

Observé los ojos firmes y desafiantes de Elisabeth. Aquella expresión me hacía entender que estaba cansada, su paciencia y silencio cayeron rendidos ante la inmoralidad.

Traté de refrenar cualquier reprimenda hasta ver el contenido de aquellos diarios. Elegí uno entre todos los que portaba en su regazo: el New York Times. Su titular: Un cataclismo pone en jaque a la humanidad. Debajo del texto: una fotografía a todo color de La Tierra impactada por un meteorito. «*Muy explícito*».

Por un instante, mi incredulidad tuvo la esperanza de que se tratase de una broma.

Busqué en el interior del diario, pasando las hojas rápido, sintiendo crecer mis nervios por momentos.

«*Era de esperar... Las páginas centrales para ella solita*».

Volví a girar el rostro para encontrarme con el suyo. Y allí estaba ella, con los ojos humedecidos y las manos temblorosas.

—Lo siento, tenía que hacerlo —dijo en un susurro. Agachó la cabeza y comencé a leer sin responderle.

The New York Times

UN CATACLISMO PONE EN JAQUE A LA HUMANIDAD

Ante una noticia así, se plantea una de las eternas preguntas: ¿Te gustaría saber el día en que vas a morir?

Es muy probable que el ser humano tenga los días contados si no se hace algo para evitar lo que se avecina.

Un equipo militar y científico de un departamento secreto de los Estados Unidos con base oculta en el condado de Elko, Nevada, se esfuerza por encontrar una vía de escape ante una amenaza con día y hora establecida. Un «gabinete» aislado y clandestino creado para, supuestamente, brindarnos servicio y protección a los ciudadanos estadounidenses, pero operando al margen del propio gobierno; manejando una autogestión muy superior a la que creíamos dirigía este país, creando sus propias normas, leyes y dejando la democracia y la moralidad a su arbitraria conveniencia.

Tal vez podría tratarse de una broma. Sin embargo, hoy no es día de chanzas; menos aún tratándose de un tema de tan alta trascendencia.

Desde hace siete años, una amplia y variopinta agrupación de investigadores de ese departamento secreto, trabaja a contra reloj en el desesperado intento de poner freno a una extinción inminente, un cataclismo de proporciones desconocidas: el impacto de un asteroide contra la superficie de nuestro planeta que barrería cualquier forma de vida hasta hoy conocida.

Hasta el momento, a pesar de los esfuerzos, la tecnología que atesora el ser humano es insuficiente para conseguir mantenernos a salvo; y la angustia alienta al instinto de supervivencia a saltarse la ética que tantos juicios ha presenciado.

Surge así la primera cuestión: ¿Qué estaríamos dispuestos a hacer por salvar a la humanidad. ¿Hasta dónde llegarías para lograr tu propia salvación o la de tus seres queridos?

Sin duda, el debate está servido. Habrá quien lo sacrificaría todo sin medir si sus actos son morales o no, quien preferiría dejarlo todo a expensas de la suerte, otros que se encomendarían a lo que su Dios eligiera para ellos.

¿Cuán insignificantes somos si un día planeamos nuestro futuro, y al siguiente, de nosotros solo quedan cenizas?

Es en momentos así, cuando alzamos la vista al cielo y nos preguntamos si de verdad habrá un Dios que nos ayude, incluso, si estaremos solos en el Universo. Y en ese caso, de no estarlo, si habrá otras civilizaciones planteándose semejantes interrogantes, enfrenándose al mismo desafío. Quizá, los imponentes avistamientos, las misteriosas luces errantes y los ovnis que tantos testigos han defendido ver, no sean una invención. Las matemáticas afirman que es posible; la lógica atestigua que si ellos han conseguido alcanzar nuevos horizontes es debido a la tecnología y el desarrollo que, a claras luces, supera al nuestro. Dando por hecho que existiesen y nos visitasen, ¿piensas que estarían dispuestos a ayudarnos? Quizá su tecnología es la que nuestra especie necesita para sobrevivir.

Pero, hagamos un inciso: si algunos cargos importantes, — no políticos, sino los de este departamento secreto—, están recibiendo dicha ayuda, ¿por qué no obran del mismo modo con aquellos pueblos con los que hemos cohabitado desde hace siglos? ¿Acaso nos creemos superiores a otras razas, a otras culturas, a cualquier ser vivo que no lleve nuestra sangre o comparta nuestras creencias o bandera? ¿Acaso nosotros merecemos salvarnos y el resto del mundo no?

La experiencia me dice que estas dos últimas no son preguntas, sino el pensamiento de quienes realmente controlan nuestro país, y por tanto, nuestras vidas. Para este departamento

secreto, la vida de los demás no es importante, solo la suya propia, por eso niegan la información a sus vecinos y desarrollan tecnología que acaba con la vida de aquellos que encuentra a su paso. ¿Desapariciones? ¿Casos de asesinatos en extrañas circunstancias sin resolver? Creo que es hora de tornar nuestras miradas sobre los que afirman protegernos.

Y dicho lo anterior, llego a la siguiente cuestión: ¿y si esa ayuda que ya están recibiendo proviene de una raza a la que hemos considerado siempre una amenaza? O mejor aún: ¿Y si, incluso con esa ayuda, las investigaciones y los ensayos que nos podrían conducir a la salvación, las únicas que nos arrojarían una pizca de esperanza, como dije antes, nos «empujasen» a cometer una variada lista de atrocidades?

El abanico de cuestiones no acaba ahí. Es hora de que cada uno mire dentro de sí y evalúe las respuestas que, no su razón, sino sus entrañas le susurra. Que se pregunte qué haría si el planeta se viese amenazado, hasta el punto de llegar a ver cómo se extingue la vida en él. Qué sucedería si tan solo unas pocas naciones del mundo supiesen de esa alarma y otras no; si las primeras no quisieran dar aviso a las segundas por miedo al pánico general. Que medite hasta qué punto uno tiene derecho a privar a otro de conocimiento, de robarle la oportunidad de ser consciente y consecuente.

¿Un trabajo conjunto no podría resultar mejor estrategia ante el conflicto planteado?

¿Tanto nos odiamos unos a otros? ¿Tanto nos separan las religiones, las creencias, las ideologías, las fronteras que inventamos?

Me pregunto qué esconde el corazón de una persona —por muy militar o coronel que sea—, capaz de mantener ese magno secreto hasta el sepulcro; con qué serenidad su silencio otorga el sacrificio de almas inocentes escudado en la falacia: «es por un bien mayor».

¿Dónde queda la ética, la moralidad, el amor, la empatía...?

En los últimos meses he advertido que el miedo de unos cuantos puede limitar la libertad del resto. Particularmente, creo que tener poder para acabar con la vida o la integridad de otro ser, no significa que deba ejecutarse.

Cuando al comienzo anuncié: «Es muy probable que el ser humano tenga los días contados», no lo hice con la intención de infundir el pánico. No obstante, sería irresponsable no hacer una aclaración: no serán los nietos de nuestros nietos quienes se enfrenten al mencionado cataclismo; ni tan siquiera las próximas generaciones que están a punto de llegar. Es nuestra era, la generación presente, la destinada a ver en primera persona el histórico «espectáculo».

La supervivencia de todas las especies está en juego; la humanidad acaba de recibir el temido 'jaque' que creímos nunca llegaría.

Alcé la vista buscando el rostro de la autora del controvertido artículo. Deseaba hallar una explicación razonable a su decisión. Ella observaba distraída a través del cristal de su asiento. Mi mente, en cambio, no hacía más que cavilar en por qué lo hizo, en hasta qué punto era consciente de las consecuencias de lo que su acto podría acarrear.

—¿Te das cuenta de lo que esto supone? —interrogué afectado e impotente.

—Sí, Idris. Soy completamente consciente.

—Entonces no lo entiendo. ¿No te importa tu vida ni la gente que te ama?

—Claro que me importan, pero no podía callar por más tiempo.

—Comprendo que han sido unos días muy complicados, que ha cambiado tu realidad para siempre. Sé que no es agradable recibir amenazas

de muerte, pero... Joder, si necesitabas ayuda o desahogarte ¿por qué no me lo has dicho? He intentado, en repetidas ocasiones, acercarme a ti, hablar contigo, y no me has dejado. ¿Te has dado cuenta de que te pueden matar? —recriminé elevando la voz.

—Lo sé. Sé cómo trabajan. —Giró el semblante y sus ojos se encontraron con los míos. Increíblemente, permanecía serena; a decir verdad, el único alterado era yo. —Llevo mucho tiempo observándoos, y para ser sincera, ya no me dan miedo.

—¿A qué te refieres con «mucho tiempo observándoos»?

—¿De verdad, Idris? No quisiste creerlo, ¿no?

—Creer, ¿qué?

—El otro día os lo expliqué a Cameron y a ti, os dije en qué posición me encontraba. En cambio, tú... pareciste ignorarme... Pero sí, Idris, soy agente de policía. —La miré frunciendo el ceño. No estaba bromeando—. Llevo trabajando para el departamento secreto del área 56 desde hace varios años. Os he estado estudiando a ti y a Cameron, he tenido que pasar informes de cuáles eran vuestros avances respecto al caso, cómo os iba afectando, qué pensabais... ¿Cómo te crees si no que habrían conseguido recabar algunos datos tan personales de vuestras vidas?

—¿Eres una puta espía?! —espeté sobresaltado. Ahora sí que deseaba que aquello fuese una maldita pesadilla. Había confiando en ella ciegamente, y en cambio, me lo pagaba ¿utilizándome?

—No, Idris, una espía no. Un agente secreto «trabajando por el futuro de la humanidad» —dijo alzando la vista al techo al tiempo que negaba con la cabeza—. Me lo repetí tantas veces que por un instante me lo llegué a creer. Me infiltraron en el periódico para dar las noticias que ellos querían, de la manera en la que a ellos les interesaba. Mejor dicho, casi siempre, para evitar que algunas salieran a la luz. Pero he llegado al límite. Todo esto me ha sobrepasado. Os he visto a diario, convivido con vosotros... Gracias a Cameron y a ti me he dado cuenta de que el fin no justifica los medios. Da igual que pretendan salvar a la humanidad, están matando deliberada e impunemente. Y yo no puedo seguir fingiendo que no me importa, no quiero

seguir mirando para otro lado.

—Sigue hablando. Quiero toda la verdad. Creo que me lo debes —requerí tajante y receloso.

Agachó la mirada y la clavó en los periódicos que seguían doblados sobre sus piernas. El cabello le resbaló por la mejilla creando entre ambos una cortina de intimidad. No tenía fuerzas para recriminarle nada, solo de escuchar. Además, era tal el aturdimiento que no alcanzaba a descifrar ni sus propias emociones: si se sentía molesto por haberme tenido engañado o me parecía un gesto noble y heroico por su parte el haberse atrevido, no solo a decírmelo, sino a informar al mundo de lo que iba a suceder. Aunque, quizá, aquella confesión era un mero acto egoísta con el que dirimirse y lavar su conciencia.

—Recuerdo el día que llegamos al escenario donde encontramos a Anna —musité con la mirada perdida en sus puños apretados—, la sobrina de tu supuesta directora. Te mareaste, ¿por qué?, si ya habrías visto decenas de cadáveres...

—Aquello me impresionó mucho... Y no. Anna fue la primera persona asesinada que veía en mi vida.

—Explícate. Necesito que me lo cuentes todo de una jodida vez. —Alcé la vista y clavé mis pupilas en las suyas. Estaba cansado de especular quién era y cuál fue su pasado.

—Está bien. —Suspiró—. Tuve un compañero antes que tú. Llevábamos juntos el caso de las desapariciones del ganado. ¿Te acuerdas de la información que os facilité a Cameron y a ti el día que llegamos a San Francisco, cuando bajasteis de reuniros con Bakewell? —Asentí para hacerle ver que sabía de qué me hablaba—. Pues bien, Jamie y yo nos encargábamos de sobornar a los ganaderos para que no los denunciaran a la policía. La recompensa recibida era sustancialmente mayor a su pérdida, así que, siempre conseguíamos silenciarlos. —Me observó, supongo que para evaluar cómo estaba encajando la noticia. Yo permanecí impasible esperando escuchar toda la verdad.

»En realidad, siempre nos tuvieron muy apartados de lo que sucedía en

el área 56. Es más, debes saber que la primera vez que pisé aquel lugar fue contigo. Las instrucciones que recibíamos de nuestro superior eran escasas.

—¿De Bakewell?

—No. A Bakewell no lo conocí hasta que te acompañé a su despacho. Pero en la misma línea, supongo que del mismo grado jerárquico.

»Estando en la academia de policía nos reclutaron a Jamie y mí. Nos dijeron que, si lo deseábamos, formaríamos parte de un departamento secreto encargado de la seguridad nacional, un departamento que trabajaba en paralelo con el Pentágono. Aunque siempre afirmaron que no estaban relacionados, que el nuestro era un grado superior. No tenían que darle cuentas a nadie, solo a ellos mismos. —Emitió un quejido sarcástico—. Imagínate lo atractiva que resultaría la oferta, lo bien camuflada que nos la presentaron, que ni siquiera dudamos a la hora de aceptarla... Nos hicieron creer que seríamos héroes.

»En fin... Firmamos una cláusula de confidencialidad. Teníamos prohibido cuestionar nada. Solo nos limitaríamos a llevar a cabo sus instrucciones. Y al principio fue lo que hicimos. No preguntábamos lo más mínimo. —Resopló pausada—. Estuvimos así varios años; totalmente tranquilos. Empezamos a trabajar para el periódico de Phoenix. Es decir, nos hicieron un perfil falso para «colarnos» en su equipo de reporteros. Al principio fue todo muy tranquilo, no nos topamos con sucesos extraños. Fue, pasados unos meses, cuando dio inicio el tema de las desapariciones de ganado. —Se quedó reflexiva—. Siempre he pensado que debe haber más agentes infiltrados en los medios de comunicación.

—¿Tú jefa era uno de ellos?

—No.

—¿Y dónde está tu compañero anterior?

—Sufrió un accidente. Aunque ahora empiezo a temer que no fuese fortuito.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas el caballo fusionado a unos hierros?

—Sí.

—Vale. Después de ese último reporte donde apareció el equino, sucedió lo del joven Paul Whitman.

—Sí.

—Bien. A partir de ahí, Jamie empezó a encontrar ciertas similitudes, y a hacer preguntas. En ningún momento me llegó a decir si encontró algo o no, pero sé que estuvo investigando por su cuenta. Quizá no le dieron tiempo a que se fuera de la lengua. Creo que nos espiaban...

—Seguramente, pero ¿por qué lo crees?

—Decidimos reunirnos fuera del trabajo. Piensa que teníamos doble turno, el del trabajo en el periódico y el extraoficial que, la verdad, era poco y muy puntual. La noche que murió habíamos quedado. Me telefoneó a primera hora de la mañana para cenar juntos. Quería decirme algo. Creo que averiguó lo que ahora mismo sabemos nosotros.

—¿Insinúas que lo asesinaron?

—Supongo. No lo sé. Desde luego, pasó los dos últimos meses un poco..., joder, parecía que se había vuelto paranoico. Aunque ahora pienso que quizá el miedo le hacía actuar así.

—Pero ¿por qué? Si ahora nosotros lo sabemos y... ¡Mierda! —De pronto mis palabras se frenaron en seco, atropellándose en mi mente.

—Sí, es muy probable que lo asesinaran por tener la intención de irse de la lengua. Vamos, lo que acabo de hacer yo.

Suspiré en medio de un pánico que se alzaba silencioso en mi interior.

—Tengo otra duda... —comencé a exponer sin fuerza.

—Ya sé lo que me vas a preguntar. —La miré sintiendo cómo se me arqueaban las cejas—. Desde el accidente de Jaime me han tenido totalmente apartada. Tan solo daba cuenta de mi trabajo en el periódico. Sin embargo, cada mes se ponían en contacto conmigo para recordarme dónde estaba mi puesto real.

»Ahora, con tantos asesinatos que silenciar, sabiendo que Cameron no

podía con el caso y demás..., no sé, supongo que han visto la oportunidad de aprovechar mi trayectoria y ponerme de nuevo a su servicio, y una vez iba pasando el tiempo, creo que decidieron «reclutarte» a través de mí. ¿Sabes? Realmente dudo que lo sucedido haya sido fruto de la casualidad. Algo me dice que hicieron desaparecer al pobre de Ryan con esa intención.

»Hasta que no visitamos a John Breen, no supe darme cuenta de que las cosas eran realmente serias. Desde el principio me dijeron que se trataba de un proyecto secreto de seguridad nacional para el futuro de las próximas generaciones, y aunque no entendía qué tenían que ver los animales muertos, lo dejé pasar. —Respiró profundo al tiempo que negaba con la cabeza. Me mintieron, Idris, y yo, me dejé engañar como a una tonta.

»Creo que ver el cuerpo sin vida de Anna fue lo que realmente me despertó. Y cuando aquel hombre se puso a insinuarnos que se trataba de un experimento para conseguir una nueva arma con la que lograr una supremacía... Ahí... Se me vino el mundo abajo. Me sentí engañada, manipulada, estafada. Una marioneta estúpida e inconsciente.

La observé en silencio. Mi pulso comenzó a serenarse, una parte de mí supo empatizar con lo que tuvo que haber pasado. Yo mismo me enfrentaba a una idéntica tesitura. Solo existían dos vías: callar y hacer como si no pasase nada, o morir. En resumidas cuentas, la decisión final era una: morir nosotros, o dejar morir a los demás.

—Al menos he sacado algo bueno de todo esto; haberte conocido. Ojalá que algún día puedas perdonarme. —Su timbre quebrado despedazó mi entereza, congelando el compromiso que pretendía pronunciar.

—Tranquila —alenté tras unos segundos de silencio en los que reuní fuerzas para soltar lo que estaba a punto de prometerle—, pase lo que pase, voy a seguir a tu lado. Eso sí, quiero que a partir de ahora me lo cuentes todo.



CAPÍTULO 30

RESIGNACIÓN

ELISABETH O'CONNOR

En el transcurso de la mañana, apenas conseguí borrar mi inquietud mental. Una vez más, sentí una inmensa dicha al haberme cruzado con Idris en la vida; sin embargo, temí que el creciente amor que sentía por él fuese mi pena a pagar. Se esmeraba en hacerme olvidar, aunque fuese momentáneamente, el atrevimiento y provocación lanzada a las autoridades del departamento secreto del área 56. Tantos años automintiéndome consiguieron convencerme de que tal vez mi acto podría pasar inadvertido. Qué ilusa.

Al mediodía llegó Robert, y la nube de fantasía se desintegró. Nos informó —sin saber que yo tenía algo que ver en el asunto—, de que unos hombres habían incautado a primera hora de la mañana, la tirada de los diarios nacionales donde salía mi artículo.

—¿Os habéis enterado? —dijo alegre y confuso, como quien cuenta una anécdota divertida. Desprendiéndose del abrigo, se sentó junto a nosotros en la cocina—. En este pueblo están ocurriendo cosas muy raras últimamente...

—¿Qué ha sucedido? —requerí sobresaltada.

—Joder, que hoy hemos estado en plan Sherlock Holmes por el pueblo. —Le miré frunciendo el ceño, requiriéndole que fuese al grano; aunque de nuevo se fue por las ramas—. A ver, en la oficina nos gusta leer el periódico y nos turnamos para ir a por él. Hoy le tocaba traerlo a Aston, así que a

primera hora se ha acercado a por uno. Allí se ha encontrado con que un par de hombres acababan de confiscar la tirada de cinco diarios. —Hizo una mueca de incredulidad y asombro—. El tendero estaba extrañadísimo; nunca le había pasado algo igual. No le han facilitado ninguna explicación. Se los han llevado y punto. A partir de ahí, hemos estado comprobando si en los demás comercios sucedía lo mismo y, en efecto, así ha sido. No entiendo qué ha podido ocurrir.

—¿Eran militares? —cuestionó Idris ceñudo.

—No lo sé, por lo que describían los comerciantes, parecían.

—Era de esperar —bisbiseó. Rudolf no le escuchó.

Ese fue el primer instante en el que fui consciente del miedo que me daban, del poder que tenían, de lo insignificantes que podríamos ser cualquiera ante sus ojos, ante su realidad. No temí por mi vida. Lo que me daba realmente pánico era perder a mi familia, perder a Idris. Este, me aferró la mano con cuidadosa complicidad al tiempo que un escalofrío envaraba los impulsos encargados de conducir la vida por mi cuerpo. El campo visual se enjugó tras una cortina blancuzca que deseaba esconderme del mundo. Una brizna de razón me hizo temer lo peor.

Como aclamado por el diablo, el timbre de mi móvil nos sobresaltó a ambos. Fui al bolso y miré la pantalla; Idris me siguió de cerca. En la pantalla: un número oculto. Descolgué.

—Diga —balbuceé sin fuerza.

—¿Usted sabe lo que ha hecho?

Enmudecí.

—Esta será la última vez que nos desobedezca.

Un atronador silencio cerró la conversación.



Aquel día fue interminable, agotador. Temí que un grupo de agentes del área 56 se personasen en casa de Robert y acabasen con todos en un minuto. Obviamente, sabían dónde estábamos. A pesar de ello, tenía claro que no huiría. Sin embargo, para mi sorpresa aquel día no sucedió nada. Ni visitas, ni nuevas amenazas, ni llamadas telefónicas... Nada. Kevin y Catherine estaban en casa, Robert, también. Por su parte, Idris llamó a sus padres y a Cameron. Todo transcurría con serenidad. A lo largo de la tarde, telefoneé en un par de ocasiones a Johanna para darle las gracias y pedirle disculpas por meterle en ese embrollo. Era tarde para pensar que quizá por mi culpa pudieran llegar a despedirla. Por desgracia, no conseguía contactar con ella.

Antes de ir a dormir, tomé mi portátil y ojeé una vez más el diario Phoenix. La nostalgia me llevó a recrearme, una vez más, en sus titulares y columnas.



Empezaba a quedarme dormida después de una larga e inquietante madrugada, cuando la melodía del móvil nos desveló a Idris y a mí. Me levanté de la cama y lo cogí de la mesa que teníamos en frente. Miré la pantalla. No reconocí el número de teléfono.

Idris se levantó igual de sobresaltado que yo.

—¿Quién es? —me requirió tajante, de pie a mi lado.

—No lo sé. —Le miré a los ojos; sé que pudo ver el miedo en los míos.

—Contesta.

Descolgué; no me dio tiempo a articular palabra.

—La señorita Johanna Carter ha sufrido un accidente en el que ha perdido la vida —dijo mi interlocutor a bocajarro.

Me quedé boquiabierta, sintiendo cómo el pulso se me paralizaba y el aliento se me contenía. Mis ojos se humedecieron sin control y la primera lágrima rodó sin resistencia por mi mejilla hasta romperse contra el suelo.

Idris me quitó el teléfono de la mano al verme paralizada y muda.

—¿Quién es?

—Quiero que sepan que no nos tomamos nuestro trabajo a la ligera, y menos aún nuestras advertencias. —A pesar de no tener el teléfono en mi oreja, oía perfectamente la voz de nuestro interlocutor. No lo conocía.

—¿Nos está amenazando?

—No. Solo les estoy informando. De no haber sido la señorita Carter la superior directa de su compañera, sería ella y no la anterior a la que ahora le reposarían los huesos en un velatorio. Cuidado con sus decisiones, agentes.

—¿Cómo...?

—Se lo diré de una forma clara y directa: si no quieren ser los siguientes en sufrir..., un accidente, será mejor que trabajen en silencio y sin hacer preguntas.

—¡Ya está bien! ¡Creo que se han equivocado de lacayos! —Se apartó el teléfono del oído y colgó.

Me miró... En sus ojos había cuestiones que nadie podía responder, las mismas que corrían por mi mente como caballos desbocados: ¿dónde nos hemos metido? ¿Qué vamos a hacer?; y la más fuerte e incesante de todas ellas: ¿por qué nos tenía que pasar a nosotros?

Recuperé el teléfono de la mano de Idris y busqué el número de Bakewell. Tras un par de tonos, contestó.

—Dígame.

—¿Quién era Johanna Carter?

—¿Ya se ha enterado?

—Mejor debería decir si ya me han informado. —Guardó silencio—. Sí,

ya sé lo que le ha sucedido. Respóndame, ¿quién era Johanna?

—Un agente del área 56. Una infiltrada.

—Pero... ¿entonces sabía que yo...?

—No. Ella no sabía nada de usted, al igual que usted tampoco sabía nada de ella.

—Pero...

—No puedo contarle más.

—Pero ¿por qué a ella, si quien lo redacté fui yo, si la idea fue mía...?

—Es sencillo. Su misión era interceptar cualquier información que no debía salir a la luz. Tomaron medidas en su contra porque fue ella quien se encargó de difundirlo.

»Todo lo que hacemos en esta vida tiene unas consecuencias. ¿Entiende? Es por nuestros actos y no por nuestras ideas por las que pagamos ciertas condenas.

»Debo dejarla señorita O'Connor. Le aconsejo que descanse unos días.

—No podemos seguir así... —dije balbuceando sintiendo cómo el mundo amenazaba con venírse nos encima.

—Debemos aceptar lo que hay. Es nuestra única posibilidad de seguir con vida.



EPÍLOGO

IDRIS FISCHER

Unos días más tarde

Las aguas parecían ir volviendo a su cauce, al menos en lo correspondiente al día a día. Tras una semana en casa de Robert, regresamos a San Francisco. Elisabeth y yo no nos separábamos ni un minuto, íbamos a todos lados juntos.

Los días pasaban despacio, con los nervios aún latentes, cargados de incertidumbre e impotencia. El miedo no había abandonado del todo nuestro espíritu. Sentíamos a nuestras espaldas el peso de las muertes de aquellos pobres desafortunados, las amenazas de esa gente que los primeros días juzgué como a seres sin escrúpulos. Sin embargo, ya no veía la situación como al principio. El paso del tiempo me ayudó a asentar una parte de lo vivido, a despertar una nueva forma de ver las cosas. Recordaba las palabras del coronel Haddon: «Cuando finalicen su visita verán todo con otra perspectiva». Y sí, ahora que tenía un prisma más amplio, entendía en buena medida por qué obraban de ese modo. En cambio, lo que no alcanzaba a comprender era su silencio ante el resto de naciones. Sentía alivio por no tener que ser yo quien tomase tal decisión. Me encontraría en una encrucijada. No hacía más que preguntarme una y otra vez cómo obraría, y sí, sospecho que terminaría acercándome bastante a su elección. A fin de cuentas, el futuro, o mejor dicho, la supervivencia de la humanidad, estaba en

juego. ¿Qué son unas decenas de personas si ayudan a garantizar la vida de millones? Al fin y al cabo, si no se conseguía un remedio, antes o después todos moriríamos. Sin embargo, su solución excluía a una buena parte del planeta... Creo que lo más acertado hubiera sido contar con las demás naciones para llevar a cabo una estrategia conjunta, pero...

Al margen de mis constantes cavilaciones, trataba de llevar una vida normal junto a Elisabeth. No sin poder deshacerme por completo de un temor sigiloso y constante de que en cualquier momento apareciese algún nuevo cadáver. No sabíamos cuántos más podrían ser víctimas de ese juego por la supervivencia. De entre los cientos de expedientes de desapariciones que se habían reportado en los diversos estados del país durante los dos últimos años, ¿quién podría saber cuántos guardaban relación con el caso? Entre tantos sumarios sin resolver, estaba el de los dos chicos que viajaban en el coche con Anna Harington y Ernesto Alba. También ellos seguían desaparecidos. ¿Qué les sucedería? ¿Viajarían a otro tiempo, a otro espacio? ¿Se habrían desintegrado sin más? Respecto a ellos, temí que nunca apareciesen. Quizá en ningún momento de nuestra vida zanjaríamos esa incógnita.

Mis pensamientos me hacían volar una y otra vez a la noche en que acudimos a Avenue of the Giant para reconocer el cuerpo sin vida del joven Ryan Philips. Algo, quizá los sueños que tuve una y otra vez desde nuestra visita a Mount Shasta, me decía que debía acudir allí una vez más. No sabía si en labor de agente o como un simple contribuyente más, y empaparme de aquel lugar.

Aunque nuestro horario era flexible y siempre nos manteníamos operativos, aprovechamos el fin de semana para viajar a aquel majestuoso paraje de gigantes verdes. Ya desde la distancia, pudimos apreciar una mullida espesura que, a cada metro avanzado, se fue convirtiendo en un imponente bosque de secuoyas centenarias. Sentí como si aquellos enormes seres vivos nos diesen la bienvenida. Me hicieron pensar que ellos ya habían sido testigos del nacimiento y declive de decenas de generaciones, sin embargo, quizá sus días también estaban contados.

A pesar del madrugón, la distancia nos hizo llegar a nuestro destino a la

hora de almorzar. Pasamos por el mismo tramo que semanas atrás me volvió a meter en el caso que dos años antes nos dejó tan insatisfechos a Cameron y a mí, el motivo por el que ahora me encontraba con un cometido secreto dentro del área 56, con nueva compañera, con una vida distinta. Sin poderlo evitar, en mis recuerdos emergió el escenario acordonado y la estampa sin vida del joven Ryan Philips. Paramos un par de minutos en la cuneta y volví a pasear por la escena del crimen en busca de las pruebas que ya no necesitaría para resolver el caso. Percibí la compasión de Elisabeth.

«Sí, a pesar del sufrimiento ocasionado a los familiares, creo que yo también habría aprobado la ejecución de los diversos ensayos; aunque supusiera la muerte de algunas personas inocentes. Quizá, su destino era el de servir con su vida al resto, aunque no fueran conscientes de ello».

Por fin encontré un lugar donde, a pesar de los recuerdos, sentí paz: el parque nacional de secuoyas de California; le hicimos una visita como cualquier turista ocasional. Allí, los minutos pasaron veloces. Paseamos, comimos, reímos, temimos la visita furtiva de algún oso..., pero sobre todo, disfrutamos de las escasas tres horas de relajación que nos propiciaron dicho paraje, alejados del resto del mundo. Sin darnos cuenta, la noche se nos echó encima. Era momento de regresar a la cruda realidad, empezando por afrontar las más de cuatro horas que nos distanciaban de nuestro hogar.

Al caminar hacia el coche recordé nuestra visita a Mount Shasta: en el parking tan solo se encontraba nuestro automóvil.

—¿Recuerdas...?

—Sí, sé lo que me vas a decir —respondió Elisabeth sin darme tiempo a terminar la pregunta—. Qué tensión, ¿verdad?

Me eché a reír.

—Lo que no dejo de preguntarme, es si de verdad fueron extraterrestres o eran los puñeteros investigadores de..., ya sabes. —Elisabeth me miró aguardando a que terminase de exponer mis pensamientos—. Por lo que dijo Enrique..., no sé, creo que eran «reales».

—Sí, yo también me quedé con esa sensación.

—En fin, pongámonos en marcha, nos queda un buen trecho por delante.

Dejamos atrás el espeso bosque, quedando ante nosotros la desértica carretera que nos devolvería a la rutina. De soslayo, aprecié a Elisabeth apoyada en su ventanilla, oteando las estrellas que se mostraban con claridad en un precioso cielo raso; cautivadora estampa que me incitó a hacer lo mismo.

Una pequeña luz se alzó deslumbrante sobre las demás, captando mi atención. Un punto del que emergieron otros dos. De forma instantánea, comenzaron a zigzaguear de izquierda a derecha, arriba y abajo. Parecían niños jugando en el patio de un colegio.

—¡Elisabeth, mira! —Señalé con mi dedo índice a través del cristal sin perder de vista las esferas.

Inconscientemente, mi pie cedió en su presión contra el acelerador, lo que provocó que nuestra marcha fuera aminorando. Creo que aquello fue lo que nos salvó de no matarnos. En cuestión de un par de segundos, se materializó a unos metros de nuestra ubicación una nave de dimensiones considerables, deslumbrando el camino y haciendo que el corazón me bombease de forma estrepitosa. El frenazo que di para no comernos, literalmente, el objeto, dejó el coche cruzado en mitad de la carretera, con las ruedas echando humo y oliendo a goma quemada. Sentí cómo en la maniobra, Elisabeth se golpeaba contra el habitáculo. Fue inevitable. Aunque por suerte, sabía que a lo sumo el impacto le provocaría un hematoma.

—¿Pero qué demonios es eso?! —replicó exaltada, verbalizando lo que yo mismo pensaba.

La respiración se me cortó ante tan impactante espectáculo; exhibición que me hizo recordar, una vez más, que no estábamos solos, que nos debíamos a un caso que tenía los días contados si no se encontraba una solución, que nuestro paso por el planeta era un suspiro en la eternidad y, sobre todo, que si recibíamos la ayuda necesaria de *ellos*, podríamos mantener la esperanza.

Según mis recuerdos, el presente aparato tenía idéntica apariencia al que

vimos junto al ufólogo. La misma luz blanca deslumbrante, la misma forma lenticular, dimensiones... Hubiera asegurado que se trataba del mismo objeto que vimos por primera vez en Mount Shasta en compañía de Enrique Paz.

Elisabeth y yo nos quedamos mirándolo a través de la ventanilla del copiloto.

—La madre que me parió...

—¿Y esto? —replicó aturdida—. Nos quedamos boquiabiertos, incluso, por unos instantes, incapacitados para articular palabra—. En serio, esto me da muy mala espina. ¿No nos podemos ir de aquí?

Sin embargo, aunque ambos lo pensamos, sabíamos que huir resultaba inútil.

—¿Serán extraterrestres?

—¿Y si son del área 56?

—Joder, no sé.

La nave no se movía. Nosotros tampoco.

—¿Nos bajamos del coche? —cuestionó Elisabeth en un susurro temeroso.

De pronto, ante la nave, se fueron materializando las siluetas de tres cuerpos. Sentí el corazón en un puño. Los ojos se me abrieron como nunca antes, la boca se me secó y, una vez más, me sentí paralizado. Unas siluetas oscuras, deslumbradas por la luz que refulgía tras ellas, dejaban apreciar unas anatomías esbeltas y extremadamente espigadas. Apenas se apreciaba nada, el resplandor lo impedía. Sin embargo, su forma era humanoide, demasiado humana. No podía apartar la vista. El cuerpo me empezó a vibrar ajeno a mi voluntad.

Al tiempo que se acercaban, tan solo pude, con un hilo de voz a través del cual se arrastraron mis palabras con dificultad, maldecir lo que se acababa de materializar ante nuestros ojos.

—¿Y ahora qué?

NOTA DE AUTOR

Los nombres recogidos en esta novela son inventados, así como algunos escenarios. Sin embargo, puede que no todo lo dicho sea fruto de la imaginación.

Lee, disfruta y comenta



ENCUENTRA TODAS LAS OBRAS DE LA AUTORA EN

amazon

